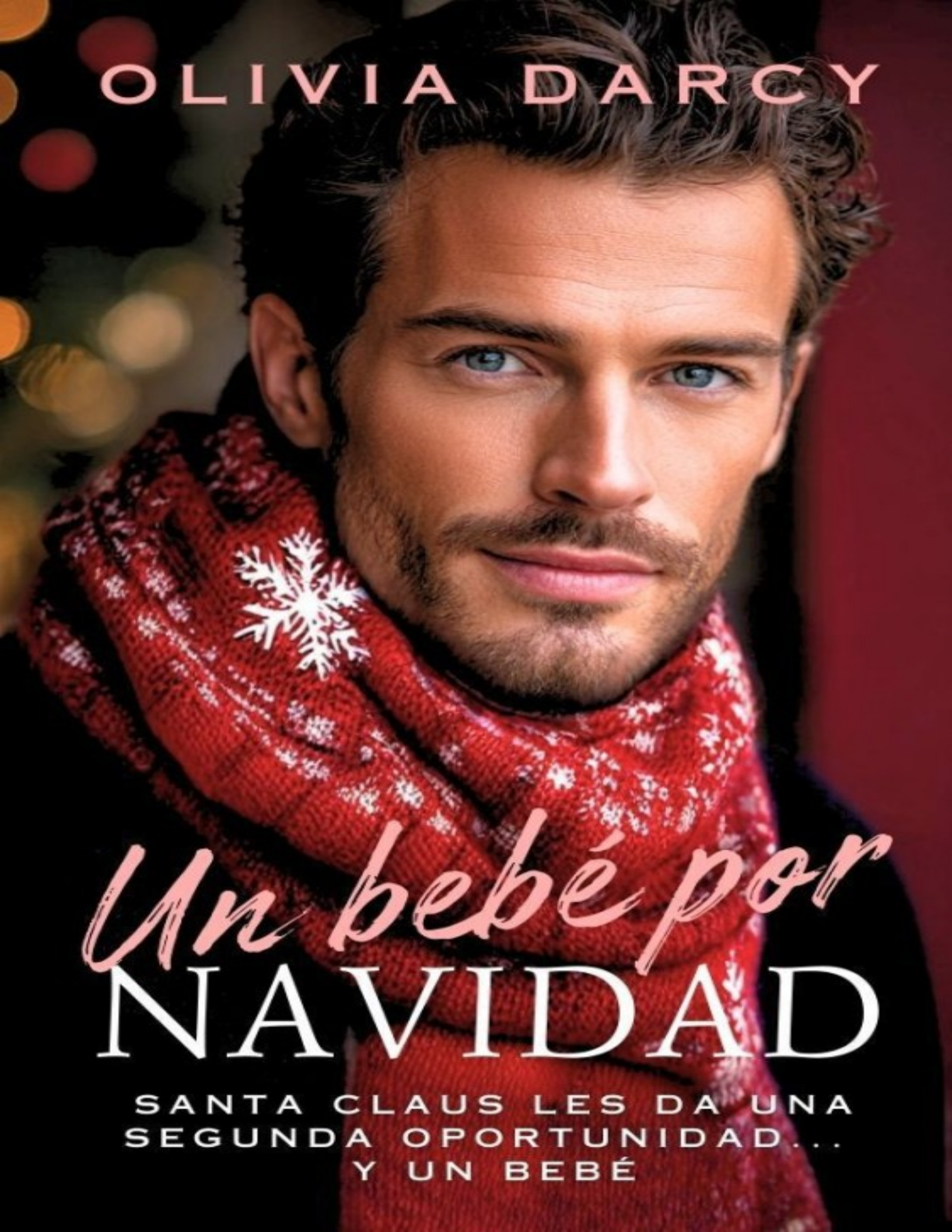

OLIVIA DARCY
Un bebé por
NAVIDAD
SANTA CLAUS LES DA UNA
SEGUNDA OPORTUNIDAD...
Y UN BEBÉ

UN BEBÉ POR NAVIDAD

TENTACIÓN EJECUTIVA
LIBRO 5

OLIVIA DARCY

Copyright © 2025 por Olivia Darcy
Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

¡**REGALO**!
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

¡REGALO!



La historia de Audrey y Blake

¡Únete a mis lectoras VIP y consíguela **GRATIS** y en **EXCLUSIVA**!

Escanea el código QR



O pulsa AQUÍ

PRÓLOGO

JASON

Diciembre

El ático de Adrian y Ava huele a canela y a felicidad doméstica cuando entro. El árbol de Navidad domina una esquina del salón, cubierto de luces doradas que se reflejan en los enormes ventanales, creando un ambiente cálido que contrasta con el frío de diciembre en Manhattan. Mi hermana ha decorado demasiado pronto. Todavía quedan semanas para Navidad.

—¡Jason! —exclama Ava desde el sofá, donde está sentada dándole el biberón a Emma—. Llegas justo a tiempo. Sofia acaba de despertarse y creo que quiere ver a su tío favorito.

Adrian está inclinado sobre la cuna supletoria del salón, hablándole a Sofia con esa voz suave que reserva exclusivamente para sus hijas. Es fascinante ver la transformación del abogado despiadado que conozco en este padre completamente entregado, que programa reuniones importantes alrededor de las horas de la siesta de sus hijas de dos meses para no perderse ni un instante con ellas.

—Hola, princesa —murmura Adrian, levantando a Sofia con esa destreza que ha perfeccionado en estos dos meses—. ¿Has dormido bien?

Observo cómo Adrian le acaricia la mejilla diminuta a su hija, cómo Ava lo mira con esos ojos brillantes de amor total, cómo los dos se mueven alrededor de las niñas como si fuera una danza perfectamente coreografiada. Es hermoso y asfixiante a la vez, toda esta felicidad doméstica que me recuerda todo lo que yo no tengo.

Todo lo que nunca he querido. O eso me digo.

Cuando Adrian se inclina para besar la frente de Ava por encima de la cabeza de Emma, cuando ella se ríe suavemente de algo que él susurra contra su pelo, algo se contrae en mi pecho. Es amor puro, sin filtros, el tipo de conexión que creía que solo existía en la televisión.

—¿Dónde está Cloe? —pregunto, notando de inmediato la ausencia de la mejor amiga de mi hermana.

Desde que Ava ha tenido a sus hijas no se aparta de ella.

—En la cocina, preparando la cena —responde Ava—. Ha insistido en cocinar paella para todos. Dice que necesitamos «comida con alma» después de tanto biberón y pañales.

Como si la hubiera invocado, Cloe Martínez aparece en el salón secándose las manos en un delantal que lleva escrito «Kiss the Cook» en letras brillantes. Lleva un vestido rojo que abraza cada una de sus curvas de una manera que debería estar prohibida por la ley, y su pelo negro está recogido en un moño despeinado del que se escapan rizos rebeldes que enmarcan su rostro.

Es tan brillante que duele mirarla.

—¡Jason! —dice con esa sonrisa que siempre me descoloca—. Llegas justo a tiempo. La paella estará lista en una hora.

Se acerca para saludarme, plantándome dos besos en las mejillas como siempre hace, y cuando su perfume de jazmín me llega, tengo que apretar los dientes para no inhalar demasiado profundamente.

Se aleja de mí tan rápido como ha llegado.

—¿Cómo están mis princesas favoritas? —pregunta, dirigiéndose directamente hacia las niñas, atraída como un imán hacia el metal.

La observo mientras coge a Emma de los brazos de Ava, y es imposible no notar la gracia natural que tiene con los bebés. Es casi como si hubiera nacido para esto, como si sus brazos fueran el lugar más seguro del mundo para cualquier niño.

—Mira qué grande estás —le dice a Emma con esa voz teatral que usa para todo—. Apuesto a que ya estás planeando cómo vas a conquistar el mundo, ¿verdad?

El sonido de la risa de Cloe llenando el ático me pone nervioso, de la misma manera que lo ha hecho durante los últimos años. Es

demasiado ruidosa, demasiado libre, demasiado... todo. Como siempre.

Le devuelve la niña a mi hermana y se sienta en el suelo frente al sofá, con ese vestido rojo extendiéndose a su alrededor como pétalos. Luego, empieza a hacer gestos exagerados mientras les cuenta una historia fantástica a las niñas. Absolutamente en contra de mi voluntad me quedo embelesado mirándola.

—Y entonces la princesa le dijo al dragón: «¡Oye, tú! ¡Deja de quemar mis rosas!» —dice con voz profunda, agitando las manos como si fueran alas—. Porque era una princesa muy valiente que no le tenía miedo a nada.

Emma y Sofia, a pesar de tener solo dos meses, parecen completamente hipnotizadas por ella. Con sus movimientos, con su manera de hablar. Como todo el mundo siempre.

—Cloe —la interrumpo sin poder evitarlo—. Son bebés de dos meses. No entienden las historias que les cuentas.

Se queda muy quieta como si la hubiese golpeado y luego se gira hacia mí, fulminándome con esos ojos color chocolate. Luego, me dedica una sonrisa que dice claramente que piensa que soy un aguafiestas.

—Por eso mismo, Jason. No van a juzgar mi narrativa —responde —. Además, nunca es demasiado pronto para empezar a alimentar su imaginación.

—Lo que necesitan es rutina, no fantasías —replico, sintiendo cómo se me tensa la mandíbula—. Horarios de comida, sueño establecido, estimulación apropiada para su edad de desarrollo.

—Dios mío —dice Cloe, girándose completamente hacia mí—. ¿Estás escuchando lo que dices? Son bebés, no proyectos corporativos.

—Son las hijas de mi hermana —respondo—. Y merecen la mejor educación desde el principio.

—¿La mejor educación? —Cloe se ríe, pero no es una risa amable —. ¿Te refieres al tipo de educación que le diste a Ava? ¿Controlando cada aspecto de su vida, asegurándote de que nunca se saltara una clase, nunca se relajara, nunca cometiera un error?

La acusación me golpea como una bofetada, especialmente porque viene de ella. De la mujer que se pasó años siendo la «mala influencia» de mi hermana.

—Yo cuidé de Ava después de que murieran nuestros padres —digo, mi voz bajando hasta convertirse en un gruñido—. Me aseguré de que tuviera un futuro, de que no desperdiciara su potencial.

—Te aseguraste de que fuera una versión en miniatura de ti —replica Cloe sin pestañear—. Seria, responsable, sin espontaneidad. Si no hubiera sido por nuestras «aventuras irresponsables», Ava nunca habría aprendido a reírse.

Las «aventuras irresponsables» de Cloe. Como esa vez que convenció a Ava para que se saltara las clases y se fueran a un concierto en Central Park. O cuando la arrastró a esa clase de salsa que hizo que llegara a casa a las dos de la madrugada con los zapatos en la mano. O todas esas noches que pasaron escribiendo historias juntas en lugar de estudiar para los exámenes.

—Ava tenía responsabilidades —digo—. Una beca que mantener, un futuro que construir. No podía permitirme que lo echara todo a perder por tus ideas románticas sobre la vida.

—¿Mis ideas románticas? —Cloe se levanta del suelo de golpe, y hay fuego brillando en sus ojos—. ¿Te refieres a cosas como la creatividad, la espontaneidad, la capacidad de disfrutar de la vida sin tener que planificar cada segundo?

—Me refiero a la irresponsabilidad —replico, acercándome a ella —. A la idea de que la vida es una aventura constante sin consecuencias. No todo el mundo puede permitirse ser una artista bohemia que vive de sueños.

—¿Artista bohemia? —Su voz se vuelve peligrosamente baja—. ¿Eso es lo que piensas que soy?

—Pienso que eres brillante —digo antes de poder detenerme, y la verdad sale cargada de una frustración que llevo años conteniendo —. Jodidamente brillante, y desperdicias tu talento escribiendo fantasías en lugar de hacer algo serio con tu vida.

—Ah —dice Cloe, y su sonrisa ahora es todo filo—. Porque escribir novelas no es «serio». Porque crear historias que hacen que la gente se sienta menos sola no es una contribución válida al mundo.

—No es estable —respondo—. No es un plan a largo plazo.

—No todo tiene que ser un plan a largo plazo, Jason. Algunas cosas simplemente... son.

Nos miramos fijamente durante un momento cargado de años de frustración mutua. Hay algo en sus ojos que no sé cómo interpretar, algo que va más allá de la irritación habitual.

—¿Sabéis qué? —interviene Adrian desde el sofá, claramente intentando que dejemos de discutir—. Creo que Emma está pidiendo su biberón.

La interrupción rompe la tensión, pero no la disuelve. Puedo sentir cómo Cloe me evita cuidadosamente mientras ayuda a Ava con las niñas, y hay algo en su actitud de no mirarme que me irrita más que si me estuviera gritando.

—Me voy —digo finalmente, cogiendo mi abrigo del respaldo del sofá.

—Jason, quédate a cenar —pide Ava—. Cloe ha hecho paella.

—Tengo trabajo que hacer —respondo, evitando mirar a Cloe—. Documentos que revisar.

No es verdad. Es sábado y no tengo ningún caso urgente. Pero no puedo quedarme aquí ni un minuto más, viendo la felicidad doméstica de Adrian y Ava, siendo testigo de lo natural que es Cloe con los bebés, sintiendo esa mezcla tóxica de irritación y algo más peligroso que me produce su presencia.

Me despido de las niñas con besos rápidos y de Adrian y Ava con abrazos que huelen a hogar y satisfacción. Cuando paso junto a Cloe, que está ordenando los juguetes de las niñas, su perfume de jazmín me golpea como siempre, mezclado con algo que huele a creatividad y caos controlado.

—Buenas noches, Jason —dice sin levantar la vista. Su desprecio me duele más de lo que me gusta admitir.

—Buenas noches —respondo, y salgo antes de que pueda decir algo de lo que me arrepienta.

El trayecto hasta mi apartamento en el Upper East Side pasa en una nebulosa de irritación autoinfligida. No entiendo por qué Cloe Martínez tiene esa habilidad especial para sacarme de quicio. Es

como si supiera exactamente qué decir para recordarme todo lo que está mal en mi manera de ver el mundo.

Mi ático está silencioso cuando llego, ordenado y perfecto como siempre. Me sirvo un whisky y me siento en mi despacho, intentando concentrarme en unos contratos que no necesitan revisión urgente.

Pero no puedo dejar de pensar en sus palabras. En la acusación de que convertí a Ava en una versión en miniatura de mí mismo. En la manera en que la llamé «artista bohemia» como si fuera algo de lo que avergonzarse.

Porque la verdad, que no me atrevo a admitir ni siquiera a mí mismo, es que admiro su talento más de lo que debería. He leído todos sus artículos en la editorial, y cuando Ava me enseñó en secreto algunos capítulos de la novela que está escribiendo, me quedé despierto hasta las tres de la madrugada leyéndola.

Es brillante. Jodidamente brillante. Y eso me aterra porque significa que tal vez, solo tal vez, yo soy el problema.

Son las diez de la noche cuando mi móvil vibra contra el escritorio. Es un número que no reconozco, pero no le doy importancia.

—Jason Brown —contesto, mi voz automáticamente adoptando el tono profesional.

—¿Señor Brown? Soy Sarah Matthews, de los Servicios Sociales del condado de Nueva York —dice una voz femenina, profesional pero cansada—. Lamento llamarle tan tarde, pero tenemos una situación urgente que requiere su atención.

Mi sangre se hiela. Los servicios sociales no llaman a abogados corporativos a las diez de la noche de un sábado, a menos que algo haya salido terriblemente mal.

—¿En qué puedo ayudarla?

—¿Conoce usted a una mujer llamada Rebecca Torres?

Tardo unos segundos en recordarla. Rebecca. Estuvimos juntos un par de noches hace más o menos un año y medio, pero luego no la volví a llamar. No quiero una relación seria y nunca la he querido.

La imagen de la sonrisa de Cloe se dibuja en mi mente, pero la aparto con la misma rapidez con la que ha llegado.

—Sí —consigo decir, tengo la boca súbitamente seca—. La conozco.

—Esta tarde, la señorita Torres trajo un bebé a nuestras oficinas. Un niño de seis meses. Dice que no puede cuidarlo más y que usted es el padre. Lo ha abandonado.

El mundo se tambalea bajo mis pies.

¿Un bebé? ¿Mi hijo?

—Tiene que ser un error. ¿Está... está segura de que dice que yo soy el padre? —pregunto, aunque mi mente ya está haciendo los cálculos automáticamente. Seis meses más nueve de embarazo... hace quince meses. Justo cuando estuvimos juntos.

Pero eso es imposible. Yo siempre uso condón. Siempre. Es una regla inquebrantable, como todo en mi vida.

—Tendremos que hacer una prueba de paternidad, por supuesto —continúa la trabajadora social—, pero necesitamos que venga mañana para identificarse y discutir las opciones. El niño está en cuidado de emergencia y necesita una solución.

—¿El bebé... está bien? —pregunto, porque de repente esa es la única cuestión que me importa.

—Está sano y bien cuidado —me asegura—. Pero necesita estabilidad. Necesita una familia.

Anoto la información con mano temblorosa, sintiendo cómo cada palabra redefine todo mi futuro. Una dirección, una hora, instrucciones sobre qué documentos llevar.

Cuando cuelgo, me quedo mirando el teléfono como si fuera un objeto alienígena que acabase de aterrizar en mi escritorio.

Puede que me acabe de convertir en padre.

Hay un niño, mi hijo, que lleva horas en el sistema porque su madre lo ha abandonado y yo ni siquiera sabía que existía.

La ironía me golpea como un martillazo: el hombre que lleva años criticando la falta de planificación, que acaba de echarle en cara a Cloe su supuesta irresponsabilidad, acaba de descubrir que dejó embarazada a una mujer sin saberlo.

El hombre que planifica todo hasta el último detalle va a ser padre de un niño cuya existencia nunca planificó.

Me termino el whisky de un trago, sintiendo cómo me quema la garganta, y me dirijo hacia la ventana que da a Central Park. La nieve está empezando a caer, creando un manto blanco sobre la ciudad que debería ser hermoso, pero que ahora me parece ominoso.

Mañana voy a conocer a mi hijo.

Y no tengo ni la más mínima idea de qué coño voy a hacer después.

Solo sé que mi vida perfectamente controlada acaba de convertirse en el caos más absoluto.

CAPÍTULO 1

CLOE

El cursor parpadea en la pantalla en blanco de mi portátil como si se estuviera burlando de mí. Un minuto. Dos. Tres. Sigue parpadeando y la página sigue tan blanca como la nieve que cae fuera de la cafetería.

Suspiro y le doy un sorbo a mi chocolate caliente con canela, dejando que el líquido dulce y espeso me caliente la garganta. Es mi tercera taza esta mañana y la undécima página en blanco de la semana. A este ritmo, mi excedencia para escribir la novela que llevo años prometiéndome terminar va a ser el mayor fiasco de mi vida.

Y eso que tengo una larga lista de fiascos a mis espaldas.

—¿Te pongo un trozo de tarta, cariño? —me pregunta Marge, la dueña de «Sweet Memories», la cafetería vintage donde me he instalado casi a diario desde que dejé la editorial hace un mes.

Levanto la vista de la pantalla y asiento, aunque ya he devorado un muffin de arándanos y un croissant de mantequilla. El metabolismo acelerado es lo único de lo que puedo presumir últimamente.

—La de zanahoria, por favor —respondo, mirando la vitrina de cristal donde las tartas caseras se exhiben como obras de arte—. Si sigo así, voy a convertirme en un pastel andante.

—Los mejores libros se han escrito con el estómago lleno —me guiña un ojo mientras corta una porción generosa.

La cafetería está decorada como si el tiempo se hubiera detenido en los años cincuenta: taburetes de vinilo rojo junto a una barra de mármol, mesas de formica con servilleteros metálicos, y una máquina de discos antigua en la esquina en la que ahora mismo suena «All I Want for Christmas Is You» por décima vez esta

mañana. Las guirnaldas navideñas cuelgan del techo formando arcos festivos, y un árbol de Navidad cubierto de adornos vintage preside el rincón junto a la ventana donde estoy sentada.

Todo es cálido, acogedor y perfecto para escribir.

Si es que pudiera escribir algo, claro.

Marge deja el plato con la tarta frente a mí y me aprieta el hombro con su mano fuerte. Huele a vainilla y canela, como si ella misma fuera un ingrediente más de sus recetas.

La adoro.

—Lo que sea que estés intentando escribir, saldrá cuando tenga que salir —me dice con esa sabiduría que tiene—. No puedes forzar la creatividad igual que no puedes obligar a un bizcocho a subir más rápido.

Le sonrío agradecida mientras se aleja para atender a otros clientes. Me gustaría creerla, de verdad que sí. Pero tengo treinta mil euros de ahorros que se están agotando, una excedencia que expira en tres meses, y un gran vacío donde debería estar mi inspiración.

El tenedor se hunde en la tarta húmeda y esponjosa. El glaseado de queso crema se derrite en mi lengua, pero ni siquiera ese pequeño placer consigue mejorar mi ánimo.

Vuelvo a mirar la pantalla y veo el documento vacío titulado «MI_NOVELA_FINAL.doc». El título más irónico de la historia.

Mis dedos acarician las teclas sin pulsarlas, como si estuviera tocando un piano sin atreverme a producir ninguna nota. No debería ser tan difícil. Llevo años escribiendo artículos para la editorial, reseñas, incluso algún relato corto que ha recibido buenas críticas. Tengo la técnica. Tengo las ideas.

Lo que no tengo es el corazón.

¿Cómo voy a escribir una novela romántica que haga suspirar a las lectoras cuando mi historial amoroso es más deprimente que el final de Titanic? Mi última relación terminó hace dos años, con él diciéndome que era «demasiado intensa» y yo lanzándole un ejemplar de *Orgullo y prejuicio* a la cabeza.

No fue mi momento más elegante, lo admito.

El sonido de una risa infantil me saca de mis pensamientos. Una madre con su bebé acaba de entrar en la cafetería, sacudiéndose la

nieve del abrigo. El bebé, envuelto en un mono rojo que lo hace parecer un pequeño Santa Claus, agita sus manitas regordetas hacia las luces del árbol.

Mi útero da un vuelco traicionero. *Traidor*.

Abro mi móvil casi por instinto y miro la última foto que me ha enviado Ava: las gemelas con gorritos navideños, dormidas una junto a la otra como dos angelitos perfectos. Debajo ha escrito: *«¡Las princesas están listas para su primera Navidad! ¿Cuándo vuelves para verlas?»*

Un nudo se forma en mi garganta. Adoro a esas niñas. Adoro a Ava. Y me alegro tanto por ella... después de todo lo que pasó con la inseminación equivocada, los problemas con Adrian y finalmente el milagro de las gemelas. Se merece cada gramo de esa felicidad.

Pero verla tan completa, tan realizada, con el hombre de sus sueños y sus preciosas hijas, mientras yo sigo aquí, intentando encontrar sentido a mi vida, escribiendo sobre un amor que nunca he experimentado... es difícil.

«*Cuando escribas, deja que tu corazón sangre en la página*», me dijo una vez mi profesor de escritura creativa. El problema es que no estoy segura de tener mucho corazón que sangrar últimamente.

Tal vez debería rendirme. Volver a la editorial, recular de mi arrebato de «necesito tiempo para crear», aceptar que no soy más que una correctora decente con sueños demasiado grandes.

Cierro los ojos un instante, intentando visualizar a mi protagonista. Una mujer fuerte, independiente pero vulnerable en el fondo. Alguien que ha construido murallas para protegerse pero que, en el fondo, solo quiere ser amada por quien realmente es.

Y entonces, sin invitación alguna, él aparece en mi mente.

Jason Brown. Con su traje impecable, su mandíbula tensa y esos ojos verdes que podrían congelar el infierno cuando se enfada. Jason, el hermano mayor de Ava, el hombre más controlador, rígido y exasperante que he conocido jamás.

El mismo que ayer me miró como si fuera una niña contando cuentos de hadas absurdos a sus sobrinas.

«*Son bebés de dos meses. No entienden las historias que les cuentas.*»

Su voz grave y ligeramente desdeñosa resuena en mi cabeza. Le habría tirado un biberón a la cara si no fuera porque soy una adulta civilizada. Y porque las niñas estaban delante. Y porque, aunque me cueste admitirlo, hay algo en él que me descoloca completamente.

No es solo que sea devastadoramente atractivo, con ese aire de autoridad natural y ese cuerpo que el mejor sastre de Nueva York se encarga de enfundar en trajes hechos a medida. Es algo más... la intensidad con la que mira a su hermana, como si estuviera dispuesto a matar por protegerla. La manera en que ordena discretamente los juguetes de las niñas mientras cree que nadie lo mira. El modo en que sus ojos se suavizan, solo un instante, cuando cree que nadie está prestando atención.

Agito la cabeza con fuerza, como si pudiera sacudirme físicamente el recuerdo de Jason de la mente. Este es exactamente el tipo de divagación que no me ayuda en absoluto. Necesito concentrarme.

En lugar de eso, mis dedos empiezan a teclear casi por voluntad propia:

«No era la forma en que lo miraba lo que la delataba, sino la forma en que apartaba la mirada cuando él entraba en la habitación. Como si verlo le doliera físicamente. Como si mirarlo directamente fuera como mirar al sol: demasiado brillante, demasiado intenso, capaz de quemarla hasta los huesos».

Parpadeo sorprendida. No está mal. No está nada mal. Sigo escribiendo:

«Él lo notaba, por supuesto. Notaba cómo ella se tensaba cuando estaba cerca, cómo sus mejillas se teñían de un rosa suave cuando sus miradas se cruzaban accidentalmente. Y le gustaba. Le gustaba demasiado ese poder sobre ella».

Mis dedos vuelan sobre el teclado ahora, dejando que las palabras fluyan sin censura:

«Lo que ella no sabía era que él también apartaba la mirada. Pero no porque le doliera mirarla, sino porque le aterraba no poder dejar de hacerlo».

Una campanilla suena cuando la puerta de la cafetería se abre, dejando entrar una ráfaga de aire helado y copos de nieve. Levanto la vista, momentáneamente distraída, y me encuentro con un Santa

Claus de centro comercial que sacude la nieve de su barba falsa. La coincidencia me arranca una sonrisa.

Vuelvo a la pantalla, releo lo que he escrito y me quedo helada.

¿Acabo de convertir a Jason Brown en el protagonista masculino de mi novela?

No, no, no. Imposible. Mi protagonista es un hombre sensible, comprensivo, que sabe comunicar sus emociones y no tiene un palo metido por el...

Pero mientras intento engañarme, sé que lo que he escrito tiene su voz. Su intensidad. Su forma de mirar intensa y controlada a la vez.

Mierda.

Borro todo el párrafo de un manotazo. Luego lo recupero. Luego lo vuelvo a borrar. Finalmente, frustrada, guardo el documento y cierro el portátil.

No puedo escribir una novela romántica basada en Jason. Sería como admitir que... no, ni siquiera voy a formular ese pensamiento. Que me parezca atractivo no significa nada. La mitad de las mujeres de Manhattan babearían por él si no fuera tan intimidante. Es solo una reacción física, primitiva, a un espécimen masculino objetivamente bien construido.

Santa se sienta en una mesa cercana, pidiendo un café con un tono sorprendentemente juvenil. Un villancico empieza a sonar desde los altavoces de la cafetería, y la nieve cae con más fuerza tras los cristales, creando esa sensación de postal navideña que siempre me ha encantado.

Diciembre en Nueva York. Luces, música, el olor a castañas asadas en las esquinas, las tiendas decoradas hasta el último centímetro. Siempre ha sido mi época favorita del año, cuando todo parece posible y la magia parece flotar en el aire helado.

Quizás por eso me siento tan frustrada este año. Porque ni siquiera la magia navideña consigue despertar mi inspiración.

Mi teléfono vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Ava:

«Adrián tiene una cena de trabajo esta noche. ¿Te apetece venir a casa y hacerme compañía? Las niñas te echan de menos. Y yo

también. Además, mi querido hermano no estará para criticar tus cuentos de dragones».

Una sonrisa se extiende por mi rostro. Por supuesto que voy a ir. Quizás lo que necesito es exactamente eso: un poco de tiempo con mi mejor amiga y sus bebés para recordarme lo que es importante.

Contesto rápidamente:

«Iré a las 7. Llevo pizza y el cuento del dragón, versión extendida con efectos especiales incluidos».

Marge se acerca a recoger mi plato vacío.

—¿Has avanzado algo? —pregunta con su sonrisa maternal.

—No exactamente —suspiro, metiéndome el portátil en la mochila —. Pero al menos he comido tarta. Eso siempre es un avance en la vida.

—La inspiración llegará, cariño —me asegura, dándome unas palmaditas en el brazo—. A veces llega cuando menos te lo esperas.

Le sonrío, dejando una propina generosa bajo el plato. Mientras me pongo el abrigo rojo y enrollo la bufanda alrededor de mi cuello, miro por última vez la hoja en blanco de mi cuaderno físico, donde había estado garabateando ideas antes de pasar al ordenador.

Entre los tachones y los dibujos abstractos que siempre hago cuando estoy bloqueada, hay un nombre que he escrito y rodeado con un círculo casi sin darme cuenta.

Jason.

Lo tacho con fuerza, cierro el cuaderno de golpe y lo meto en mi mochila.

No. Definitivamente no. Necesito encontrar inspiración en otro lugar que no sea el irritante y atractivo hermano de mi mejor amiga. Un hombre que representa todo lo que detesto: control, rigidez, planificación obsesiva.

Al salir de la cafetería, la nieve me recibe con un beso frío en las mejillas. Respiro hondo, dejando que el aire helado limpie mis pulmones y mi mente.

Tal vez Marge tenga razón. Tal vez la inspiración llegará cuando menos me lo espere. Tal vez mañana me despierte y las palabras fluyan como un río desbordado.

Tal vez debería dejar de pensar en Jason Brown y sus estúpidos ojos verdes.

Mientras camino hacia el centro comercial, tarareando inconscientemente «All I Want for Christmas Is You», no tengo forma de saber que el destino tiene algo preparado para mí.

Y que está a punto de darme toda la inspiración que podría desear.

De la peor manera posible.

CAPÍTULO 2

JASON

El edificio de Servicios Sociales es un bloque gris y deprimente del sur de Brooklyn, con una fachada de ladrillo descolorido y ventanas pequeñas que parecen absorber la luz en lugar de reflejarla. No es el tipo de lugar que frecuento habitualmente —mi territorio son los rascacielos relucientes de Manhattan y los juzgados de mármol— y la sensación de estar fuera de lugar me provoca un cosquilleo incómodo en la nuca.

He pasado la noche en vela, investigando legislación sobre paternidad, derechos de custodia y todo lo que podría necesitar saber para enfrentarme a esta situación. Siempre he creído que el conocimiento es poder, que la preparación es el camino hacia el control. Pero ahora, mientras espero sentado en una silla de plástico que ha visto tiempos mejores, me doy cuenta de que no hay manual que te prepare para previsiblemente convertirte en padre de la noche a la mañana.

La trabajadora social, Sarah Matthews, es una mujer menuda de unos cincuenta años con un cardigan azul marino y una expresión amable pero cansada. Me ha explicado el procedimiento con voz profesional mientras me entregaba formularios que he leído tres veces antes de firmar. Cada palabra parece tener un peso nuevo, como si estuviera firmando no solo papeles, sino un contrato con el destino.

—¿Está seguro de que quiere someterse a la prueba de paternidad hoy mismo? —me pregunta, ajustándose las gafas que se deslizan por su nariz—. Podemos esperar a que procese toda esta información.

—No. Quiero hacerlo ahora —respondo con una firmeza que no siento por dentro—. Si es mi hijo, quiero saberlo cuanto antes.

Asiente y extrae un kit de un cajón.

—Es un procedimiento sencillo —explica mientras abre el envoltorio estéril—. Solo necesitamos una muestra de su mucosa bucal. Los resultados tardarán entre tres y cinco días laborables.

Mientras me frota el interior de la mejilla con el bastoncillo, un pensamiento absurdo cruza mi mente: mis células están a punto de revelar una verdad que podría cambiar por completo mi existencia. La ciencia y la paternidad, fusionadas en un hisopo de algodón.

—Ahora, si quiere, puede conocer al niño —dice, guardando la muestra en un contenedor etiquetado con mi nombre—. Está en la sala de juegos con una de nuestras cuidadoras.

Mi corazón, ese órgano que generalmente controlo con la misma disciplina que mi agenda, comienza a latir desbocado. Me levanto intentando mantener la compostura, me aliso la chaqueta del traje y la sigo por un pasillo decorado con dibujos infantiles.

El sonido de una risa de bebé me llega antes de que lo vea. Es como un tintineo, como campanas diminutas que resuenan en el pasillo. Y entonces entramos en la sala.

Y ahí está.

En un corralito azul, tumbado sobre una manta con estrellas, jugando con un sonajero de colores brillantes. Su pelo es negro como el mío, sus mejillas regordetas tienen un tono rosado perfecto, y cuando mueve la vista hacia mí...

Algo se rompe dentro de mi pecho. Como un dique que llevaba toda la vida conteniendo un océano.

Sus ojos. Son del mismo verde intenso que los de mi hermana y los míos, heredamos de nuestra madre. No hay duda alguna. No necesito ninguna prueba de ADN.

Este niño es mi hijo.

Mi hijo.

—Se llama Noah —me informa Sarah en voz baja—. Tiene seis meses y dos semanas. Nació en mayo.

Las fechas encajan perfectamente. Nueve meses antes del nacimiento, Rebecca y yo... Aprieto la mandíbula recordando cómo

insistí en usar protección. Siempre lo hago. Es una regla innegociable.

—¿Puedo... acercarme? —pregunto, y mi voz suena extraña, como si perteneciera a otra persona.

—Por supuesto. Es… su padre.

Soy su padre. La frase resuena en mi cabeza como un eco lejano mientras me acerco al corralito. Noah —mi hijo tiene nombre, mi hijo se llama Noah— me mira con curiosidad, pero sin miedo. Agita el sonajero en mi dirección, como ofreciéndomelo, y sonríe mostrando las encías. Todavía no tienen dientes.

Me arrodillo junto al corralito.

—Hola, Noah —digo, y la palabra sale ronca, como si hubiera olvidado cómo hablar.

Él responde dejando caer el sonajero y moviendo sus brazos hacia mí, abriendo y cerrando sus manitas como si me pidiera que lo cogiera. Un gesto universal que entiendo instintivamente, aunque nunca he sostenido a un bebé de su edad en mi vida.

Miro a la cuidadora, una chica joven que asiente dándome permiso, y con un cuidado que nunca había empleado en nada, lo levanto.

Es tan ligero. Y a la vez, tan increíblemente pesado con todo lo que representa.

Lo sostengo contra mi pecho como he visto hacer a Adrian con las gemelas, y Noah apoya su cabecita en mi hombro como si hubiera estado esperando este momento toda su corta vida. Su calor traspasa la tela de mi camisa, y su respiración, rápida y ligera, me hace cosquillas en el cuello.

Huele a jabón de bebé, a galletas y a algo más, algo indefinible que reconozco como suyo. Como parte de mí.

—La señora Torres dejó algunas de sus pertenencias —continúa Sarah, señalando una bolsa de viaje azul en una esquina—. Ropa, algunos juguetes, su manta.

—¿Qué pasará ahora? —pregunto, sin apartar la mirada de Noah, que ha empezado a jugar con el botón de mi camisa.

—Bueno, normalmente esperaríamos los resultados de la prueba de paternidad para proceder con la custodia temporal —explica

Sarah—. Pero dado que la señora Torres ha especificado claramente que usted es el padre, podríamos acelerar el proceso si está dispuesto a firmar más documentos. El niño podría ir a un hogar de acogida mientras tanto...

—No —la interrumpo, y mi voz suena más firme de lo que me siento—. Me lo llevo ahora mismo.

Sarah arquea las cejas.

—Señor Brown, entiendo su impaciencia, pero hay procedimientos que...

—Soy abogado —le recuerdo—. Conozco los procedimientos y también conozco las excepciones. Este niño no irá a ningún hogar de acogida cuando tiene un padre perfectamente capaz de cuidarlo.

La idea de Noah durmiendo en un lugar extraño, rodeado de desconocidos, me resulta completamente inaceptable. Una ira protectora que jamás había sentido arde en mi pecho. Es primitiva, instintiva y absolutamente abrumadora.

—Firmaré lo que sea necesario —añado—. Aceptaré cualquier control que consideren oportuno. Pero me llevo a mi hijo a casa hoy mismo.

Noah, como si entendiera la conversación, aprieta mi camisa con su puñito y hace un ruidito que suena sospechosamente como aprobación. Esto solo refuerza mi determinación.

Después de una conversación tensa con su supervisora, tras firmar una montaña de documentos adicionales y proporcionar pruebas de mi identidad, dirección y capacidad económica, finalmente acceden. La burocracia cede ante mi determinación, como siempre.

O quizás ante la mirada de Noah, que no se ha separado de mí ni un segundo.

—Tendrá que comprar una silla de coche homologada antes de poder llevárselo —me advierte Sarah—. Es obligatorio por ley.

Mi mente, acostumbrada a solucionar problemas en tiempo récord, empieza a funcionar a toda velocidad.

—¿Hay alguna tienda cerca donde pueda comprarla?

Sarah me indica cómo llegar al centro comercial más cercano, y me entrega una lista de elementos básicos que necesitaré: pañales,

leche de fórmula, biberones, ropa...

La lista es tan larga que me marea. ¿Cómo puede un ser tan pequeño necesitar tantas cosas?

Mientras una trabajadora social me explica cómo colocar a Noah correctamente en el portabebés que han improvisado, escucho sin realmente oír. Mi mente está demasiado ocupada procesando que mi vida ha cambiado para siempre en las últimas veinticuatro horas.

Noah se agita en mis brazos, haciendo ruiditos que parecen de protesta cuando intento colocarlo en el portabebés. Prefiere que lo sostenga, y honestamente, yo también lo prefiero.

Después de lo que parecen horas, finalmente estamos listos para irnos. La bolsa con sus pertenencias cuelga de mi hombro, y él está seguro en su portabebés improvisado, que sostengo con un cuidado extremo, como si fuera de cristal.

—Le llamaremos en cuanto tengamos los resultados —me dice Sarah mientras nos acompaña a la salida—. Y recuerde que la asistente social programará una visita a su domicilio en las próximas semanas.

Asiento, pero apenas estoy escuchando. Estoy demasiado concentrado en no tropezar, en mantener a Noah seguro, en acordarme de respirar.

Cuando salimos del edificio, el aire frío de diciembre nos golpea, y por instinto, acerco más el portabebés a mi cuerpo para protegerlo. Noah hace un sonido que suena como una risa, y algo dentro de mí se derrite un poco más.

La nieve ha empezado a caer de nuevo, y miro a mi alrededor, a este barrio de Brooklyn que normalmente evitaría, a las decoraciones navideñas baratas en las farolas, a la gente que pasa apresurada abrigándose del frío.

Todo parece diferente ahora. Como si el mundo hubiera cambiado mientras estaba dentro de ese edificio.

O quizás soy yo quien ha cambiado.

Durante el paseo hasta el centro comercial, Noah se queda dormido, con la boca ligeramente abierta y sus pestañas largas y oscuras proyectando pequeñas sombras sobre sus mejillas. Y

mientras lo observo, una certeza se asienta en mi pecho, sólida como una roca.

No tengo ni idea de cómo ser padre. No sé cambiar pañales, ni preparar biberones, ni calmar llantos nocturnos. Mi apartamento no tiene nada para un bebé, y mi vida está estructurada para el trabajo, no para la paternidad.

Pero una cosa sí sé: haré lo que sea necesario por este niño. Lo que sea.

Porque cuando me miró con esos ojos —mis ojos—, algo cambió dentro de mí. Como si un instinto dormido hubiera despertado de golpe, como si una parte de mí que no sabía que existía de repente tomara el control.

Es mi hijo.

Y voy a protegerlo con mi vida si es necesario.

Cuando llegamos al centro comercial, un edificio enorme decorado con guirnaldas y luces navideñas, noto que Noah se ha despertado y me mira con esos ojos verdes que son un espejo de los míos. Le sonrío, y él me responde con una sonrisa desdentada que hace que mi corazón se retuerza de una forma que no puedo explicar.

—Vamos a comprar algunas cosas —le digo, como si pudiera entenderme—. Y luego iremos a casa.

A casa. A mi ático minimalista que de repente parece completamente inadecuado para un bebé. Tendré que transformarlo, adaptarlo, convertirlo en un hogar real por primera vez desde que lo compré.

El centro comercial está repleto de gente haciendo compras navideñas. Hay un árbol gigantesco en el atrio central, y por los altavoces suenan villancicos. Un Papá Noel se hace fotos con los niños en una zona decorada como el Polo Norte, y por un segundo, me pregunto si el próximo año estaré aquí, esperando en la cola para que Noah se siente en las rodillas de un desconocido vestido de rojo.

La idea me resulta tan extraña como reconfortante.

No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Pero por primera vez en mi vida, eso no me aterroriza.

Porque este pequeño ser, esta personita que me mira como si yo fuera el centro de su universo, merece que lo intente. Que lo intente con todas mis fuerzas.

Incluso si eso significa perder el control. Incluso si eso significa admitir que quizás, solo quizás, Cloe tenía razón sobre algunas cosas.

No todo en la vida puede planificarse.

Y algunos accidentes, como el que ha traído a Noah a mi vida, pueden ser los mejores regalos que jamás imaginé recibir.

CAPÍTULO 3

CLOE

La decoración del centro comercial es excesiva incluso para mis estándares, y eso es decir mucho. Guirnaldas doradas del tamaño de anacondas festivas cuelgan del techo, un árbol de Navidad de al menos siete metros preside el atrio central, y hay tantas luces parpadeantes que me pregunto si la red eléctrica de Brooklyn podrá soportarlo.

He venido para comprar regalos navideños, aunque en realidad sea una excusa para escapar de mi documento en blanco y de mi crisis creativa. Mejor enfrentarse a las hordas de compradores ansiosos que a esa página que me mira como un abismo.

La música navideña resuena por los altavoces mientras paso junto a un Santa Claus que parece genuinamente cansado, sentado en su trono de terciopelo rojo. Pobre hombre. Son apenas las doce del mediodía y ya tiene esa mirada de «¿cuántos niños más tengo que soportar en mis rodillas?». Le sonrío con empatía mientras sorteo a un grupo de adolescentes que caminan a la velocidad de una tortuga artrítica, completamente absortos en sus móviles.

Estoy decidiendo si entrar primero en la librería o en la tienda de discos vintage (porque Ava necesita urgentemente ampliar su colección de música para no volverse loca con las canciones infantiles), cuando lo veo.

O mejor dicho, los veo.

Jason Brown.

Con un bebé en brazos.

Me quedo paralizada en medio del pasillo, provocando que una señora con demasiadas bolsas me lance una mirada asesina al

chocar contra mí. Apenas la noto. Mis ojos están clavados en la imagen imposible frente a mí.

Jason —el implacable, controlador y siempre impecable Jason— está de pie junto a la fuente central, sosteniendo a un bebé como si fuera una bomba a punto de explotar. Lleva el mismo traje de ayer (¿Jason Brown repitiendo traje? ¿Acaso el mundo se está acabando?), pero ahora está arrugado y tiene lo que parece una mancha de algo sospechosamente pegajoso en la manga.

El bebé, un niño pequeño con un mono azul, se retuerce en sus brazos intentando alcanzar las monedas que brillan en el fondo de la fuente. Y Jason... Jason le habla con una expresión que nunca le había visto antes. Suave. Vulnerable. Aterrorizada.

Mis piernas comienzan a moverse por voluntad propia. Antes de darme cuenta, estoy a solo unos metros de ellos.

—¿Jason? —mi voz suena más aguda de lo normal.

Se gira tan bruscamente que el bebé suelta un gritito de sorpresa. Y entonces lo veo. La cara del niño. Los ojos. Ese verde intenso que solo he visto en dos personas en mi vida: Jason y Ava.

Madre mía.

—¿Cloe? —parece genuinamente sorprendido de verme—. ¿Qué haces aquí?

—Vivo a quince minutos —respondo automáticamente, aunque mis ojos están fijos en el niño—. La pregunta es qué haces tú aquí. Y con...

El bebé me mira con esos ojos imposiblemente verdes, y algo dentro de mí se derrite al instante. Sin pensarlo, extiendo mis brazos hacia él y, para mi absoluta sorpresa, el pequeño se inclina hacia mí, estirando sus manitas regordetas en mi dirección.

Jason parece tan sorprendido como yo.

—¿Puedo? —pregunto, sin saber exactamente por qué siento esta urgencia de sostener al bebé.

Duda un segundo, pero luego me lo pasa con un cuidado exagerado que me dice exactamente lo poco seguro que se siente.

El niño se acomoda en mis brazos como si perteneciera allí, y un aroma a jabón de bebé y algo dulce, como galletas masticadas, me

inunda. Está calentito y sólido, y cuando sonríe mostrando sus encías, siento que mi corazón se expande dolorosamente.

—Hola, precioso —le susurro—. ¿Quién eres tú?

—Noah —responde Jason, y su voz suena ronca—. Se llama Noah.

—Noah —repito, saboreando el nombre mientras el bebé agarra un mechón de mi pelo con fascinación—. Es... es tuyo, ¿verdad?

No es realmente una pregunta. Los ojos lo delatan. La forma de la barbilla. Incluso tiene esa pequeña arruga entre las cejas que Jason muestra cuando está concentrado.

—Sí —dice simplemente—. Es mi hijo.

Por un momento absurdo, siento una punzada de traición. ¿Jason ha tenido un hijo y no se lo ha dicho a nadie? ¿Ni siquiera a Ava? No es que me moleste que haya tenido un hijo con otra mujer. Por supuesto que no es eso.

—¿Cómo...? ¿Desde cuándo...? —balbuceo, incapaz de formular una pregunta coherente.

Noah decide que mi collar es lo más fascinante del universo y lo agarra con su puñito, tirando lo suficiente para que tenga que reajustar mi agarre.

—Desde hace exactamente —mira su reloj con precisión mecánica — tres horas y veintidós minutos.

Lo miro boquiabierta.

—¿Qué?

—Servicios Sociales me llamó anoche —explica, pasándose una mano por el pelo en un gesto que nunca le había visto hacer—. La madre lo dejó allí. Lo ha abandonado. Dijo que yo era el padre y... desapareció.

La información me golpea como una ola. Jason. Padre. Un bebé abandonado. Servicios Sociales.

—¿Lo sabías? —pregunto, y de repente me doy cuenta de lo acusatoria que suena mi voz—. Quiero decir, ¿sabías que ella estaba embarazada?

—No —responde, y hay un tono defensivo que no puedo culparle por tener—. No tenía ni idea. Fue... una aventura de una noche. Hace más de un año.

Ahora es mi turno de sorprenderme. ¿Jason Brown teniendo aventuras de una noche? El hombre que planifica hasta el número de veces que mastica antes de tragar, ¿teniendo sexo casual?

—Vaya —es todo lo que consigo articular.

Noah suelta mi collar y decide que es mucho más divertido darme palmaditas en la cara. Sus manitas son suaves y ligeramente pegajosas, y no puedo evitar sonreírle.

—Eres la cosita más bonita que he visto nunca, ¿lo sabías? —le digo, y él responde con un gorjeo que suena sospechosamente como una risa.

Miro a Jason, que nos observa con una expresión indescifrable.

—¿Lo sabe Ava? —pregunto suavemente.

—Aún no —sacude la cabeza—. Todo ha sido tan... repentino. Ni siquiera sé por dónde empezar.

Hay algo tan desarmado en su expresión que siento una oleada de compasión. Este no es el Jason controlador y perfecto que conozco. Este es un hombre completamente fuera de su elemento, tratando desesperadamente de mantenerse a flote.

—¿No vas a decirlo? —pregunta con un tono que roza lo amargo.

—¿Decir qué?

—Lo irónico que es. Que yo, el que siempre critica tu falta de planificación, el que siempre tiene todo bajo control, haya terminado con un hijo que no planifiqué.

Hay algo tan crudo en su vulnerabilidad que me sorprendo a mí misma queriendo protegerlo en lugar de burlarme.

—No soy tan mala, Jason —digo suavemente—. Incluso yo puedo ver que estás al borde de un ataque de pánico.

Noah suelta un gorgoteo feliz, completamente ajeno al drama adulto que se desarrolla a su alrededor.

—Aunque —añado, porque no puedo evitarlo del todo— debo decir que me sorprende que el Sr. Responsabilidad no usara protección.

Sus ojos se oscurecen.

—Siempre uso protección —dice entre dientes—. Siempre. Sin excepciones.

Arqueo una ceja y miro significativamente a Noah, que ahora intenta meterse mi pelo en la boca.

—Evidentemente, no siempre funciona —señalo.

—O estaba manipulada —contraataca—. Porque te juro que nunca, jamás, me he acostado con nadie sin condón.

Hay tanta sinceridad en su indignación que casi le creo. Casi.

Un Santa Claus con una barba claramente falsa se acerca a nosotros, haciendo sonar una campanilla con demasiado entusiasmo.

—¡Jo, jo, jo! ¿Una pequeña donación para los niños desfavorecidos? —pregunta, extendiendo un bote rojo.

Jason lo mira como si acabara de ofrecerle drogas. Ante su silencio, saco un billete de veinte de mi bolsillo y lo meto en el bote.

—Gracias, señorita. ¡Feliz Navidad! —exclama Santa antes de dirigirse hacia su próxima víctima.

—¿Acabas de darle veinte dólares a un desconocido vestido de Santa? —pregunta Jason, incrédulo.

—Es Navidad, Jason —replico—. Y es para niños desfavorecidos.

—O para su próxima botella de whisky barato —murmura.

Noah empieza a inquietarse en mis brazos, su carita arrugándose de una manera que reconozco demasiado bien después de haber pasado tanto tiempo con niños. Mi familia es gigantesca.

—Creo que tiene hambre —digo, meciéndolo suavemente—. ¿Tienes su biberón?

Jason me mira como si le hubiera preguntado si tiene un cohete espacial en el bolsillo.

—Yo... no... —se pasa la mano por el pelo de nuevo—. Acabo de recogerlo. No tengo nada para él. Iba a comprar de todo ahora.

Algo en mi interior se ablanda ante su desamparo. Me recuerda a un niño perdido en un centro comercial, aunque vista un traje que probablemente cuesta más que mi alquiler mensual.

—Pues vamos —digo con determinación—. Te acompaño.

—¿Qué? No, no es necesario —responde automáticamente—. Puedo hacerlo solo.

Noah elige ese momento para empezar a llorar, un sonido que comienza como un gemido suave y rápidamente evoluciona hacia

algo más urgente.

—Claro que puedes —digo, meciendo a Noah para calmarlo—. Igual que puedes representar a un cliente en la Corte Suprema sin haber estudiado derecho. Técnicamente es posible, pero definitivamente no es recomendable.

Me mira con esa expresión irritada que conozco tan bien, la que dice claramente que le gustaría discutir, pero sabe que tengo razón.

—Tengo una lista —dice, sacando un papel arrugado de su bolsillo —. La trabajadora social me la dio.

—Una lista genérica —señalo—. ¿Sabes qué tipo de leche toma? ¿Qué talla de pañal usa? ¿Si tiene alergias?

Su rostro palidece ligeramente.

—No he pensado en eso.

—Por supuesto que no —digo, pero sin malicia—. No es algo en lo que normalmente pienses cuando te levantas por la mañana.

Noah llora con más fuerza ahora, su carita enrojecida por el esfuerzo. Lo acuno contra mi pecho, balanceándome ligeramente.

—Vamos a la tienda de bebés primero —decido—. Necesita comer, y seguro que tienen un rincón donde preparar biberones.

Jason duda un segundo más, y puedo ver el conflicto en su rostro. Su necesidad de control luchando con la clara evidencia de que está completamente perdido.

—De acuerdo —dice finalmente—. Pero solo porque él te necesita.

Algo en la forma en que lo dice, ese «él te necesita» en lugar de «yo te necesito», me conmueve más de lo que quiero admitir.

—Estás de suerte —digo, intentando aligerar el ambiente mientras empezamos a caminar—. Resulta que soy una experta en bebés, gracias a mis múltiples primos y a las gemelas de tu hermana.

—¿Por qué no me sorprende? —murmura, pero hay un atisbo de alivio en sus ojos que contradice su tono sarcástico.

Mientras caminamos hacia la tienda, con Noah sollozando contra mi hombro, observo de reojo a Jason. Su postura rígida, su mirada vigilante, la forma en que sus ojos vuelven constantemente a su hijo como si temiera que fuera a desaparecer.

Y me doy cuenta de algo que me golpea con la fuerza de una revelación: ya ama a este niño. Lo ama con esa intensidad feroz que

Jason Brown aplica a todo lo que le importa.

El pensamiento me provoca una oleada de calor en el pecho que decido ignorar por completo.

—Por cierto —digo, mientras entramos en «Baby World», una tienda tan grande que parece ocupar medio centro comercial—. Si vamos a hacer esto, tienes que prometer que me escucharás. Nada de ese «sé lo que hago» cuando claramente no tienes ni idea.

Me mira con esos ojos verdes que ahora veo duplicados en el bebé que sostengo, y por un momento parece que va a discutir. Luego, Noah suelta un gemido particularmente desgarrador, y Jason suspira derrotado.

—Lo prometo —dice, y hay tal sinceridad en su voz que me pilla desprevenida.

—Bien —asiento, tratando de ignorar la extraña sensación en mi estómago—. Entonces empecemos por lo básico: leche, pañales, y algo para que este pequeñín deje de llorar.

Y mientras nos adentramos en los pasillos infinitos de productos para bebés, no puedo evitar pensar que esta es, sin duda, la situación más surrealista en la que me he encontrado jamás.

Yo, Cloe Martínez, ayudando a Jason Brown, el hombre que representa todo lo que me irrita, a comprar lo esencial para el hijo que acaba de descubrir que tiene en plenas Navidades.

Si esto no es material para una novela, no sé qué lo será.

Lo que no quiero examinar demasiado de cerca es por qué mi corazón late un poco más rápido cada vez que Noah me mira con esos ojos tan parecidos a los de su padre, o por qué ver a Jason completamente vulnerable por primera vez me hace querer protegerlo en lugar de burlarme.

Algunas preguntas es mejor no hacérselas. Al menos no hoy.

Hoy solo somos dos adultos tratando de calmar a un bebé hambriento en un mar de productos infantiles, mientras los villancicos suenan por los altavoces y Santa pide donaciones en la puerta.

Y por alguna razón que no quiero analizar, no hay ningún otro lugar donde preferiría estar en este momento.

CAPÍTULO 4

JASON

—No, ese no —Cloe niega con la cabeza mientras aparto mi mano del biberón que estaba a punto de coger—. Necesitas uno con válvula anticólicos. Los bebés tragan mucho aire cuando beben y luego sufren.

Asiento como si entendiera perfectamente lo que me está diciendo, aunque la verdad es que cada nueva información me hace sentir más incompetente. En las últimas dos horas, he descubierto que existe un universo paralelo de productos infantiles con características específicas que jamás habría imaginado: chupetes ortodónticos, toallitas sin alcohol, cremas para la dermatitis del pañal, y leche de fórmula adaptada a cada etapa.

Yo, que me enorgullezco de dominar los contratos más complejos y las negociaciones más difíciles, me siento completamente perdido ante decisiones como si los bodies deben abrocharse por delante o por detrás.

—Este es mejor —dice Cloe, seleccionando un pack de biberones con tetinas que aparentemente simulan el pecho materno—. Y asegúrate de comprar un cepillo especial para limpiarlos.

Noah, que milagrosamente se ha calmado después de que Cloe improvisara un biberón en el área de lactancia de la tienda, ahora descansa tranquilo en mis brazos. Su respiración suave y acompasada contra mi pecho me produce una sensación de bienestar que jamás había experimentado.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —pregunto mientras observo a Cloe examinar críticamente dos marcas diferentes de pañales.

—Tengo siete primos pequeños —responde sin levantar la vista—. Y he sido la niñera oficial de todos ellos. Además, llevo desde que

nacieron las gemelas ayudando a Ava.

Hay algo hipnótico en la manera en que se mueve por la tienda, con esa confianza natural que tanto me irrita habitualmente pero que ahora encuentro reconfortante. Cloe puede ser caótica y desorganizada en muchos aspectos de su vida, pero con Noah... es como si supiera exactamente qué hacer en cada momento.

Cuando el bebé empezó a llorar desesperadamente en medio del pasillo de productos de baño, yo me quedé paralizado, pero ella lo tomó en brazos con un movimiento fluido, lo apoyó contra su hombro y comenzó a mecerlo mientras tarareaba suavemente. Noah se calmó casi al instante.

—¿Qué clase de brujería es esa? —le pregunté, genuinamente impresionado.

Ella simplemente se encogió de hombros.

—No es brujería. Es tratarlo como lo que es: un bebé que necesita sentirse seguro —respondió, y por primera vez no detecté sarcasmo en su tono—. Los niños perciben cuando estás nervioso. Se calman si tú estás calmado.

Es fácil decirlo, imposible hacerlo.

—Vas a necesitar una silla alta —comenta ahora, sacándome de mis pensamientos.

—¿Ya? ¿No es muy pequeño?

—Tiene seis meses, Jason. Pronto empezará con los purés —me explica con paciencia—. ¿O piensas alimentarlo exclusivamente con leche hasta la universidad?

Y ahí está otra vez, ese tono que me saca de quicio. Pero antes de que pueda responder, Noah estira sus manitas hacia Cloe, como si quisiera que ella lo cogiera. La traición me golpea de forma irracional.

—Parece que le gustas —murmuro mientras se lo paso.

—Eso es porque no le tengo miedo —responde, acunándolo con naturalidad—. Los bebés son como los perros, pueden oler el miedo.

—No le tengo miedo a mi propio hijo —protesto, aunque en realidad lo que me aterra es fallarle—. Solo quiero hacerlo bien.

Algo cambia en la expresión de Cloe. Sus ojos, normalmente burlones cuando me miran, se suavizan ligeramente.

—Lo harás bien —dice, y su voz tiene una suavidad que no le había escuchado antes dirigida hacia mí—. Todos los padres aprenden sobre la marcha.

Noah suelta un gorjeo feliz, como si quisiera confirmar sus palabras, y un nudo se forma en mi garganta. ¿Cómo es posible sentir tanto por alguien a quien acabo de conocer hace unas horas?

Después de llenar dos carritos con lo que Cloe considera «lo básico» (y que a mí me parece suficiente para equipar una guardería completa), nos dirigimos a las cajas. La suma total hace que parpadee varias veces, no por el dinero en sí, sino por la realidad que representa. Cada pañal, cada pelele, cada juguete es un recordatorio de que mi vida ha cambiado irrevocablemente.

—¿Necesitas ayuda para llevar todo esto a casa? —pregunta Cloe mientras observa cómo el dependiente guarda metódicamente nuestras compras.

La miro sorprendido. Había asumido que, una vez terminadas las compras, cada uno seguiría su camino. La idea de que venga a mi apartamento, de que vea mi espacio privado en estas circunstancias, me produce una extraña mezcla de alivio y pánico.

—No, gracias —respondo automáticamente—. Puedo arreglármelas.

Algo que parece decepción cruza por su rostro, pero desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado.

—Como quieras —se encoge de hombros—. Pero si necesitas algo...

—Te llamaré —completo, aunque lo digo por cortesía. No pienso molestarla.

Salimos de la tienda cargados de bolsas (solo llevo lo básico, el resto me lo envían a casa), y Noah, exhausto por toda la estimulación, se ha quedado dormido en mis brazos. Su peso cálido contra mi pecho es reconfortante de una manera que no puedo explicar.

En la entrada del centro comercial, un viento frío nos recibe, y automáticamente acerco a Noah más a mi cuerpo para protegerlo. Cloe se arrebuja en su abrigo rojo, y por un momento nos quedamos allí, sin saber muy bien cómo despedirnos.

—Gracias —digo finalmente, y la palabra sale ronca—. Por todo esto. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

Ella sonríe, una sonrisa genuina que ilumina su rostro de una manera que encuentro perturbadoramente atractiva.

—Comprar todo lo azul de la tienda, probablemente —bromea—. Incluida esa horrible manta con dinosaurios que querías.

—Era práctica —me defiendo, aunque ambos sabemos que tiene razón.

Un taxi se detiene frente a nosotros, y el conductor comienza a cargar nuestras compras. Es hora de separarnos.

—Buena suerte, Jason —dice Cloe, acercándose para acariciar suavemente la mejilla de Noah—. Si necesitas cualquier cosa, no importa la hora, llámame. No bromeo.

Hay tanta sinceridad en su voz que me pilla desprevenido. Esta es la Cloe que no suelo ver, la que existe debajo de todas esas capas de sarcasmo y rebeldía. La Cloe que cuida de quienes quiere con una ferocidad que, en el fondo, no es tan diferente a la mía.

—Lo haré —prometo, y por primera vez en todo el día, siento que tal vez, solo tal vez, pueda afrontar esto.

Nos despedimos con un gesto torpe, algo entre un abrazo abortado y un apretón de manos que nunca llega a completarse. La veo alejarse, su abrigo rojo como una llama en medio de la nieve, y una parte de mí quiere llamarla, pedirle que no se vaya.

Pero no lo hago.

En su lugar, me subo al taxi con Noah, rumbo a un apartamento que nunca ha estado acondicionado para un bebé, a una vida para la que no estoy preparado en absoluto.

El silencio de mi ático nunca me había parecido tan opresivo como ahora, mientras coloco a Noah, aún dormido, en el centro de mi cama king size, rodeado de almohadas para asegurarme de que no pueda caerse. La cuna que he comprado no llegará hasta esta tarde, y mientras tanto, tengo que improvisar.

Observo mi habitación, tan minimalista y ordenada, ahora invadida por bolsas de compras rebosantes de productos infantiles coloridos. El contraste no podría ser más evidente: mi mundo monocromático frente a los colores brillantes de la infancia.

Noah se remueve ligeramente, pero sigue durmiendo profundamente, agotado por todas las emociones del día. Su carita relajada, sus pestañas largas proyectando pequeñas sombras sobre sus mejillas, sus puñitos cerrados a los lados... es la cosa más perfecta que he visto jamás.

Y no tengo ni idea de qué hacer con él.

Me siento al borde de la cama, intentando no moverla demasiado, y saco mi teléfono. Debería llamar a Ava, contarle todo. Pero ¿cómo le explico a mi hermana pequeña que acabo de descubrir que tengo un hijo? ¿Que soy padre de un niño abandonado por una mujer con la que tuve una aventura de una noche hace más de un año? ¿Cómo le confieso que todo lo que siempre he predicado sobre la responsabilidad y la planificación se ha ido al garete con un condón defectuoso?

En lugar de marcar su número, me encuentro mirando el contacto de Cloe. Su sonrisa burlona en la foto del perfil parece desafiarme incluso desde la pantalla.

Cloe, que sabía exactamente qué tipo de pañales comprar. Cloe, que calmó a Noah con solo sostenerlo. Cloe, que me miró sin juzgarme cuando le conté la verdad.

No voy a llamarla. Tengo que demostrarme a mí mismo que puedo hacer esto solo. Que soy capaz de cuidar de mi hijo sin ayuda.

Guardo el teléfono de nuevo en mi bolsillo.

Noah suelta un pequeño suspiro en sueños, y algo dentro de mí se contrae dolorosamente. El miedo a fallarle es tan intenso que casi no puedo respirar. ¿Y si hago algo mal? ¿Y si no soy el padre que necesita?

Me levanto y me acerco a la ventana. La nieve sigue cayendo sobre Manhattan, convirtiendo la ciudad en un paisaje de cuento navideño. En cualquier otro momento, la vista me habría resultado hermosa. Ahora, solo veo todos los peligros potenciales para un niño

pequeño: el frío, la humedad, los gérmenes de una ciudad de ocho millones de habitantes.

El sonido de un leve gorjeo me hace girarme. Noah está despierto, mirándome con esos ojos verdes iguales a los míos. No está llorando, solo me observa con curiosidad, como preguntándose quién soy y qué hago en su vida.

—Soy tu padre —le digo en voz baja, acercándome a la cama—. Y te prometo que haré todo lo posible para ser uno bueno.

Extiende sus manitas hacia mí, y sin pensarlo, lo levanto y lo acerco a mi pecho. Se acomoda contra mí con esa confianza absoluta que solo los niños pueden tener, y el aroma a champú de bebé me inunda los sentidos.

Por un momento de claridad perfecta, todo parece posible. Puedo hacer esto. Puedo aprender. Puedo ser el padre que Noah merece.

Luego, Noah arruga la nariz y un olor inconfundible invade la habitación, rompiendo el momento.

Y mientras busco frenéticamente entre las bolsas un pañal limpio, toallitas y crema, una certeza se asienta en mi mente:

Voy a necesitar a Cloe Martínez mucho más pronto de lo que creía.

CAPÍTULO 5

CLOE

El teléfono vibra como un insecto enloquecido sobre mi mesita de noche, arrancándome de un sueño en el que por fin lograba terminar mi novela. Alargo la mano a tientas, maldiciendo por lo bajo. La pantalla ilumina mi habitación a oscuras con un resplandor azulado, mostrándome algo que hace que me incorpore de golpe: Jason Brown llamándome a las 3:27 de la madrugada.

—¿Jason? —respondo con voz ronca, mientras mi cerebro intenta recordar por qué tendría que llamarme a estas horas.

Y entonces lo recuerdo. Noah.

—Cloe —su voz suena tensa, casi irreconocible—. Sé que es una locura llamarte a estas horas, pero... —Un llanto estridente le interrumpe, tan agudo que tengo que apartar el teléfono de mi oído —. No para de llorar. Lleva tres horas. He intentado de todo: darle biberón, ponerle un pañal limpio, mecerlo... Nada funciona.

La desesperación en su voz hace que mi corazón se encoja. Jason Brown, el hombre que nunca pierde el control, suena completamente desarmado.

—Entiendo si me mandas a la mierda —continúa, con palabras que se atropellan unas a otras—. Pero no sé qué más hacer y... Dios, odio pedirte esto, pero ¿podrías...?

—Dame tu dirección —le interrumpo, ya poniéndome en pie y buscando mis vaqueros en la oscuridad—. Estaré allí en veinte minutos.

El suspiro de alivio al otro lado de la línea es casi doloroso de escuchar.

—Upper East Side, calle 75 con Park Avenue —responde, y me dicta los detalles del edificio y el código de acceso—. Gracias, Cloe.

Te juro que si no fuera por Noah…

—Lo sé —digo, metiéndome en los pantalones con el teléfono apoyado entre la oreja y el hombro—. No lo haces por ti, sino por él. No necesitas explicármelo.

Cuelgo y me apresuro a terminar de vestirme: vaqueros, un suéter grueso verde botella que encuentro arrugado al pie de la cama, y mi abrigo rojo. No me molesto en maquillarme ni en hacer nada con mi pelo más allá de recogerlo en un moño desordenado. Jason tendrá que conformarse con la versión sin filtros de Cloe Martínez a las tres y media de la madrugada.

Las calles de Nueva York están casi desiertas mientras el taxi avanza por el asfalto húmedo. La nieve ha dejado paso a una llovizna fina que hace que las luces de la ciudad se reflejen en el pavimento como estrellas caídas. Me froto las manos enguantadas, intentando calentarlas mientras observo los edificios pasar.

¿Qué estoy haciendo exactamente? ¿Corriendo en mitad de la noche para ayudar a un hombre que me saca de quicio el noventa por ciento del tiempo? Un hombre que hasta ayer creía que yo era una irresponsable sin remedio. Un hombre que...

La imagen de Noah, con sus ojos verdes y su sonrisa desdentada, aparece en mi mente y disuelve todas mis dudas. No lo hago por Jason. Lo hago por ese bebé que no tiene la culpa de nada.

El edificio de Jason es exactamente como lo había imaginado: elegante, discreto, con un portero uniformado que me mira con sospecha cuando aparezco a estas horas. Tras darle mi nombre y el piso al que voy, me deja pasar con un asentimiento reticente.

El ascensor sube silenciosamente hasta el último piso. Por supuesto que Jason vive en un ático. Por supuesto.

Antes de que pueda llamar, la puerta se abre de golpe. Jason está ante mí con un aspecto que jamás le había visto: pelo revuelto, ojos enrojecidos, una camiseta gris arrugada y... ¿eso son pantalones de chándal? El siempre impecable Jason Brown en ropa deportiva es una visión tan desconcertante que me quedo momentáneamente sin palabras.

El llanto de Noah se escucha desde algún lugar del apartamento, un sonido desgarrador que me hace reaccionar.

—Déjame pasar —digo, y él se aparta casi tropezando consigo mismo.

El interior es tan minimalista como cabría esperar: predominan los tonos grises, blancos y negros, muebles de líneas limpias, grandes ventanales con vistas panorámicas a Manhattan. Pero lo que más llama mi atención es el contraste entre ese orden aséptico y el caos de objetos infantiles que ahora invaden el espacio: bolsas de compras aún sin desembalar, una manta de colores vivos extendida en el sofá de cuero negro, un biberón abandonado sobre la mesa de café de cristal.

Sigo el llanto hasta lo que parece ser el dormitorio principal. Allí, en medio de una cama king size rodeada de almohadas a modo de barrera improvisada, Noah llora con el rostro enrojecido por el esfuerzo, sus pequeños puños agitándose en el aire como si luchara contra un enemigo invisible.

—Hey, pequeño —digo, acercándome y sentándome con cuidado en el borde de la cama—. ¿Qué pasa? ¿Tan malo es vivir con tu papá?

Lo levanto con movimientos suaves pero seguros, apoyándolo contra mi pecho. Está caliente, demasiado caliente.

—¿Has comprobado si tiene fiebre? —le pregunto a Jason, que se ha quedado en el umbral de la puerta como si temiera entrar en su propia habitación.

—Sí, pero no tengo termómetro —responde, pasándose una mano por el pelo ya de por sí desordenado—. Al tacto parece algo caliente, pero no sé si es normal.

Coloco mis labios sobre la frente de Noah, un truco que aprendí de mi madre.

—Está un poco caliente, pero no parece fiebre —digo—. Quizás esté incómodo. ¿Cuándo le diste el último biberón?

—Hace una hora, pero apenas tomó nada.

Examino a Noah más detenidamente mientras lo mezo. Sus mejillas están enrojecidas, y cuando le paso suavemente un dedo por la encía, noto un bulto duro.

—Está echando un diente —anuncio—. Por eso llora así. Debe de dolerle muchísimo.

Jason parpadea, como si acabara de revelarle uno de los secretos del universo.

—Un diente —repite—. ¿Y qué se supone que tengo que hacer con eso?

No puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa.

—No es algo que puedas resolver con una negociación agresiva, me temo —bromeo—. Necesita algo frío para aliviar el dolor. ¿Tienes gel específico para encías?

—No sabía que existía algo así.

—Entonces necesitaremos improvisar —digo, levantándome con Noah en brazos—. ¿Tienes paños limpios y un congelador que funcione?

Jason asiente y me guía hasta la cocina, una estancia que parece sacada de una revista de decoración y que probablemente ha usado tanto como yo mi membresía del gimnasio.

—Moja este paño con agua fría y ponlo en el congelador unos minutos —le indico, entregándole un paño limpio que he encontrado en un cajón—. Y mientras tanto, ¿tienes manzanilla? Eso también puede ayudar.

—¿Manzanilla? —Me mira como si le hubiera pedido plutonio.

—Olvídalo —suspiro—. ¿Tienes alguno de los chupetes a mano?

Asiente y desaparece un momento, volviendo con uno de los chupetes que compramos esta mañana. Aún está en su envoltorio original.

Mientras Jason prepara el paño frío, yo camino por la cocina meciendo a Noah, cantándole en voz baja una nana en español que mi abuela solía cantarme. Su llanto va disminuyendo gradualmente, no cesando del todo, pero volviéndose más intermitente, como si estuviera demasiado intrigado por la canción para recordar que debe llorar.

—«A la nanita nana, nanita ella, nanita ella, mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea...» —mi voz es poco más que un susurro cerca de su oído, y siento cómo su cuerpecito se va relajando contra el mío.

Cuando levanto la vista, Jason me está mirando fijamente, con el paño congelado olvidado en su mano. Hay algo en su expresión que

no sé descifrar, algo intenso y vulnerable a la vez.

—El paño —le recuerdo, y parece salir de un trance.

—Sí, claro —murmura, acercándose para entregármelo.

Lo doblo en un extremo y lo acerco a la boca de Noah, que instantáneamente comienza a chuparlo con avidez. El frío parece aliviarle, porque sus gemidos se vuelven más espaciados.

—Deberías comprar gel específico para las encías mañana —le digo a Jason, que nos observa como si estuviéramos realizando algún tipo de magia arcana—. Y anillos de dentición que pueda morder. Es solo el primer diente, así que tendrás que pasar por esto varias veces.

Un suspiro que parece venir desde lo más profundo de su ser escapa de sus labios.

—No tenía ni idea de qué hacer —dice, dejándose caer en un taburete de la isla de la cocina—. Me he enfrentado a jueces del Tribunal Supremo, he negociado fusiones de miles de millones, pero esto... —Señala a Noah—. No sabía que un bebé podía llorar así, como si el mundo se estuviera acabando.

—Para él, en cierto modo, se está acabando —respondo—. Imagina un dolor que no entiendes, que aparece de repente y no sabes de dónde viene ni cómo pedir ayuda. Es aterrador.

Jason me mira con una intensidad que hace que algo se remueva en mi interior.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Ya te lo he dicho, vengo de una familia numerosa —me encojo de hombros—. Y leo mucho. Aunque no sean manuales de derecho corporativo.

Un amago de sonrisa aparece en sus labios, y de repente soy muy consciente de lo íntimo que es todo esto: los dos en su cocina a las cuatro de la madrugada, él en ropa de estar por casa, yo sin maquillar y con el pelo revuelto, un bebé entre nosotros.

Noah ha dejado de llorar por completo ahora, aunque aún suelta algún gemido ocasional. Sus párpados luchan contra el sueño, abriéndose y cerrándose como si temiera perderse algo importante.

—Creo que deberíamos intentar acostarlo —sugiero—. Si se duerme, podrías conseguir unas horas de descanso antes de que se

vuelva a despertar.

Jason asiente y me guía de vuelta al dormitorio. La cama sigue con su barricada de almohadas, pero ahora noto algo que antes pasé por alto: una cuna sin montar apoyada contra la pared.

—La entregaron esta tarde, pero no he tenido tiempo de montarla —explica, notando mi mirada—. Ha sido un día... intenso.

—Me lo imagino —respondo suavemente.

Coloco a Noah en el centro de la cama, manteniendo el paño frío cerca de su boca. Sus ojos están casi cerrados ahora, su respiración volviéndose más profunda y regular.

—Quédate con él un momento —le digo a Jason—. Voy a hacer algo.

Sin esperar respuesta, vuelvo a la cocina y abro el congelador. Como esperaba, está prácticamente vacío excepto por algunas bandejas de hielo y lo que parece una botella de vodka premium. Tomo un cubito de hielo y lo envuelvo en otro paño limpio, creando una alternativa al que Noah ha estado mordisqueando y que ya comienza a calentarse.

Cuando regreso, encuentro a Jason sentado junto a Noah, observándolo dormir con una expresión de asombro absoluto, como si estuviera contemplando el misterio más grande del universo.

—Toma —le digo, entregándole el nuevo paño frío—. Cuando el otro pierda el frío, puedes usar este. Y recuerda comprar el gel para encías mañana a primera hora.

Asiente sin apartar la vista de Noah.

—Gracias —dice, y la palabra contiene tanto peso que casi puedo sentirlo físicamente—. No sé qué habría hecho si no hubieras venido.

—Probablemente acabar detenido por el escándalo que estabais montando —bromeo, intentando aligerar el ambiente.

Eso consigue arrancarle una sonrisa genuina, y durante un segundo, veo a un Jason Brown completamente diferente al que conozco. Un Jason sin defensas, sin fachadas, sin el control férreo que siempre mantiene. Un Jason que podría ser peligrosamente fácil de querer.

Aparto ese pensamiento tan rápido como ha llegado.

—Debería irme —digo, retrocediendo hacia la puerta—. Parece que ya está tranquilo.

—¿Irte? —Se levanta tan rápido que casi tira una almohada—. ¿A esta hora? No, no puedo permitirlo. Es demasiado tarde y peligroso para que andes sola por ahí.

—Jason, vivo en Nueva York. Sé cuidarme.

—Por favor —dice, y hay algo en su voz que me detiene—. Ya has hecho más que suficiente viniendo hasta aquí. Al menos déjame llamarte un taxi y... espera, tengo una habitación de invitados. Podrías quedarte.

La oferta me pilla por sorpresa. ¿Jason Brown invitándome a quedarme en su casa? ¿El mismo hombre que siempre ha querido mantenerme a varios metros de distancia?

—No he traído nada para pasar la noche —respondo, aunque la idea de enfrentarme al frío y a la lluvia otra vez a estas horas ha perdido todo su atractivo.

—Puedo prestarte lo que necesites —insiste—. Y así, si Noah vuelve a despertarse...

Ahí está, la verdadera razón. No es preocupación por mí, sino miedo a quedarse solo con un bebé que no sabe cómo consolar. Debería sentirme utilizada, pero en lugar de eso, siento una oleada de ternura. Este hombre, tan autosuficiente, tan orgulloso, está admitiendo que me necesita. Aunque sea por su hijo.

—De acuerdo —cedo finalmente—. Pero solo por esta noche. Y solo porque estoy demasiado cansada para discutir.

El alivio en su rostro es casi cómico.

—La habitación de invitados está por aquí —dice, guiándome por un pasillo—. El baño está conectado, y debería haber cepillos de dientes sin usar en el armario.

La habitación, como el resto del apartamento, es elegante y minimalista. Tiene una cama king size con sábanas blancas impecables, un escritorio de diseño, y grandes ventanales que muestran la ciudad iluminada bajo la llovizna.

—Te traeré algo para dormir —dice, y desaparece antes de que pueda protestar.

Me quedo sola, observando esta habitación que es más grande que todo mi apartamento. Hay algo profundamente íntimo en estar aquí, en el santuario privado de Jason Brown, viendo cómo vive cuando no está intimidando a abogados en una sala de juntas.

Regresa con una camiseta gris y unos pantalones de chándal que parecen nuevos.

—Probablemente te queden enormes, pero son lo más cómodo que tengo —dice, dejándolos sobre la cama.

—Gracias —respondo, sintiendo una extraña timidez que no es propia de mí.

Nos quedamos en silencio un momento, mirándonos, como si ninguno supiera exactamente qué decir o hacer a continuación.

—Bueno, si necesitas cualquier cosa... —comienza.

—Estaré bien —le aseguro—. Ve a descansar mientras Noah duerma. Lo necesitarás.

Asiente y retrocede hacia la puerta.

—Buenas noches, Cloe. Y gracias de nuevo. Por todo.

—Buenas noches, Jason.

Cuando la puerta se cierra tras él, dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Me siento en la cama, procesando el extraño giro que ha dado mi noche. Esta mañana estaba luchando contra una página en blanco, frustrada y sola. Y ahora estoy en el apartamento de Jason Brown, después de haber calmado a su hijo recién descubierto.

La vida es definitivamente más extraña que cualquier novela que pudiera escribir.

Me cambio a la ropa que me ha prestado, notando cómo la camiseta huele a él: una mezcla de detergente caro y algo más cálido, más personal. Es perturbadoramente agradable.

Mientras me deslizo entre las sábanas más suaves que he sentido jamás, mi último pensamiento antes de que el sueño me reclame es que quizás, solo quizás, hay más en Jason Brown de lo que siempre he querido ver.

Y eso podría ser el comienzo de mis verdaderos problemas.

CAPÍTULO 6

JASON

El aroma a café recién hecho inunda mi apartamento cuando abro los ojos, me siento confundido por un instante ante este olor tan hogareño que nunca ha caracterizado mis mañanas. Parpadeo, desorientado, hasta que los recuerdos del día anterior caen sobre mí como una avalancha: Noah, Cloe, el llanto interminable, la noche interrumpida.

Me incorporo de golpe. Me quedé dormido junto a Noah en mi cama, rodeándolo con almohadas, pero ahora el espacio a mi lado está vacío. Un pánico irracional me invade durante una fracción de segundo, hasta que escucho una voz suave cantando en español desde algún lugar del apartamento.

Me levanto y sigo el sonido, pasando una mano por mi pelo revuelto mientras avanzo por el pasillo. La imagen que encuentro en mi cocina me deja momentáneamente sin aliento.

Cloe está de pie junto a la isla central, con Noah en un brazo mientras con la mano libre remueve algo en una taza. Lleva puesta mi camiseta gris, que le queda como un vestido corto, y tiene el pelo recogido en un moño desordenado del que escapan mechones rebeldes. Sus pies descalzos se mueven suavemente al ritmo de la canción que tararea, y Noah la mira con absoluta fascinación, como si entendiera cada palabra de la melodía.

Hay algo en esta escena que hace que mi pecho se contraiga dolorosamente. Es demasiado íntima, demasiado doméstica, demasiado... perfecta.

—Buenos días —digo finalmente, mi voz más ronca de lo que esperaba.

Cloe se gira, sorprendida, y sus ojos se encuentran con los míos. Hay un momento de tensión, de reconocimiento mutuo de lo extraña que es esta situación: ella en mi cocina, con mi ropa, con mi hijo.

—Ah, el bello durmiente despierta —dice con una sonrisa que no llega del todo a sus ojos—. Alguien necesitaba desesperadamente su dosis de cafeína y tu máquina parecía lo bastante sencilla como para que incluso yo pudiera manejarla.

—Gracias —respondo, acercándome para tomar la taza que me ofrece—. ¿Noah ha... cómo ha estado?

—Se despertó hace una hora, pero lo escuché antes de que empezara a llorar —explica, ajustando a Noah en su cadera con una naturalidad que me fascina—. Le he dado un biberón y le he cambiado el pañal. Ese diente sigue molestándole, pero está de mejor humor esta mañana.

Como para confirmar sus palabras, Noah suelta un gorjeo alegre y estira sus manitas hacia mí. Lo cojo en brazos, sintiendo su peso cálido y sólido contra mi pecho. Es asombroso cómo, en menos de veinticuatro horas, este pequeño ser se ha convertido en el centro de mi universo.

—Gracias —repito, y la palabra me parece insuficiente para expresar lo que siento—. Por todo. Por venir anoche, por quedarte, por...

—No es nada —me corta Cloe, girándose para servirse su propia taza de café—. ¿Quién podría resistirse a este pequeñín? Además, técnicamente estoy de vacaciones, así que no tenía nada mejor que hacer que rescatar a un abogado desesperado y su adorable hijo.

Hay una ligereza forzada en su tono que me dice que está incómoda. No la culpo. Esta situación sobrepasa con creces los límites de nuestra relación, que hasta ayer consistía principalmente en discusiones acaloradas cada vez que nos encontrábamos.

Noah juguetea con el botón de mi camiseta, ajeno a la tensión entre los adultos. El sol de la mañana se filtra por los ventanales, creando reflejos dorados en su pelo negro, y me golpea de nuevo la magnitud de lo que ha ocurrido: soy padre. Este ser perfecto es mi hijo.

Y no tengo ni idea de cómo cuidarlo.

Necesito a Cloe con desesperación y, aunque sé que es una locura lo que estoy a punto de pedir, no tengo nada que perder. Y la realidad es que por mi hijo haría absolutamente cualquier cosa.

No voy a fingir que estoy preparado para cuidarlo solo.

—Cloe —comienzo, tratando de encontrar las palabras adecuadas —. Sé que es mucho pedir, y entenderé perfectamente si dices que no, pero... ¿te podrías quedar con nosotros? ¿Podrías ayudarme a cuidar a Noah? No para siempre, obviamente, solo hasta que pueda... hasta que aprenda... Hasta que pueda encontrar a una niñera en la que confíe…

Dejo la frase en el aire, incapaz de admitir en voz alta lo completamente perdido que me siento. Yo, que nunca pido ayuda, que siempre tengo un plan, una estrategia, una solución, estoy aquí mendigando asistencia.

Cloe me mira por encima del borde de su taza, sus ojos oscuros evaluándome con esa intensidad que siempre me ha desarmado.

—¿Jason, me estás pidiendo que sea tu niñera? —pregunta finalmente, con un tono que no revela si la idea le parece absurda o simplemente inesperada.

—No exactamente —respondo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Te estoy pidiendo que me enseñes. Que nos ayudes a Noah y a mí a... adaptarnos el uno al otro. Solo hasta después de las fiestas de Navidad, cuando sea más factible encontrar una niñera profesional. No puedo elegir a ninguna con tampoco tiempo y que me fie de ella. Es una locura.

Dejo sin mencionar que la idea de dejar a Noah con una desconocida me resulta físicamente dolorosa. Que la única persona con quien imagino dejándolo, aparte de Ava (aunque mi hermana ni siquiera sabe de su existencia), es con la mujer que tengo delante.

Cloe deposita su taza en la encimera y cruza los brazos, un gesto que he aprendido a reconocer como su postura de negociación.

—Tengo condiciones —dice, y algo en mi interior se relaja, porque no es un «no» inmediato.

—Por supuesto. Lo que sea con tal de que te mudes a vivir con nosotros y me ayudes —asiento, preparándome para cualquier demanda económica. Pagaría lo que fuera.

—Primero, tienes que contárselo a Ava. No puedo estar en medio de un secreto así entre hermanos.

Su tono no admite discusión, y aunque la idea de confesar a mi hermana mi monumental fracaso me revuelve el estómago, sé que tiene razón.

—De acuerdo —acepto—. Se lo diré lo más pronto posible. Solo necesito un poco de tiempo para hacerme a la idea.

—Y segundo —continúa, y por primera vez noto un ligero temblor en su voz—, esto es temporal. Hasta después de Reyes. Después, encontrarás una niñera profesional y yo volveré a mi vida. A mi novela. A mi rutina.

Hay algo en la forma en que dice «mi vida» que me hace preguntarme si está tratando de convencerme a mí o a sí misma.

—Me parece justo —respondo, extendiendo mi mano libre para sellar el acuerdo. Pensaba que me iba a costar muchísimo más convencerla—. ¿Tenemos un trato?

Mira mi mano durante un segundo que se estira como una eternidad, y luego la estrecha brevemente. Su piel es cálida contra la mía, y siento una corriente eléctrica que atribuyo a la falta de sueño y a la cafeína.

—Tenemos un trato —confirma, retirando su mano rápidamente —. Pero quiero que quede claro que no lo hago por ti. Lo hago por él.

Mira a Noah, que nos observa con esos ojos que son un reflejo de los míos, y su expresión se suaviza de una manera que me hace sentir un nudo en la garganta.

—Por supuesto —logro articular—. Yo también lo hago todo por él ahora.

Y es verdad. En menos de un día, este pequeño ser ha redefinido por completo mis prioridades, mis miedos, mis esperanzas. Todo gira en torno a él.

El silencio que sigue se llena con el suave balbuceo de Noah y el rumor del tráfico matutino de Manhattan que se filtra a través de las ventanas. Es un momento extrañamente pacífico, como si hubiéramos encontrado un equilibrio temporal en medio del caos que se ha convertido mi vida.

En medio de nuestras discusiones.

Como si por Noah hubiésemos decidido sin palabras enterrar el hacha de guerra.

—Bueno —dice Cloe finalmente, rompiendo el momento—, si voy a estar viviendo aquí, necesito mi ropa, mis cosas. Y tú necesitas ir a comprar ese gel para las encías antes de que el diente vuelva a molestarle.

Su tono práctico me devuelve a la realidad. Hay mil cosas que organizar, decisiones que tomar, preparativos que hacer.

—¿Podrías... podrías quedarte con él mientras voy a la farmacia? —pregunto, odiando lo inseguro que sueno—. Prometo no tardar más de veinte minutos.

Cloe extiende los brazos para tomar a Noah, que va hacia ella sin dudarlo un segundo, traidor.

—Por supuesto —dice con un suspiro exagerado—. Nosotros estaremos bien. Tenemos mucho de qué hablar, ¿verdad, Noah? Como por ejemplo de lo cabezota que es tu padre y de cómo vamos a sobrevivir a estas navidades sin volvernos locos.

Noah responde con una risita, como si entendiera perfectamente la broma, y siento una punzada de algo que se parece peligrosamente a los celos. Es ridículo sentir celos de la conexión que Cloe tiene con mi hijo cuando es exactamente por eso que le he pedido que se quede.

—Volveré enseguida —prometo, dirigiéndome hacia mi habitación para cambiarme.

Mientras me visto, escucho a Cloe hablar en voz baja con Noah, contándole alguna historia fantástica sobre dragones y princesas, similar a la que les contaba a las gemelas. La misma historia por la que la critiqué hace apenas dos días, cuando todo mi mundo era distinto.

En el espejo, un hombre que apenas reconozco me devuelve la mirada. Tengo ojeras pronunciadas, la barba incipiente de dos días, y una expresión que nunca antes había visto en mi rostro: vulnerabilidad pura.

Jason Brown, el controlador, el perfeccionista, el hombre que siempre tiene un plan, está completamente a la deriva.

¿Cómo he llegado a este punto?

Mientras me pongo la chaqueta y compruebo que tengo las llaves, escucho la risa cristalina de Cloe mezclándose con los gorjeos de Noah, y algo dentro de mí se contrae dolorosamente. Hay una domesticidad en esos sonidos que nunca he experimentado, que nunca he deseado.

O eso me he dicho a mí mismo.

Regreso a la cocina para despedirme y me quedo paralizado en el umbral. Cloe está bailando lentamente con Noah en brazos, moviéndose al ritmo de una música que solo ella escucha, murmurando palabras en español que no comprendo pero que suenan como una promesa, como un secreto.

Es una imagen tan hermosa que me quedo sin aliento.

Y mientras los observo, una certeza se asienta en mi pecho: haber invitado a Cloe Martínez a mi vida es probablemente la decisión más peligrosa que he tomado jamás.

Más peligrosa incluso que la noche que pasé con Rebecca.

Porque Rebecca solo me dio un hijo.

Pero Cloe... Cloe podría romperme el corazón que no sabía que tenía.

CAPÍTULO 7

CLOE

Dos maletas, tres cajas de cartón y un portátil con una novela a medio escribir. Toda mi vida reducida a lo que puedo trasladar en un solo viaje en taxi hasta el ático de Jason Brown.

¿Qué estoy haciendo?

Esto es una completa locura.

Jason y yo ni siquiera nos soportamos.

Suspiro mientras observo mis pertenencias dispersas por la habitación de invitados, que ahora será mi espacio durante el próximo mes y medio. La cama king size con su edredón de algodón egipcio parece burlarse de mi colchón desgastado en Brooklyn. El baño privado tiene más metros cuadrados que mi cocina. Y el vestidor... podría meter toda mi ropa y aún quedaría espacio para un pequeño país.

—¿Necesitas ayuda para deshacer las maletas?

Doy un respingo al escuchar la voz de Jason desde la puerta. Lleva a Noah en un brazo y un biberón en la mano libre. Está descalzo, con vaqueros desgastados y una camiseta gris que se amolda a su torso de una manera que me hace muy difícil no quedarme embobada mirándolo.

Este no es el Jason que conozco. El Jason que conozco viste trajes hechos a medida y corbatas de seda que probablemente cuestan más que mi alquiler mensual. Este Jason, doméstico y desarreglado, con un bebé en brazos y el pelo ligeramente despeinado, es tan desconcertante que durante un segundo me quedo sin palabras.

—No, gracias —consigo decir finalmente—. No traigo tanto.

Asiente, balanceándose suavemente para mantener a Noah tranquilo. Hay una incomodidad palpable entre nosotros, como si ninguno supiera exactamente cómo comportarse en esta nueva dinámica.

—He pedido comida tailandesa —dice, pasándose la mano libre por el pelo en ese gesto nervioso que nunca le había visto hasta que apareció Noah en su vida—. Llegará en unos veinte minutos. No sabía qué te gustaba, así que he pedido un poco de todo.

—La comida tailandesa está bien —respondo, consciente de lo superficial que suena nuestra conversación—. Me gusta picante.

—Lo recordaré.

Nos quedamos en un silencio incómodo por un momento. Noah emite un gorjeo que parece ridiculizar nuestra torpeza adulta.

—Bueno, te dejamos para que te instales —dice Jason finalmente —. Estaremos en la sala cuando estés lista.

Cuando se marcha, me dejo caer en la cama, hundiendo el rostro entre las manos. ¿En qué me he metido? Una cosa es ayudar ocasionalmente a Jason con Noah, y otra muy distinta es mudarme a su casa, compartir su espacio, verlo en pijama por las mañanas.

¿Por qué he accedido a esto con tanta facilidad?

Es casi como si lo hubiera estado deseando. Que me lo pidiera. Meterme en su privacidad.

Dios mío.

Ver a Jason Brown en su estado natural es como observar a un leopardo en su hábitat: fascinante, peligroso y definitivamente algo que debería contemplarse desde una distancia de seguridad.

Y ahora voy a dormir bajo su techo, a usar su cocina, a compartir su baño...

El pensamiento de Jason en la ducha, con el agua resbalando por ese cuerpo que se adivina perfectamente tonificado bajo sus trajes caros, hace que mis mejillas ardan.

—Céntrate, Cloe —me regaño en voz alta—. Estás aquí por Noah. Solo por Noah.

Con un suspiro, abro la primera maleta y empiezo a deshacer el equipaje. Mis camisetas arrugadas y mis vaqueros desgastados parecen fuera de lugar en este armario de madera noble. Mi

albornoz con estampado de flamencos rosas es un insulto visual junto a las toallas blancas inmaculadas del baño.

Todo en este apartamento es monocromático, elegante y frío. Como su dueño. O al menos, como el hombre que creía que era su dueño antes de verlo acunar a su hijo con ternura infinita, antes de escucharlo cantar en voz baja canciones infantiles cuando cree que nadie lo oye.

Un Jason que está empezando a agrietar todas mis certezas sobre él en solo dos días.

Cuando termino de colocar mis cosas, me dirijo a la sala. La escena que encuentro allí me deja clavada en el sitio: Jason está sentado en la alfombra con Noah, rodeado de juguetes de colores brillantes que contrastan violentamente con la decoración minimalista del apartamento. Le está enseñando un sonajero, sacudiéndolo suavemente frente a él, y su rostro... Dios, su rostro.

Nunca he visto a Jason Brown sonreír así. Una sonrisa plena, sin reservas, que transforma completamente sus facciones. Es como si alguien hubiera encendido una luz dentro de él.

Mi corazón da un vuelco traicionero.

—Veo que estáis entretenidos —digo, para anunciar mi presencia.

Jason levanta la mirada, y por un segundo, esa sonrisa sigue ahí, dirigida a mí. Luego, como si recordara quién es, su expresión vuelve a la compostura habitual, aunque no del todo.

—Estamos intentando estimular su desarrollo cognitivo —dice con tanta seriedad que tengo que morderme el labio para no reírme.

—Por supuesto que sí —respondo, uniéndome a ellos en la alfombra—. No hay nada como un buen sonajero para fomentar las habilidades necesarias para el mercado bursátil.

Me mira con esa expresión exasperada que conozco tan bien, pero hay algo nuevo en ella. Un brillo de humor que antes no existía.

—Te estás burlando de mí —dice, pero no suena molesto.

—Solo un poco —admito, cogiendo un peluche en forma de jirafa —. Es mi manera de ser amable.

Noah extiende sus manitas hacia el juguete que sostengo, y se lo acerco, dejando que lo agarre con esos deditos regordetes que me

provocan un instinto maternal abrumador.

—¿Cómo va a ser esto, Cloe? —pregunta Jason de repente, su voz más suave, más vulnerable—. Tú y yo viviendo juntos. Nunca hemos pasado más de dos horas seguidas sin discutir.

La pregunta me pilla desprevenida. ¿Cómo va a ser? No tengo ni idea. Es como lanzarse al vacío sin paracaídas.

—Supongo que tendremos que establecer algunas reglas —digo finalmente—. Límites. Espacios.

—Límites —repite, como si estuviera probando la palabra—. De acuerdo. Podemos hacer eso.

El timbre interrumpe nuestra conversación. La comida tailandesa ha llegado, y con ella, el primer día de nuestra extraña convivencia.

Y mientras veo a Jason moverse por la cocina, sacando platos y cubiertos con Noah apoyado en su cadera, me pregunto si algún límite será suficiente para contener lo que está empezando a crecer dentro de mí.

CAPÍTULO 8

JASON

Son las tres y cuarenta y siete de la madrugada cuando el llanto de Noah me despierta. Me levanto automáticamente, el cuerpo aún pesado por el sueño, y me dirijo a la habitación que he improvisado como cuarto infantil. La cuna está perfectamente montada ahora, rodeada de juguetes y móviles que se supone que estimulan su desarrollo.

Pero Noah no está allí.

El pánico me invade durante un segundo, hasta que escucho una voz suave desde la cocina. El sonido me guía como un faro en la oscuridad.

Y entonces la veo.

Cloe está de pie junto a la ventana, con Noah en brazos, meciéndolo suavemente mientras le canta algo en español. Lleva un pantalón de pijama de franela con estampado de estrellas y una camiseta desgastada que le cae por un hombro. Su pelo está recogido en una coleta despeinada, y no lleva ni una gota de maquillaje.

Es la imagen más desconcertante que he visto en mi vida.

La luz de la luna se filtra por los ventanales, bañándolos en un resplandor plateado que los hace parecer casi etéreos. Noah se está tranquilizando contra su pecho, sus ojitos cerrándose poco a poco mientras su manita se aferra al dedo de Cloe.

Me quedo inmóvil en el umbral, no queriendo interrumpir. Hay algo tan íntimo, tan natural en la escena que siento que estoy invadiendo un momento que no me pertenece.

—Puedes entrar, no muerdo —dice Cloe sin volverse, como si hubiera sentido mi presencia—. Al menos no a estas horas. No tengo

energía suficiente.

Me acerco despacio, sorprendido de que me haya detectado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Llámalo instinto de supervivencia. La gente percibe cuando la están mirando —responde, girándose finalmente hacia mí—. Y contienes la respiración cuando estás nervioso.

La idea de que Cloe conozca mis patrones de respiración me desconcierta. Nunca nadie me ha observado con tanta atención.

—¿Lleva mucho tiempo despierto? —pregunto, incómodo ante mi propia torpeza. Es mi hijo, debería haberlo oído yo primero.

—Solo unos minutos —me tranquiliza, pasándome a Noah con cuidado—. Creo que tiene un poco de hambre.

Nuestros brazos se rozan durante el intercambio, y siento un escalofrío que me irrita profundamente. Esta reacción física involuntaria a su cercanía es algo que necesito controlar. Noah se acomoda contra mi pecho, suspirando contento.

—Gracias —digo, manteniendo mi voz deliberadamente neutra.

Cloe se encoge de hombros, y el movimiento hace que la camiseta se deslice un poco más por su hombro, revelando más piel de la que estoy preparado para ver a estas horas.

—Para eso estoy aquí, ¿no? —responde, apartándose el pelo de la cara con un gesto despreocupado que contradice completamente mi filosofía de vida.

Desvío la mirada, irritado por mi propia incapacidad para mantener la compostura. Esta situación de convivencia forzada está desestabilizando el control que tanto me ha costado construir. Es como si todo lo que Cloe representa —espontaneidad, caos, impulso— estuviera infiltrándose en mi vida perfectamente ordenada.

—Deberías volver a la cama —sugiero con más firmeza de la necesaria—. Yo me quedaré con él. Voy a prepararle un biberón.

Ella asiente, cubriéndose un bostezo con la mano.

—Mañana le compraremos más pijamas —dice, señalando el body de Noah—. Necesita algo más abrigado para estas noches.

Es tan desconcertante, este intercambio doméstico. Como si tuviéramos algo en común más allá de Noah. Como si pudiéramos

realmente funcionar como equipo a pesar de que representamos visiones del mundo completamente opuestas.

—Buenas noches, Jason —dice, dirigiéndose hacia el pasillo.

—Buenas noches, Cloe.

Cuando desaparece, me quedo mirando el espacio vacío que ha dejado, sintiendo una confusión que no me gusta en absoluto.

Tres días. Solo llevamos tres días viviendo juntos, y ya es como si se hubiera infiltrado en cada rincón de mi apartamento: un libro abandonado en el sofá, una taza con restos de té en la encimera, el aroma de su champú en el baño.

Todo está fuera de lugar, desordenado, impredecible.

Como ella.

Y lo que me perturba no es su presencia en sí, sino mi propia reacción a ella. Yo, que he vivido solo durante más de una década. Que tengo cada minuto de mi día planificado. Que no soporto el desorden ni la imprevisibilidad.

¿Por qué no estoy más irritado? ¿Por qué una parte de mí espera con anticipación esos momentos en que nuestros caminos se cruzan en la cocina? ¿Por qué me descubro observándola cuando trabaja en su portátil, con el ceño fruncido y mordisqueándose el labio?

Es una aberración en mi sistema. Una variable que no puedo controlar.

Y eso es exactamente lo que la hace peligrosa.

Noah bosteza contra mi cuello, devolviendo mis pensamientos al presente. Lo llevo a la cocina para preparar su biberón.

—Está desafiando todas mis reglas, amigo —le susurro.

No hay respuesta, por supuesto. Solo la mirada de un bebé que confía plenamente en que lo voy a cuidar como se merece.

Y mientras me siento en el sofá y lo alimento, me pregunto cuánto tiempo podré mantener las barreras que he construido durante años frente a alguien que parece decidida a demolerlas con una simple sonrisa.

CAPÍTULO 9

JASON

El coche avanza por las calles nevadas de Manhattan mientras mi estómago se retuerce como si hubiera tragado alambre de espino. Noah dormita plácidamente en su silla, ajeno al torbellino de ansiedad que me consume. A mi lado, Cloe tamborilea suavemente con los dedos sobre su rodilla, siguiendo el ritmo de alguna canción que solo ella escucha.

—¿Puedes parar? —le pido, más brusco de lo que pretendía.

Sus dedos se detienen al instante y me lanza una mirada que mezcla irritación y comprensión.

—Lo siento —murmura—. Estás nervioso.

No es una pregunta, sino una constatación. Ajusto las manos sobre el volante, intentando disimular lo obvio.

—No estoy nervioso.

Cloe suelta un resoplido que deja claro lo poco que me cree.

—Por supuesto que no. Solo estás practicando cómo ahorcar al volante.

Bajo la mirada a mis nudillos, blancos por la presión, y aflojo ligeramente el agarre.

—Es solo que... —Las palabras se me atragantan.

—Es solo que tienes miedo de que Ava piense que eres un irresponsable —completa por mí, su voz es sorprendentemente suave—. Lo que es ridículo, por cierto.

—¿Ridículo? —replico—. Voy a presentarle a un sobrino que no sabía que existía. Un hijo que tuve con una mujer a la que ni siquiera recuerdo bien. ¿Cómo no va a juzgarme?

—Jason —Cloe se gira en el asiento para mirarme directamente—. Eres tan víctima en esto como Noah. No tuviste elección. No sabías

nada.

Hay algo en su tono, en la fiereza con que me defiende, que me provoca un nudo en la garganta.

—Soy el adulto responsable —insisto—. Debí haber tenido más cuidado.

—¿Más cuidado del que ya tuviste? ¿Qué querías hacer? ¿Llevar dos preservativos a la vez?

A pesar de la tensión, se me escapa una carcajada sorprendida.

—Eso probablemente no funcionaría.

—Probablemente no —coincide, sonriendo—. Mira, Ava te quiere. Y este bebé —señala a Noah con un gesto de cabeza— es parte de ti. Lo amará instantáneamente.

Quiero creerle. Necesito creerle. Porque, aunque me cueste admitirlo, la opinión de mi hermana pequeña significa más para mí que prácticamente cualquier otra cosa en el mundo.

—Si no funciona, siempre podemos fugarnos a México —añade Cloe con ligereza—. Tengo contactos. Y mi español es excelente.

—¿Tienes contactos en México? —pregunto, arqueando una ceja.

—Por supuesto que no. Pero sonaba bien para aliviar la tensión.

Y funciona. De alguna manera, esta mujer caótica y completamente opuesta a mí sabe exactamente qué decir para calmar mis nervios. Lo cual, irónicamente, me pone aún más nervioso.

Aparco frente al edificio donde viven Adrian y Ava, un rascacielos de cristal en Tribeca. Noah se despierta justo cuando apago el motor, como si supiera que ha llegado el momento de conocer a su tía.

—Todo irá bien —me asegura Cloe mientras bajamos del coche—. Y si no, siempre queda México.

La sigo con Noah en brazos, observando cómo su abrigo rojo destaca contra la nieve como una llama brillante. Lleva el pelo suelto hoy, cayendo en ondas oscuras sobre sus hombros, y por un momento me pregunto cómo sería enredar mis dedos en esos mechones.

El pensamiento me sobresalta tanto que casi tropiezo en la entrada.

El ascensor nos lleva hasta el ático, y con cada piso que subimos, mi ansiedad aumenta proporcionalmente. Para cuando las puertas se abren, tengo la sensación de que voy a hiperventilar.

—Jason —Cloe coloca una mano en mi brazo, deteniéndome antes de que llame al timbre—. Todo saldrá bien. Son tu familia.

Sus ojos, cálidos y seguros, se clavan en los míos. Y por un instante, todo se calma. Como si su confianza fuera contagiosa.

—Gracias por venir —digo, las palabras saliendo a tropezones—. No tenías por qué...

—Cállate y llama al timbre, Brown —me corta con una sonrisa—. Antes de que te arrepientas.

Respiro hondo y pulso el timbre. Noah juguetea con el botón de mi abrigo, completamente ajeno al hecho de que está a punto de conocer a la parte más ruidosa de su familia.

La puerta se abre y Ava aparece, con una de las gemelas en brazos. Su sonrisa de bienvenida se congela al ver a Noah.

—¿Jason? —Sus ojos van de mí al bebé y de vuelta a mí, abriéndose cada vez más—. ¿Qué...?

—¿Podemos pasar? —pregunto, intentando que mi voz suene normal—. Es una larga historia.

Ava se aparta mecánicamente, su mirada clavada en Noah como si estuviera viendo un fantasma. Adrian aparece desde el pasillo, con la otra gemela contra su hombro.

—¿Eso es un bebé? —empieza, pero se interrumpe, claramente confundido.

Nos conducen hasta el salón, un espacio cálido y acogedor lleno de juguetes para bebé y mantas suaves. Tan diferente a mi apartamento minimalista, aunque Cloe y Noah ya han empezado a transformarlo con su presencia.

—Vale —dice Ava cuando todos estamos sentados—. ¿Qué está pasando? ¿De quién es ese bebé?

Trago saliva, buscando las palabras adecuadas. Cloe me lanza una mirada de ánimo desde el otro lado del sofá.

—Es mi hijo —digo finalmente, y las palabras suenan extrañas y maravillosas a la vez—. Se llama Noah. Y... acabo de descubrir que existe.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Ava parpadea varias veces, como si estuviera procesando mis palabras.

—Si esto es una broma elaborada... —comienza Adrian con cautela.

—No lo es —le interrumpo—. Servicios Sociales me contactó hace cuatro días. Su madre lo dejó allí, indicando que yo era el padre.

Ava se ha quedado completamente inmóvil, con la boca ligeramente abierta.

—¿Me estás diciendo —articula finalmente con voz temblorosa— que tienes un hijo? ¿Un hijo del que no sabías nada hasta hace cuatro días?

Asiento, sintiendo cómo el peso de la situación vuelve a caer sobre mis hombros.

—Fue con una mujer con la que estuve hace más de un año —explico, intentando mantener la voz firme—. Una noche, nada más. No volví a saber de ella hasta que Servicios Sociales me llamó.

—¿Y estás completamente seguro de que es tuyo? —pregunta Adrian, siempre el abogado pragmático.

Como respuesta, hago que Noah se gire ligeramente hacia ellos. Sus ojos verdes, idénticos a los míos y a los de Ava, son toda la prueba que necesitan.

Ava deja escapar un jadeo audible.

—Dios mío —susurra, y veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas —. Es... es igual que tú. Tiene tus ojos.

—Las pruebas de ADN lo confirmarán —añado, aunque en mi corazón no tengo ninguna duda—. Pero sí, es mío.

Ava pasa su mirada de Noah a mí varias veces, como intentando procesar la magnitud de lo que está ocurriendo. El silencio se extiende, cargado de emociones que no puedo descifrar.

Y entonces, ocurre lo inesperado.

Ava deja a Emma en brazos de Adrian y se levanta de un salto. Por un segundo, pienso que va a gritarme, a reprocharme mi irresponsabilidad. En cambio, se abalanza sobre nosotros con un chillido de alegría que me deja momentáneamente sordo.

—¡Dios mío, soy tía! —exclama, extendiendo los brazos hacia Noah—. ¡Es la cosita más preciosa que he visto en mi vida! ¡Ven aquí con tu tía Ava, tesoro!

El alivio me golpea con tanta fuerza que me deja sin aliento. Noah, intrigado por esta nueva persona tan efusiva, estira sus manitas hacia ella con curiosidad.

—¡Tiene tus ojos! —repite Ava, cogiéndolo en brazos con la confianza de una madre experimentada—. Y tu barbilla. Y esa arruga entre las cejas cuando se concentra... ¡Es una mini versión tuya!

La veo examinar a Noah con una expresión de absoluta adoración, haciéndole carantoñas y besándole las mejillas regordetas. Luego, lleva la mirada hacia mí, y veo emociones contradictorias cruzar por su rostro.

—No puedo creer que no me lo hayas contado inmediatamente —me reprocha, aunque sin verdadero enfado—. ¿Cuatro días, Jason? ¿En serio?

—Estaba... asimilándolo —me justifico débilmente—. Todo ha sido muy repentino.

—Bastante repentino, sí —interviene Adrian, que se ha acercado con las gemelas—. Bienvenido al club de los padres sorpresa. Este pequeño es exactamente lo que necesitabas en tu vida, aunque no lo supieras.

Las palabras de Adrian me impactan más de lo que esperaba. Porque tiene razón. En apenas cuatro días, Noah ha redefinido completamente mi existencia, mis prioridades, mi visión del mundo.

—¿Y la madre? —pregunta Ava, volviendo a centrarse en la situación—. ¿Qué pasó exactamente?

Les cuento toda la historia: Rebecca, la noche que compartimos, el abandono de Noah, mi decisión inmediata de acogerlo. A medida que hablo, veo cómo el shock inicial de Ava va dando paso a la comprensión y, finalmente, a una determinación que conozco bien.

—Bueno, pues está claro que ahora es parte de la familia —declara con firmeza—. Y vamos a asegurarnos de que tenga todo lo que necesita.

La siguiente hora transcurre en un torbellino de preguntas, consejos no solicitados y planes para reuniones familiares. Ava no

suelta a Noah ni un segundo, presentándole formalmente a sus primas, mostrándole juguetes y hablándole como si pudiera entender cada palabra.

—Podríamos ayudarte, por supuesto —dice finalmente, mientras juega con los deditos de Noah—. Pero con las gemelas recién nacidas, sinceramente, apenas damos abasto.

—No os preocupéis —respondo rápidamente—. No esperaba que pudierais. De hecho, Cloe ha accedido a quedarse con nosotros hasta después de Reyes, mientras encuentro una niñera adecuada.

Un silencio extraño cae sobre el salón. Ava y Adrian intercambian una mirada que no sé interpretar.

—¿Qué? —pregunto, desconcertado.

—¿Cloe... va a vivir contigo? —pregunta Ava lentamente, como si quisiera asegurarse de haber entendido bien.

—Sí —confirmo, confundido por su reacción—. Se mudó hace dos días. ¿Por qué?

Ava suelta una carcajada que parece mitad diversión, mitad incredulidad.

—Oh, nada —dice, con un tono que indica exactamente lo contrario—. Solo me preguntaba si estáis seguros de que es buena idea.

—¿Por qué no iba a serlo? —pregunta Cloe, hablando por primera vez en un rato.

Adrian y Ava vuelven a intercambiar esa mirada cómplice que me está empezando a irritar.

—Porque os vais a matar el uno al otro —responde Adrian con total naturalidad—. Os pasáis la vida discutiendo por cualquier cosa.

—No seas ridículo —replico, mi voz más aguda de lo normal—. Somos dos adultos perfectamente capaces de compartir un espacio sin... sin...

—¿Sin acabar tirándoos los trastos a la cabeza? —completa Ava con una sonrisa maliciosa—. Permitidme dudarlo.

—No es para tanto —protesto, aunque las palabras suenan falsas incluso para mí—. Cloe y yo podemos llevarnos bien cuando es necesario.

—Exacto —interviene ella, y noto que sus mejillas han adquirido un tono rosado—. Solo estoy allí por Noah. Es un acuerdo temporal y profesional.

—Claro, claro —asiente Ava, con un tono que deja claro que no nos cree en absoluto—. Temporal y profesional. Como cuando yo decía que Adrian era un capullo insufrible y que nunca saldría con él, ¿verdad, cariño?

Adrian suelta una carcajada.

—Exactamente así —confirma, mirándome con algo peligrosamente parecido a la compasión—. Buena suerte con eso, hermano.

Noah emite un gorjeo alegre, como si quisiera unirse a la conversación, y toda la atención vuelve a centrarse en él, para mi alivio.

Pero mientras observo a Ava y Adrian hacer carantoñas a mi hijo, no puedo evitar lanzar una mirada de reojo a Cloe. Está observando la escena con una sonrisa suave, y hay algo en su expresión, una vulnerabilidad que normalmente mantiene oculta, que me provoca una sensación extraña en el pecho.

¿Y si Ava y Adrian tienen razón? ¿Y si esta convivencia forzada acaba complicando aún más las cosas?

Porque lo cierto es que cada vez me resulta más difícil recordar por qué Cloe Martínez me irritaba tanto. Y eso, más que cualquier otra cosa, me aterra.

CAPÍTULO 10

CLOE

El sobre de los Servicios Sociales del Condado de Nueva York reposa sobre la isla de la cocina como si fuera una bomba a punto de estallar. Jason lo mira fijamente, tiene los nudillos blancos alrededor de la taza de café que sostiene. Aunque los dos sabemos perfectamente lo que hay dentro —que Noah es su hijo, sus ojos verdes idénticos ya lo han confirmado— hay algo definitivo en ese sobre cerrado que ha convertido nuestra mañana de sábado en un momento trascendental.

—¿Vas a abrirlo o piensas seguir hipnotizándolo? —pregunto, intentando aligerar la tensión mientras le doy pequeñas cucharadas de papilla de manzana a Noah, que está sentado en su trona nueva.

Jason levanta la mirada con esa expresión que ya he aprendido a reconocer: mitad irritación, mitad agradecimiento por romper su bucle de pensamiento.

—Solo estaba... —comienza, pero no termina la frase.

—¿Preparándote mentalmente para lo que ya sabes? —completo por él, limpiando la barbilla de Noah, que acaba de decidir que la papilla queda mejor decorando su cara que en su estómago.

Con un suspiro, Jason deja la taza y coje el sobre. Sus dedos largos y elegantes rompen el sello con precisión quirúrgica. El papel cruje mientras extrae el documento, y el silencio que sigue mientras sus ojos recorren las líneas me hace contener la respiración.

—Es mío —dice finalmente, y aunque su voz suena controlada, puedo detectar la emoción subyacente—. Compatibilidad del 99.9998%.

Algo cálido se expande en mi pecho al ver cómo mira a Noah, con una mezcla de asombro y temor reverencial que nunca había visto

en su rostro normalmente impasible.

Se le ve más feliz de lo que lo había visto nunca.

—Enhorabuena, papá —digo con una sonrisa—. Aunque creo que eso merecería una celebración más entusiasta que tu cara de funeral.

Se permite una sonrisa leve, tan breve que casi me la pierdo.

—Es solo que estoy muy emocionado —responde, acercándose para acariciar la mejilla de Noah, que responde con un gorjeo feliz—. Ahora es... oficial.

—Oficial —repito, observando cómo Noah agarra el dedo de su padre con esa fuerza sorprendente que tienen los bebés—. ¿Y qué cambia?

Jason dobla el documento con cuidado meticuloso, devolviéndolo al sobre como si fuera un tesoro incalculable. Cuando vuelve a mirarme, hay algo nuevo en sus ojos: determinación pura.

—Ahora que es oficialmente mi hijo, puedo empezar a organizarlo todo adecuadamente —declara con ese tono que usa cuando ha tomado una decisión inamovible—. Establecer un plan estructurado de crianza. Hasta ahora estábamos improvisando, pero ya es hora de tomar el control completo de la situación.

Noah escoge ese momento para estornudar, cubriendo mi mano con papilla de manzana. Le limpio la nariz con una toallita mientras intento no rodar los ojos ante las palabras de Jason.

—Tomar el control... —repito lentamente—. ¿De un bebé de seis meses?

—Precisamente porque tiene seis meses es crucial establecer rutinas adecuadas —responde con convicción—. Está en una etapa formativa crítica.

Observo a Noah, que ahora intenta meterse el pie en la boca con entusiasmo, completamente ajeno a los planes de ingeniería social que su padre está preparando para él.

—Creo que por ahora está bastante ocupado descubriendo que tiene pies —comento, intentando ocultar mi diversión.

Jason me lanza esa mirada que reserva para cuando cree que estoy siendo deliberadamente obtusa.

—Me refiero a largo plazo, Cloe. Necesita estructura, previsibilidad, un entorno optimizado para su desarrollo.

—Y abrazos, y risas, y un poco de caos también —añado, limpiando la última cucharada de papilla—. No todo tiene que ser un plan maestro.

Antes de que pueda responder, Noah bosteza ampliamente, un gesto adorable que revela sus dos diminutos dientes inferiores. Sus párpados empiezan a caer, señal inequívoca de que su siesta matutina se acerca.

—Parece que alguien necesita dormir —digo, sacándolo de la trona—. Continuaremos este debate sobre ingeniería infantil más tarde.

Jason asiente, consultando su reloj.

—De hecho, son exactamente las 10:27. Es el momento perfecto para su siesta.

Lo miro, arqueando una ceja.

—¿Ya has memorizado sus patrones de sueño?

—Por supuesto —responde, como si fuera lo más normal del mundo—. He estado llevando un registro meticuloso desde que llegó.

Por supuesto que lo ha hecho. Jason Brown, el hombre que probablemente contabiliza cuántas veces mastica cada bocado.

—Eres un caso perdido —murmuro, pero sin verdadera malicia.

Me dirijo hacia la habitación de Noah, sintiendo la mirada de Jason en mi espalda. Mientras acuesto al pequeño, que ya está prácticamente dormido antes de tocar la cuna, me pregunto qué estará tramando exactamente. Conozco esa expresión suya, la que dice «tengo un plan y nada me detendrá».

Y si hay algo que he aprendido a lo largo de los años, es que Jason con una misión es una fuerza imparable.

Después de asegurarme de que Noah está cómodamente dormido, regreso al salón para encontrarlo vacío. Un ligero tecleo me guía hasta su despacho, donde lo encuentro completamente absorto frente a su ordenador, con una concentración absoluta.

Durante las siguientes dos horas, mientras Noah duerme, me dedico a adelantar algo de mi novela. O al menos lo intento, porque

las palabras se niegan a fluir hoy. Mi mente sigue desviándose hacia el hombre encerrado en su despacho, planeando quién sabe qué locura estructurada para un bebé cuya mayor preocupación actual es descubrir por qué sus manos se mueven.

Finalmente, después de luchar contra la página en blanco, decido preparar algo de comer. Son casi las doce y Jason probablemente ni siquiera ha registrado que es la hora de almorzar.

Estoy terminando de montar unos sándwiches cuando escucho sus pasos acercándose a la cocina. Hay un aire de triunfo contenido en su expresión que me pone instantáneamente en alerta.

—Ya lo tengo —anuncia, sosteniendo varias hojas impresas—. El plan perfecto de crianza.

Me seco las manos en un paño de cocina, preparándome mentalmente para lo que sea que haya creado.

—A ver, sorpréndeme —digo, apoyándome contra la encimera.

Jason despliega las hojas sobre la isla de la cocina con la solemnidad de un general presentando estrategias de batalla. Lo que veo me deja momentáneamente sin palabras.

Es un horario. Un horario meticulosamente estructurado con franjas de tiempo precisas, códigos de colores, y subactividades categorizadas por tipo de desarrollo: motor, cognitivo, social, lingüístico. Cada día de la semana está dividido en bloques de treinta minutos, con pequeñas notas detallando exactamente qué debe hacer Noah en cada momento.

—Jason —digo lentamente, intentando procesar lo que estoy viendo—. ¿Has creado un horario corporativo para un bebé?

—Es un sistema de optimización del desarrollo infantil —corrige, como si el nombre lo hiciera menos absurdo—. Basado en las últimas investigaciones sobre neurociencia y psicología evolutiva.

Parpadeo varias veces, genuinamente impresionada por el nivel de detalle. Hay hasta gráficos circulares mostrando la distribución ideal del tiempo: 23.4% para actividades motrices, 18.7% para estimulación lingüística...

—¿Has programado hasta cuándo debe hacer sus necesidades? —pregunto, señalando una franja etiquetada como «control de esfínteres preliminar».

—Obviamente no puedo controlar eso con precisión —responde con total seriedad—. Pero podemos establecer revisiones regulares para maximizar la higiene y minimizar la irritación cutánea.

Intento, realmente intento, no reírme. Pero es imposible. Una carcajada se me escapa antes de poder contenerla.

—¿Qué es tan divertido? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Tú —respondo, sin poder evitarlo—. Esto. Todo esto. Jason, es un bebé, no un proyecto de fusión empresarial.

Su expresión se endurece, esa máscara profesional que usa cuando se siente desafiado.

—No veo qué tiene de gracioso querer proporcionarle a mi hijo la mejor estructura posible para su desarrollo.

—No es la estructura lo que me hace gracia —aclaro, intentando contener mi diversión—. Es la ilusión de control que crees tener. Los bebés no funcionan así.

—Claro que sí —insiste, señalando el horario—. Con la rutina adecuada, cualquier niño puede prosperar en un entorno predecible.

Niego con la cabeza, acercándome para examinar más de cerca el documento.

—«10:30-11:00: Práctica de vocalización pre-lingüística. 11:00-11:30: Desarrollo de motricidad fina con actividades de agarre.» —Leo en voz alta—. ¿Y si Noah decide que no quiere practicar sus «vocalizaciones pre-lingüísticas» a las 10:30? ¿Y si prefiere jugar con sus pies? ¿O simplemente llorar porque sí?

—Entonces lo ajustaremos —responde con menos convicción—. Pero seguiremos el plan general.

—Jason —digo, intentando sonar razonable—. Así no es la crianza. Lo que propones es una locura. Es un bebé, no un recluta militar. No puedes planificar cada aspecto de su vida con esta precisión.

Su expresión se endurece aún más.

—Claro que puedo. La estructura crea seguridad. La previsibilidad genera confianza.

—La flexibilidad crea adaptabilidad —contraataco—. La espontaneidad genera creatividad.

—La espontaneidad genera caos —replica, con ese tono condescendiente que me hace querer arrojarle el sándwich a la cara —. Y el caos no es eficiente.

Me cruzo de brazos, sintiendo cómo mi irritación aumenta por momentos.

—La vida no se trata de ser eficiente, Jason —digo, intentando mantener la calma—. Especialmente cuando tienes hijos. Se trata de estar presente, de adaptarse, de fluir con lo que viene.

—Ese enfoque puede funcionar para ti —responde, y puedo ver cómo se esfuerza por mantener la compostura—. Pero yo necesito orden. Noah necesita orden.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le has preguntado?

Jason inhala profundamente, como contando hasta diez mentalmente.

—Esto no es negociable, Cloe. Seguiremos el horario.

Algo en su tono enciende una chispa de indignación en mi interior.

—Bien —digo, con una calma que no siento—. Adelante. Sigue tu maravilloso horario. Pero te advierto que tendrás suerte si dura más de quince minutos antes de que la realidad te golpee en la cara.

—Eso ya lo veremos —responde, con esa sonrisa tensa que reserva para cuando está seguro de tener razón—. Empezaremos mañana a primera hora.

—Fantástico —replico, cada sílaba goteando sarcasmo—. ¿Has programado también cuándo puede enfermarse? ¿O llorar sin motivo aparente a las tres de la madrugada? ¿O tal vez cuándo decidirá que ya no le gusta la papilla de manzana que ayer adoraba?

Jason se acerca, invadiendo mi espacio personal de una manera que hace que mi pulso se acelere traicioneramente. Está tan cerca que puedo oler su aftershave, esa mezcla de sándalo y algo más profundo que es únicamente suyo.

—No entiendo por qué te opones tanto a un poco de orden —dice, su voz bajando una octava—. ¿Tanto te aterra la estructura?

—No me aterra la estructura —respondo, alzando la barbilla para mirarlo directamente—. Me aterra la rigidez. La incapacidad de adaptarse. La obsesión por controlarlo todo.

—No estoy obsesionado con el control.

La risa que se me escapa es más nerviosa de lo que pretendía.

—Jason, has categorizado sus actividades con decimales de porcentaje.

—Es análisis cuantitativo —se defiende, y por un segundo creo detectar un destello de humor en sus ojos.

—Es demencial —insisto, demasiado consciente de lo cerca que está, de cómo su respiración parece sincronizarse con la mía—. Y cuando fracase estrepitosamente, y créeme, lo hará, estaré ahí para decirte «te lo dije».

Sus ojos se oscurecen, y algo cambia en el aire entre nosotros. La irritación se transforma en algo más intenso, más peligroso. Su mirada baja por un instante a mis labios, y siento un calor que se extiende desde mi nuca hasta las puntas de los dedos.

—Siempre tienes que tener la última palabra, ¿verdad? —murmura, inclinándose imperceptiblemente.

—No siempre —susurro, mi voz repentinamente ronca—. Solo cuando tengo razón.

El silencio que sigue es eléctrico. Jason está tan cerca ahora que podría contar sus pestañas, sentir el calor que irradia su cuerpo. Su mano se mueve lentamente, como si fuera a tocar mi mejilla, y mi corazón amenaza con estallar contra mis costillas.

Y justo cuando su mirada se vuelve inequívocamente decidida, cuando el espacio entre nosotros está a punto de desaparecer... el monitor de bebé estalla con el llanto de Noah, que acaba de despertarse de su siesta.

El hechizo se rompe como una burbuja de jabón. Jason se aparta como si lo hubiera quemado, pasándose una mano por el pelo en ese gesto nervioso.

—Voy yo —dice rápidamente, su voz extrañamente áspera—. Tú... tú puedes terminar de preparar el almuerzo.

Y desaparece por el pasillo antes de que pueda decir nada.

Me quedo allí, respirando como si hubiera corrido una maratón, las rodillas extrañamente débiles. ¿Qué acaba de pasar? ¿Estábamos a punto de...?

No. Imposible. Jason Brown no iba a besarme. Seguramente solo quería intimidarme para ganar la discusión. Sí, eso tiene más

sentido.

Miro las hojas del horario absurdo, y suelto un suspiro tembloroso mientras vuelvo a los sándwiches que había olvidado por completo.

Una cosa está clara: vivir con Jason Brown va a ser mucho más complicado de lo que pensaba.

Y no tiene nada que ver con su ridículo horario.

CAPÍTULO 11

CLOE

La suave luz de la mañana se filtra por las ventanas del salón, bañando todo en un resplandor dorado que hace que el ático de Jason parezca casi cálido. Estoy sentada en la alfombra con Noah, quien descansa sobre su mantita de actividades mientras agita entusiasmado sus brazos hacia los juguetes colgantes que penden sobre él, derribándolos con un entusiasmo que me arranca carcajadas.

—Eres un pequeño demonio destructor, ¿lo sabías? —le digo mientras vuelvo a colocar el sonajero en su sitio, y él me responde con una sonrisa que muestra sus dos diminutos dientes, una expresión tan genuinamente feliz que me aprieta el corazón.

El sonido de pasos firmes me alerta de la presencia de Jason antes de que lo vea. Levanto la mirada y me sorprendo al encontrarlo sin su habitual armadura corporativa. Lleva vaqueros oscuros y un jersey gris que suaviza los bordes afilados de su personalidad. Pero lo más desconcertante es su expresión: parece... nervioso.

Jason Brown, nervioso. El universo debe estar reordenándose.

—Buenos días —digo, observándolo detenidamente—. ¿No deberías estar ya de camino al despacho?

Es lunes, y desde que llegó Noah, ha establecido una rutina de salir a las ocho en punto para llegar a la oficina a las ocho y media. Ahora son casi las nueve.

—A cerca de eso... —comienza, pasándose una mano por el pelo perfectamente peinado, despeinándolo ligeramente—. He tomado una decisión.

Noah patalea alegremente, como si quisiera llamar la atención de su padre. Para mi sorpresa, Jason se agacha y lo levanta con una naturalidad que no tenía hace una semana, acomodándolo contra su pecho como si hubiera estado haciéndolo toda la vida.

—No voy a ir a la oficina hasta después de Reyes.

La declaración me pilla tan desprevenida que por un momento me quedo sin palabras. ¿Jason Brown, adicto al trabajo confeso, tomándose tres semanas libres? ¿El hombre que reprogramó una cirugía para no perderse una reunión importante?

—¿Estás enfermo? —pregunto, medio en broma, medio preocupada—. ¿Debo llamar a una ambulancia?

Pone los ojos en blanco, pero hay una sombra de sonrisa en sus labios.

—Muy graciosa. No, no estoy enfermo. Solo... —Mira a Noah, que juguetea con el cuello de su jersey—. Quiero estar aquí. Con él. Contigo.

La última palabra sale casi como un susurro, y algo cálido se expande en mi pecho.

—Voy a trabajar desde casa —continúa, como si necesitara justificarse—. Videoconferencias, revisión de documentos, lo esencial. Pero el resto del tiempo... quiero aprender cómo ser padre. Cómo hacer las cosas correctamente. No te queda mucho tiempo con nosotros y quiero estar preparado.

Se sienta en el sofá frente a mí, con Noah balanceándose felizmente en su regazo. La escena doméstica es tan poderosa, tan completamente opuesta a todo lo que creía saber sobre Jason Brown, que siento un nudo en la garganta.

—Necesito entenderlo todo —dice, con esa intensidad que pone en todo lo importante—. Los biberones, los pañales, cómo calmarlo cuando llora, qué significan sus diferentes llantos. Todo.

Una sonrisa involuntaria se extiende por mi rostro.

—Nadie aprende a ser padre de la noche a la mañana, Jason. Es un proceso.

—Entonces quiero estar presente para ese proceso —responde con una determinación que me desarma completamente—. Quiero

que cuando tú te vayas, después de Reyes, yo sepa exactamente qué hacer. Que Noah no sufra mi curva de aprendizaje.

Hay tanta vulnerabilidad en su admisión que siento cómo se agrietan todas mis defensas. Este no es el Jason arrogante y controlador que creía conocer. Este es un hombre dispuesto a poner en pausa su vida perfectamente organizada por su hijo. Un hombre que admite que necesita ayuda, que quiere aprender.

Y eso es irresistiblemente atractivo.

—Te enseñaré todo lo que sé —le prometo, y mi voz suena más suave de lo que pretendía—. Aunque ya sabes que mi estilo es bastante más caótico que tus gráficos de porcentajes.

Noah suelta un gorjeo feliz, como si entendiera perfectamente la conversación, y Jason lo mira con tal adoración que me resulta físicamente doloroso presenciarlo.

—Creo que podemos encontrar un término medio —dice, y hay un brillo en sus ojos que nunca había visto antes—. Quizás un poco de estructura y un poco de... ¿cómo lo llamaste? ¿Fluir con lo que viene?

—Exactamente —asiento, intentando ignorar cómo mi corazón da un vuelco ante la idea de que Jason esté dispuesto a ceder—. Un poco de orden, un poco de caos. Como la vida misma.

Noah, aparentemente decidido a demostrar mi punto, escoge ese momento para estornudar con tanta fuerza que un poco de mucosidad aterriza directamente en el inmaculado jersey de Jason. En lugar de la mueca de disgusto que esperaba, suelta una carcajada que resuena por todo el salón.

Y mientras lo observo limpiar a su hijo con infinita ternura, susurrándole palabras suaves que no alcanzo a oír, siento cómo algo se derrite dentro de mí. Algo que había estado congelado durante mucho tiempo.

Porque Jason Brown queriendo aprender a ser padre, eligiendo a su hijo por encima de su trabajo, riéndose de los pequeños desastres cotidianos... es una visión para la que no estaba preparada.

Y que me hace peligrosamente fácil olvidar todas las razones por las que debería mantener mi corazón a salvo de él.

CAPÍTULO 12

JASON

—Según mi horario, el baño debe durar exactamente diez minutos. Tres para el lavado corporal, dos para el champú, uno para el aclarado, y cuatro para el juego acuático estructurado.

Las palabras salen de mi boca con la precisión metódica que caracteriza toda mi vida, mientras sostengo mi tablet a una distancia prudente del agua. Cloe, arrodillada junto a la bañera, me mira por encima del hombro con una expresión que oscila entre la incredulidad y la diversión.

—¿Juego acuático estructurado? —repite, mientras intenta sujetar a Noah, que chapotea con la energía de un tritón en plena tormenta —. ¿Qué demonios es eso?

—Actividades lúdicas en el agua que fomentan el desarrollo motor y la comprensión de los conceptos de flotabilidad —respondo con la seguridad de quien ha pasado tres horas investigando en artículos académicos.

Cloe suelta una carcajada que rebota en las paredes de mármol del baño.

—Buena suerte con eso —dice, justo cuando Noah da una patada especialmente entusiasta que envía un tsunami en miniatura directamente contra mi pantalón.

El agua caliente empapa mi entrepierna, creando una mancha oscura de aspecto francamente comprometedor. Doy un paso atrás, demasiado tarde.

—¡Mierda! —La tablet resbala de mis manos y la atrapo en el último segundo, salvándola por milímetros de estamparse contra el suelo—. Eso no estaba en el plan.

Cloe ni siquiera intenta contener su risa, que ahora se ha convertido en una cascada de sonido que hace que Noah aplauda con sus manitas mojadas, añadiendo más caos a la ecuación.

—¿Ves? —dice entre risas—. Esto es lo que pasa cuando intentas estructurar lo inestructurable. Los bebés son agentes del caos por naturaleza.

Me paso una mano por el pelo, sintiendo cómo la frustración lucha contra una sonrisa que amenaza con escaparse. La escena es ridícula: yo, socio principal de uno de los bufetes más prestigiosos de Manhattan, con una mancha húmeda en la entrepierna, intentando desesperadamente mantener el control de una situación que claramente se me ha ido de las manos desde el principio.

—Vamos, controlador —me dice Cloe, señalando el suelo junto a ella—. Pon esa tablet en un lugar seguro y ven a experimentar el glorioso caos del baño de tu bebé. Te prometo que ningún estudio académico se acerca siquiera a la experiencia real.

Con un suspiro, dejo el dispositivo sobre el lavabo y me arrodillo junto a ella. Inmediatamente, Noah me saluda con un chapoteo directo a la cara. El agua me entra en los ojos y la nariz, haciendo que parpadee como un búho confundido.

—Estás entrando en el territorio salvaje, Jason —murmura Cloe, y hay algo en la forma en que dice mi nombre que hace que mi estómago dé un vuelco—. Aquí no hay horarios que valgan.

Noah flota un patito de goma amarillo directamente contra mi mejilla, produciendo un sonido de bocina que le resulta hilarante. Su risa, pura y cristalina, me desarma por completo.

—Vale, ¿y qué se supone que debo hacer? —pregunto, intentando mantener mi dignidad mientras Noah sigue bombardeándome con juguetes flotantes.

—Para empezar, remángate esa camisa de quinientos euros antes de que acabe como un trapo de fregar —sugiere Cloe, con ese tono práctico que ha desarrollado en nuestra convivencia.

Obedezco, doblando meticulosamente los puños hasta los codos, revelando mis antebrazos. Noto cómo Cloe los mira durante un segundo más de lo necesario antes de volver a centrarse en Noah.

Interesante.

—Ahora coge esta esponja —me pasa un objeto con forma de rana que parece sacado de una película infantil de los noventa—. Y simplemente sigue sus señales. Si se ríe, vas bien. Si llora, lo estás haciendo fatal.

—Eso no es muy científico —protesto, tomando la esponja con cautela.

—La paternidad no es una ciencia exacta, Jason —responde, y hay una suavidad en su tono que contradice sus palabras desafiantes—. Es más parecida al jazz. Improvisación sobre una base de instinto y amor.

La palabra «amor» queda flotando entre nosotros como una burbuja de jabón, frágil y reluciente. Decido no pincharla.

Bajo la supervisión crítica de Cloe, intento lavar la espalda de Noah, que ha decidido que este es el momento perfecto para intentar comerse la espuma del champú. Mientras limpio cada pliegue con el cuidado que normalmente reservo para los contratos de ocho cifras, empiezo a entender lo que Cloe quiere decir.

Hay una alegría simple en esto. En ver cómo mi hijo disfruta del agua, en sentir su piel suave bajo mis dedos, en escuchar sus gorjeos de placer cuando la esponja de rana le hace cosquillas en su barriga. Es caótico, sí, pero también es... perfecto.

—¿Ves? —dice Cloe, como si pudiera leer mis pensamientos—. No todo tiene que estar planeado al milímetro para ser maravilloso.

Nuestras miradas se cruzan sobre la cabeza espumosa de Noah, y por un momento, siento que algo se afloja en mi pecho. Un nudo que no sabía que existía, una tensión que he mantenido durante tanto tiempo que se ha convertido en parte de mí.

El momento se rompe cuando Noah decide que es hora de demostrar su recién descubierta habilidad para salpicar con ambas manos simultáneamente. El agua vuela por los aires como si una bomba en miniatura hubiera estallado en la bañera, empapándonos a ambos.

Cloe suelta un chillido de sorpresa que se transforma en risa, y me encuentro riendo con ella, el sonido áspero y desacostumbrado en mi garganta. Su pelo está ahora pegado a las mejillas, con gotas de agua deslizándose por su cuello hacia el escote de su camiseta,

que se adhiere a su piel revelando más de lo que estoy preparado para ver.

Aparto la mirada, centrándome en Noah, que nos observa con expresión triunfante.

—Vale, creo que podemos dar por completada la fase de «juego acuático estructurado» —digo, intentando recuperar algo de compostura—. Pasemos al secado.

—Oh, pero solo han pasado ocho minutos y medio —se burla Cloe, señalando el reloj de su muñeca—. Según tu horario, aún nos quedan noventa segundos de caos líquido.

Le lanzo una mirada que pretende ser severa pero que, a juzgar por su sonrisa, falla miserablemente.

—Los horarios pueden ajustarse según las circunstancias —concedo, intentando sonar como si siempre hubiera sido flexible.

—Jason Brown reconociendo que la vida necesita flexibilidad —dice Cloe, llevándose dramáticamente una mano al corazón—. Creo que acabo de presenciar un milagro navideño adelantado.

—No te acostumbres —respondo, pero hay un calor en mi voz que no puedo controlar.

Entre los dos conseguimos sacar a Noah de la bañera, una operación que resulta sorprendentemente complicada para alguien tan pequeño. Es como intentar sujetar un pez jabonoso mientras se retuerce y ríe, claramente encantado con nuestro sufrimiento.

Lo envuelvo en una toalla suave, secando con cuidado cada centímetro de su piel. Huele a champú de bebé y a algo más, algo indefinible que reconozco instintivamente como la esencia de mi hijo. Es un aroma que jamás podré describir adecuadamente pero que mi corazón registra como «hogar».

—Lo estás haciendo muy bien —murmura Cloe, y cuando levanto la mirada, veo algo en sus ojos que me desconcierta.

Es admiración. Y algo más, algo cálido y peligroso que prefiero no nombrar.

—Tengo una buena maestra —respondo, mi voz más ronca de lo que pretendía.

Un silencio cargado de electricidad se instala entre nosotros mientras termino de secar a Noah, que ahora bosteza ampliamente,

agotado por su batalla acuática.

El baño ha durado veintitrés minutos, no diez.

El suelo está empapado, mi ropa está mojada, mi pelo goteando sobre mi frente.

Y extrañamente, no me importa en absoluto.

—¿Sabes qué? —digo mientras me levanto con Noah en brazos—. Creo que tal vez podríamos necesitar una ligera revisión del horario.

La sonrisa que me dedica Cloe es tan brillante que por un momento me deja sin aliento.

—Es el primer paso hacia la recuperación, señor Brown —responde, guiñándome un ojo—. Admitir que tienes un problema con el control.

—No tengo un problema con el control —protesto automáticamente.

Cloe me lanza una mirada elocuente, señalando el baño que parece haber sobrevivido a un tsunami en miniatura.

—Vale —concedo finalmente—. Quizás tengo un ligero problema con el control.

Su risa resuena por casa, mezclándose con los gorjeos de Noah, y me descubro pensando que podría acostumbrarme a este sonido. A esta calidez. A este caos que, de alguna manera, parece más ordenado que toda mi vida anterior.

Es un pensamiento tan aterrador como tentador.

Y mientras salimos del baño, con Noah acurrucado contra mi pecho, me doy cuenta de que ya no estoy seguro de cuál de los dos me está enseñando más: Cloe o mi hijo.

Lo único que sé es que ambos están destrozando metódicamente cada regla, cada barrera, cada defensa que he construido durante años.

Y lo más perturbador es que estoy empezando a querer dejarles.

CAPÍTULO 13

JASON

El silencio de la noche envuelve el apartamento mientras avanzo por el pasillo, con una taza de té caliente que jamás habría bebido antes de que Cloe invadiera mi despensa con sus infusiones «relajantes». El archivo que he estado revisando durante la última hora me ha dejado los ojos cansados y la mente embotada, pero aun así, soy incapaz de rendirme al sueño.

Me detengo en seco cuando un sonido suave flota desde la habitación de Noah. No es un llanto, sino una melodía. Una voz que se desliza como seda líquida en la penumbra.

La puerta está entreabierta, dejando escapar un hilo de luz dorada. Me acerco sin hacer ruido, atraído por esa voz como un marinero por el canto de una sirena.

Y entonces la veo.

Cloe está junto a la ventana, con Noah acunado contra su pecho. Su silueta se recorta contra la luz tenue de la lámpara, creando un contorno de oro alrededor de su figura. Está cantando una nana en español, palabras que no entiendo pero que suenan a hogar, a seguridad, a todo lo que nunca supe que necesitaba.

Su voz es suave pero segura, como si hubiera cantado esta canción mil veces antes. Sus caderas se mecen suavemente al ritmo de la melodía, y Noah, con los ojos casi cerrados, parece hipnotizado por el sonido. Una de sus manitas agarra un mechón del pelo de Cloe, que cae suelto sobre sus hombros como una cascada de oscuridad.

Algo primario, algo visceral se remueve en lo más profundo de mi ser. Un instinto que creía dormido o inexistente. La imagen frente a mí —Cloe sosteniendo a mi hijo, cantándole para dormirlo, creando

este momento de intimidad pura— desencadena un deseo tan intenso que tengo que sujetarme al marco de la puerta para no tambalearme.

Quiero esto. La quiero a ella. Así. En mi casa. Con mi hijo. Con nuestros hijos.

El pensamiento me golpea con la fuerza de un maremoto. Imagino a Cloe con el vientre hinchado, llevando a mi hijo en su interior. La veo dando a luz, permitiéndome ser testigo del milagro que Rebecca me negó. La visualizo amamantando a nuestro bebé, su piel contra la suya, mi semilla convertida en vida entre sus brazos.

Una oleada de calor me recorre, concentrándose en mi entrepierna con una intensidad que me avergüenza y me excita a partes iguales. Deseo marcarla. Reclamarla. Hacerla mía de todas las formas posibles. Físicamente. Emocionalmente. Permanentemente.

Quiero tumbarla en mi cama y enterrarme en ella hasta que ninguno de los dos recuerde dónde termina uno y empieza el otro. Quiero sentirla temblar bajo mi cuerpo mientras lleno su interior, sin barreras, sin protección, con la intención deliberada de crear vida.

El pensamiento me aterroriza tanto como me fascina. Yo, que siempre he planificado cada aspecto de mi existencia, que nunca he querido compromisos a largo plazo, que usaba preservativo hasta en mis fantasías más salvajes, ahora quiero hacer exactamente lo contrario.

Quiero el caos. Quiero lo impredecible. La quiero a ella.

¿Qué demonios me está pasando?

—Jason —su voz me sobresalta, sacándome de mis pensamientos lujuriosos—. ¿Llevas mucho tiempo ahí?

Me aclaro la garganta, agradeciendo la penumbra que oculta mi estado evidente de excitación.

—Solo... solo un momento —respondo, la voz más ronca de lo que pretendía—. No quería interrumpir.

Ella sonríe, esa sonrisa suave que reserva para los momentos en que está con Noah. Es diferente a su sonrisa habitual, más tierna, más vulnerable. Y me mata que esa sonrisa no sea para mí.

—Ya se ha dormido —susurra, bajando la mirada hacia mi hijo, que efectivamente se ha rendido al sueño, la cabeza apoyada contra el corazón de Cloe—. Es un angelito cuando quiere.

Se acerca a la cuna y, con una delicadeza infinita, deposita a Noah sobre el colchón. Sus movimientos son fluidos, precisos, como si hubiera estado haciendo esto toda la vida. Observo fascinado cómo ajusta la mantita alrededor de su cuerpecito, cómo acaricia suavemente su cabeza, cómo se asegura de que el monitor esté encendido.

Y de repente, soy dolorosamente consciente de que ella no es su madre. De que esto es temporal. De que después de Navidad, Cloe volverá a su vida y yo tendré que encontrar a alguien más que cuide de Noah.

La idea me resulta físicamente dolorosa.

—Cantas muy bien —digo, cuando ella se incorpora y se gira hacia mí.

Sus mejillas se tiñen de un rosa suave que encuentro adorable.

—Mi abuela me cantaba esa nana —responde, pasándose una mano por el pelo con ese gesto despreocupado que siempre me fascina—. Supongo que se me quedó grabada.

La luz tenue de la lámpara proyecta sombras suaves sobre su rostro, acentuando la curva de sus labios, el brillo de sus ojos, la delicada línea de su cuello. Está preciosa así, en la penumbra, con el pelo ligeramente despeinado y esa expresión serena que adquiere después de estar con Noah.

—Gracias —digo, las palabras saliendo torpes, insuficientes—. Por todo esto. Por cuidar de él. Por enseñarme.

Ella me estudia por un momento, como si buscara algo en mi rostro.

—Lo hago por él —responde finalmente, pero hay algo en su tono que sugiere que no es toda la verdad.

Nos quedamos en silencio, observando a Noah dormir, el único sonido en la habitación es su respiración suave y regular. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, oler su perfume mezclado con ese aroma a bebé que ahora impregna todo mi hogar.

—Debería ir a terminar mi capítulo —dice finalmente, rompiendo el hechizo—. Aprovechar mientras duerme.

—Claro —respondo, apartándome para dejarla pasar—. Buenas noches, Cloe.

Se detiene un instante junto a mí, tan cerca que casi puedo sentir el roce de su ropa contra la mía. Hay un momento de tensión, de posibilidad, donde todo podría cambiar si alguno de los dos se atreviera a moverse.

Pero ninguno lo hace.

—Buenas noches, Jason —susurra, y se desliza por la puerta como un sueño que se desvanece al amanecer.

Me quedo solo con mi hijo dormido y una excitación dolorosa que amenaza con destrozar cada gramo de autocontrol que me queda. Con una respiración temblorosa, me acerco a la cuna y observo a Noah, este pequeño ser que ha puesto mi mundo patas arriba en cuestión de días.

—¿Qué voy a hacer? —le susurro, aunque sé que no puede escucharme.

Cuando regreso a mi despacho, el archivo que estaba revisando me parece ahora insignificante, vacío de sentido. Mi mente está llena de imágenes de Cloe: cantando, sonriendo, viviendo bajo mi techo como si perteneciera aquí.

Por primera vez en mi vida adulta, no tengo un plan.

No tengo control.

No tengo ni la más remota idea de qué hacer con estos sentimientos que amenazan con ahogarme.

Y mientras me hundo en mi sillón, reconozco la verdad que he estado evitando desde que Cloe cruzó el umbral de mi puerta:

Estoy completamente, irremediablemente jodido por tenerla cerca.

Y lo peor de todo es que ya no me importa.

CAPÍTULO 14

CLOE

El cursor parpadea en la pantalla de mi portátil con un ritmo hipnótico que parece burlarse de mí. Llevo veinte minutos contemplando la misma página en blanco, con los dedos suspendidos sobre el teclado como bailarines congelados en mitad de una pirueta.

El salón está sumido en un silencio acogedor. Noah por fin se ha dormido después de su último biberón, y ahora solo se escucha el ocasional crujido de las páginas que Jason pasa mientras revisa unos documentos legales.

Debería estar aprovechando este precioso tiempo para avanzar en mi novela. Tengo un plazo que cumplir antes de que se acabe mi excedencia, una historia que contar, personajes que esperan a que les dé vida. Pero mi mente se niega a cooperar, completamente distraída por el hombre sentado en el sofá frente a mí.

Jason lleva un chándal gris, una prenda tan simple que resulta casi ofensivo lo bien que le sienta. La tela se estira sobre sus muslos cuando cruza las piernas, revelando músculos que ningún abogado corporativo debería tener derecho a poseer. Su camiseta blanca, ligeramente holgada, deja entrever la sombra de sus abdominales cada vez que se inclina para hacer una anotación.

Es como si alguien hubiera cogido al implacable Jason Brown, lo hubiera despojado de su armadura de sastre italiano, y hubiera revelado a este hombre de carne y hueso que resulta infinitamente más peligroso para mi cordura.

Vuelvo a mirar la pantalla, determinada a escribir algo, lo que sea. Mi protagonista, Sebastian, necesita una escena donde muestre su vulnerabilidad. Pero cada vez que intento visualizarlo, adopta los

rasgos de Jason: la misma mandíbula fuerte, el mismo ceño que se frunce cuando está concentrado, los mismos ojos verdes que pueden pasar de hielo a fuego en un segundo.

Levanto la vista justo a tiempo para ver cómo Jason lucha contra el sueño. Su cabeza cae ligeramente hacia delante antes de que se despierte sobresaltado, parpadeando rápidamente y reajustando los papeles sobre su regazo. El gesto es tan humano, tan alejado de su habitual perfección controlada, que siento un aleteo traicionero en mi pecho.

Vuelve a ocurrir. Esta vez, sus ojos permanecen cerrados unos segundos más, sus pestañas proyectando sombras sobre sus pómulos. Cuando vuelve a enderezarse, puedo ver el esfuerzo que le cuesta mantener los ojos abiertos.

—¿Por qué no te vas a la cama? —sugiero, incapaz de seguir observando esta batalla perdida contra el sueño—. Esos documentos seguirán ahí por la mañana.

Me mira como si acabara de sugerirle que bailemos desnudos bajo la luna.

—Necesito terminar esto —responde, su voz ligeramente ronca por el cansancio—. Es para el lunes.

—Es viernes por la noche —le recuerdo—. Y has estado levantado desde las cinco con el último berrinche de Noah.

Hace un gesto desdeñoso con la mano, pero antes de que pueda replicar, el monitor cobra vida con el llanto inconfundible de un bebé que se despierta sobresaltado.

—Yo voy —dice, levantándose con una agilidad sorprendente para alguien que hace segundos estaba prácticamente dormido.

Lo veo desaparecer por el pasillo, abandonando los documentos sobre el sofá. Incluso su manera de caminar es diferente en chándal: más relajada, más natural, como si dejara caer parte de la rigidez que normalmente lo acompaña.

A través del monitor, escucho cómo entra en la habitación de Noah. Y entonces, su voz, transformada por completo, me llega con claridad cristalina.

—¿Qué pasa, príncipe? —murmura con una ternura que me provoca un escalofrío—. ¿No puedes dormir? ¿Has tenido un mal

sueño?

Algo dentro de mí se derrite como mantequilla al sol. El contraste entre el implacable abogado y este hombre que habla a su hijo con devoción absoluta es tan poderoso que casi duele presenciarlo.

—Tranquilo, campeón —continúa, y puedo imaginar perfectamente cómo lo levanta de la cuna—. Papá está aquí. No pasa nada.

Contengo la respiración, completamente cautivada por este intercambio íntimo. El llanto de Noah va disminuyendo, pero no cesa del todo. Escucho a Jason tararear algo, una melodía que no reconozco, probablemente improvisada.

Unos minutos después, vuelve a aparecer en el salón con Noah acurrucado contra su pecho. El bebé tiene los ojitos entreabiertos, no llora, pero tampoco parece dispuesto a volver a dormir.

—Quiere compañía —explica Jason, sentándose de nuevo en el sofá—. Creo que necesita saber que no está solo.

Como si entendiera sus palabras, Noah suelta un ruidito de aprobación y se acomoda mejor contra el pecho de su padre. Jason recoge los documentos con una mano mientras con la otra sostiene firmemente a su hijo. Es una imagen tan perfecta que me deja sin aliento.

—¿Te importa si me quedo aquí con él? ¿Te distraemos para escribir? —pregunta, ajustando a Noah para poder seguir trabajando —. Parece que se tranquiliza con el sonido del papel.

—Para nada —respondo, intentando que mi voz suene normal y no como si estuviera completamente derretida.

Lo observo mientras encuentra una posición que le permita sostener a Noah y leer al mismo tiempo. El pequeño se acurruca contra él, su cabecita apoyada justo debajo de la barbilla de Jason, una de sus manitas agarrando la camiseta blanca con ese gesto posesivo que tienen los bebés.

Y entonces, como si alguien hubiera abierto una compuerta, las palabras empiezan a fluir en mi mente. Mis dedos se mueven por el teclado casi con voluntad propia, dando vida a una escena que hasta hace unos minutos se negaba a materializarse.

«Sebastian nunca había imaginado que podía sentir tanto por otro ser humano. Mientras sostenía a su hijo contra su pecho, sintiendo el suave ritmo de su respiración, comprendió que algo fundamental había cambiado dentro de él. El hombre que había entrado en esa sala de hospital no era el mismo que ahora acunaba este pequeño milagro entre sus brazos.»

Mis dedos vuelan sobre el teclado, liberando palabras que parecen surgir directamente de la escena frente a mí.

«El control, la planificación, la necesidad de prever cada contingencia... todo eso seguía siendo parte de él. Pero ahora entendía que hay cosas que no se pueden controlar, emociones que no se pueden regular, momentos que no se pueden programar. Y por primera vez en su vida, no quería intentarlo.»

Levanto la mirada un instante. Jason ha dejado de leer y está contemplando a Noah, que finalmente se ha rendido al sueño. Hay una expresión en su rostro que jamás había visto antes: una mezcla de asombro, vulnerabilidad y amor tan puro que casi duele mirarlo.

«No era solo que amara a su hijo. Era que ese amor le estaba enseñando a amar de otras maneras. A abrirse a posibilidades que antes habría descartado como riesgos innecesarios. A ver belleza en el caos, fortaleza en la vulnerabilidad, orden en lo impredecible.»

Mis dedos se detienen un momento mientras una sensación extraña se instala en mi pecho. Me doy cuenta de que no estoy escribiendo sobre Sebastian. Estoy escribiendo sobre Jason. Sobre lo que veo desarrollarse frente a mis ojos día tras día. Sobre un hombre que está aprendiendo a ceder, a encontrar alegría en lo inesperado.

Y entonces, una revelación inquietante me atraviesa: me estoy colando por él.

No por el Jason Brown que conocía antes, el abogado intransigente que me sacaba de quicio con su rigidez y su arrogancia. Sino por este hombre que sostiene a su hijo como si fuera lo más precioso del universo. Que se queda dormido revisando contratos porque se ha desvelado para atender a un bebé. Que está aprendiendo a reírse de sí mismo y a encontrar belleza en el desorden.

El desconcierto me invade durante un segundo, tan intenso que casi cierro el portátil de golpe. ¿En qué momento ha cambiado todo? Esto no formaba parte del plan. Se suponía que yo estaba aquí temporalmente, para ayudarle con Noah, no para desarrollar sentimientos que complicarían todo.

—¿Estás bien?

La voz de Jason me sobresalta. Me está mirando con una expresión de genuina preocupación.

—Sí, perfectamente —miento, intentando recomponerme—. Solo estaba... inspirada.

Una sonrisa leve curva sus labios.

—¿La novela va bien?

—Por fin —admito, sorprendida por mi propia sinceridad—. Creo que acabo de superar un bloqueo importante.

—Me alegro —dice, y hay una calidez en su voz que hace que mi estómago dé un vuelco—. Tienes talento, Cloe. Tu novela será increíble.

El cumplido, tan inesperado, me deja momentáneamente sin palabras. ¿Desde cuándo Jason Brown cree en mi talento?

—Gracias —murmuro, volviendo a mirar la pantalla para ocultar el rubor que siento extenderse por mis mejillas.

Me sumerjo en la novela y me fuerzo a no distraerme con nada más. Lo que dura como unos diez minutos.

Cuando vuelvo a levantar la vista, Jason se ha quedado dormido, con Noah aún acurrucado contra su pecho. Los documentos se han deslizado hasta el sofá, olvidados. Padre e hijo respiran al unísono, una imagen de paz tan perfecta que me duele el pecho solo de contemplarla.

Con un suspiro, guardo mi trabajo y cierro el portátil. Me levanto silenciosamente y recojo una manta del respaldo del sofá, extendiéndola cuidadosamente sobre ellos. Jason murmura algo en sueños, pero no se despierta.

Me permito un momento para observarlos así, vulnerables y confiados en su sueño compartido. Y mientras lo hago, una certeza incómoda se asienta en mi interior:

Este trabajo temporal se está volviendo peligrosamente complicado.

Y no tengo ni idea de cómo voy a proteger mi corazón cuando llegue el momento de marcharme.

CAPÍTULO 15

CLOE

—¿Dónde guardas los adornos de Navidad? —pregunto mientras rebusco en los armarios de almacenaje del pasillo.

Es pronto por la mañana, y la luz invernal que se filtra por los ventanales del ático baña todo con un resplandor plateado que hace que la nieve acumulada en los alféizares brille como polvo de diamantes. Noah está en su sillita balancín, observando fascinado los pequeños copos que caen al otro lado del cristal.

Jason, que está preparando café en la cocina, asoma la cabeza con el ceño fruncido.

—¿Mis qué?

Lo miro incrédula. Es diciembre.

—Tus adornos navideños. Ya sabes, esas cosas que la gente normal pone en sus casas durante las fiestas. Un árbol, luces, guirnaldas...

Se acerca secándose las manos en un paño de cocina, con una expresión que oscila entre la confusión y la diversión.

—No tengo adornos de Navidad.

—¿Cómo que no tienes adornos de Navidad? —Mi voz se eleva una octava—. ¿Ni un mísero calcetín para colgar en la chimenea?

—No tengo chimenea —señala con irritante lógica—. Y no suelo decorar el apartamento. Normalmente paso las fiestas trabajando o viajo a algún sitio cálido.

Lo observo atentamente, intentando determinar si está bromeando. Pero no, el hombre habla completamente en serio. Jason Brown, mi pesadilla personal en forma de dios griego de trajes italianos, no celebra la Navidad.

—Esto es inaceptable —declaro, cruzándome de brazos—. Completamente inaceptable.

Jason arquea una ceja, ese gesto aristocrático que normalmente me irrita pero que ahora, después de casi dos semanas de convivencia, encuentro más entrañable que exasperante.

—¿Y por qué, exactamente, necesito llenar mi casa de plástico brillante y lucecitas intermitentes?

—Porque ahora tienes un hijo —respondo como si fuera la cosa más obvia del mundo—. Y ningún niño debería pasar su primera Navidad en un apartamento que parece la exposición minimalista de un museo de arte contemporáneo.

Jason mira a Noah, que juega con sus propios pies y está intentando metérselos en la boca con un entusiasmo increíble.

—Todavía no tiene ni siete meses, Cloe. No se va a enterar de si hay un árbol o no.

—Por supuesto que se entera —insisto, acercándome a Noah y acariciando su cabecita—. Los bebés respiran el ambiente. Sienten la magia. Se nutren de la alegría y los colores.

—¿Has estado leyendo esos blogs pseudocientíficos de maternidad otra vez? —pregunta, mirándome con escepticismo.

—No necesito blogs para saber que este apartamento es tan festivo como un funeral —replico—. Y no voy a permitir que Noah viva su primera Navidad en un mausoleo.

Jason suspira, ese suspiro profundo que reserva para cuando piensa que estoy siendo irracional pero no quiere discutir.

—Cloe, te aseguro que Noah estará perfectamente bien sin...

—¿Qué pasa? —lo interrumpo—. ¿El gran Jason Brown le tiene miedo a un poco de espíritu navideño? ¿Temes que el polvo de hadas afecte a tu aura de seriedad perpetua?

Sus ojos se entrecierran ligeramente, y sé que he tocado una fibra sensible. Jason Brown odia que cuestionen su valentía, incluso en algo tan trivial como esto.

—No le tengo miedo a la Navidad —dice, su voz controlada pero con un matiz de desafío—. Simplemente no veo la necesidad de...

—¡Perfecto! —exclamo, interrumpiéndolo nuevamente—. Entonces no hay problema. Hoy iremos a comprar un árbol. Un árbol

real, no uno de esos de plástico que parecen cepillos de inodoro gigantes.

Noah suelta una carcajada, como si apoyara mi moción. Jason nos mira a ambos, traicionado por su propio hijo.

—¿Un árbol real? —repite—. ¿De esos que sueltan agujas por todas partes y hay que regar?

—Exactamente —confirmo, sonriendo triunfal—. Nada como el olor a pino fresco para despertar el espíritu navideño. Conozco una granja a las afueras de la ciudad donde puedes cortar tu propio árbol. Es toda una experiencia.

La expresión de horror que cruza su rostro al imaginar agujas de pino ensuciando su inmaculado suelo casi me hace reír. Casi.

—Además —añado, usando mi arma secreta—, podríamos hacer las primeras fotos navideñas de Noah. Ya sabes, para un álbum familiar.

La mención de un álbum familiar hace que algo cambie en su mirada. Un destello de nostalgia, quizás. O tal vez la comprensión de que esto es parte de lo que significa ser padre: crear tradiciones, memorias, un sentido de pertenencia.

—De acuerdo —cede finalmente—. Podemos ir a buscar un árbol. Pero me niego rotundamente a ponerme un gorro de Santa o cualquier otro accesorio festivo.

—¡Sí! —celebro, dando un pequeño salto que hace que Noah aplauda con entusiasmo—. Te prometo que no te arrepentirás.

Jason murmura algo que suena sospechosamente a «ya me estoy arrepintiendo», pero hay una sombra de sonrisa en su rostro que me dice que no está tan molesto como pretende.

Y así es como, tres horas más tarde, nos encontramos en el coche rumbo a «Pineridge Farm», una granja de árboles navideños a una hora de Manhattan. Noah va perfectamente asegurado en su sillita trasera, envuelto en tantas capas de ropa que parece una pequeña foca con gorro de lana. Jason conduce con esa concentración absoluta que pone en todo, mientras yo canto villancicos deliberadamente desafinados solo para verlo poner los ojos en blanco.

—Si cantas «All I Want for Christmas Is You» una vez más —me advierte cuando empiezo con los primeros acordes—, juro que daré la vuelta ahora mismo.

—Aguafiestas —murmuro, pero cambio a «Jingle Bells» solo para ver cómo sus nudillos se tensan ligeramente sobre el volante.

Es ridículamente satisfactorio sacarlo de quicio.

Cuando llegamos a la granja, el lugar parece sacado de una postal navideña. La nieve cubre el terreno como un manto esponjoso, los pinos se extienden en hileras perfectas, y hay pequeñas cabañas de madera con humo saliendo de sus chimeneas. Familias enteras recorren los senderos, algunas tirando de trineos donde transportarán su árbol elegido.

—Esto parece el escenario de una película de Hallmark —comenta Jason mientras aparca—. Solo faltan los personajes principales besándose bajo el muérdago.

El comentario hace que un calor inesperado me suba por el cuello. La imagen mental de Jason y yo besándonos bajo el muérdago es tan vívida y tentadora que tengo que sacudir la cabeza para disiparla.

—Vamos, señor Grinch —digo, abriendo la puerta para escapar de mis propios pensamientos—. Tu hijo necesita su primer árbol de Navidad.

El aire frío me golpea la cara, despejándome instantáneamente. Huele a pino, a leña quemada y a canela, una combinación que me transporta directamente a la infancia. Mientras Jason saca a Noah del coche, ajustándole cuidadosamente el gorro y las manoplas, observo cómo las familias a nuestro alrededor se mueven en esa danza caótica pero armoniosa que caracteriza a los grupos unidos por el amor.

Y por un momento, solo un segundo fugaz, me permito imaginar que nosotros somos una de ellas. Que Jason y yo somos los padres de Noah, que esto no es temporal, que pertenezco a este pequeño núcleo familiar que hemos formado accidentalmente.

La fantasía es tan dulce que duele.

—¿Estás bien? —pregunta Jason, sacándome de mi ensoñación—. Te has quedado muy callada de repente.

—Perfectamente —miento, forzando una sonrisa—. Solo estaba pensando en qué tipo de árbol buscar.

Me observa un instante más de lo necesario, como si intuyera que hay algo más, pero no insiste. En su lugar, acomoda a Noah en el portabebés que se ha colocado en el pecho, un artilugio que todavía está aprendiendo a manejar pero que le da un aire de padre moderno irresistiblemente atractivo.

—Muy bien, experta en árboles —dice, su aliento formando pequeñas nubes en el aire frío—. ¿Por dónde empezamos?

Pasamos la siguiente hora recorriendo hileras de pinos, debatiendo los méritos relativos de abetos, píceas y pinos, mientras Noah observa fascinado los destellos de luz que se filtran entre las ramas nevadas. Jason, para mi sorpresa, se toma la misión con la misma seriedad metódica que aplica a todo: mide alturas, evalúa densidades de ramaje, considera la simetría y resistencia de cada candidato.

—¿Qué te parece este? —pregunto, señalando un abeto azul perfectamente formado.

Jason lo examina con ojo crítico, caminando a su alrededor como si estuviera evaluando una propiedad inmobiliaria.

—Demasiado asimétrico en la parte trasera —dictamina—. Y las ramas inferiores no tienen suficiente densidad.

Reprimo una sonrisa. Solo Jason podría aplicar estándares de perfección corporativa a un árbol de Navidad.

—No buscamos el árbol perfecto —le recuerdo—. Buscamos nuestro árbol.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta, genuinamente confundido.

—La diferencia —explico, acercándome a él y a Noah— es que el árbol perfecto no existe. Pero el árbol adecuado para nosotros es aquel con el que conectamos. El que tiene personalidad, historia. El que nos llama.

Me mira como si acabara de hablarle en otro idioma.

—Los árboles no llaman, Cloe.

—Claro que sí —insisto—. Solo hay que saber escuchar.

Y como para demostrar mi punto, me alejo por un sendero lateral, siguiendo un impulso que no sabría explicar. Jason me sigue,

ajustando protectoramente la mantita que cubre a Noah contra el frío.

Y entonces lo veo. No es el árbol más grande, ni el más simétrico. De hecho, tiene una ligera inclinación hacia la izquierda y le falta densidad en algunas zonas. Pero hay algo en él que me llama, una especie de carácter que lo distingue de todos los demás.

—Este —digo con convicción, deteniéndome frente al pino—. Este es nuestro árbol.

Jason se detiene a mi lado, estudiando el árbol con escepticismo.

—Está torcido —señala—. Y le faltan ramas en ese lado.

—No está torcido, tiene carácter —corrijo—. Y esos espacios entre ramas son perfectos para colgar los adornos más grandes.

—Podemos encontrar uno mejor —insiste, señalando una hilera de árboles perfectamente uniformes a nuestra derecha.

—No quiero uno mejor —respondo, acercándome hasta tocar una de las ramas, dejando que las agujas me acaricien la palma—. Quiero este.

Nuestras miradas se cruzan en un duelo silencioso. El sol invernal se refleja en la nieve, creando un halo dorado alrededor de su figura, con Noah acurrucado contra su pecho como un pequeño tesoro. Y de repente, todas mis defensas se desmoronan como un castillo de naipes.

Porque verlo así, bajo la luz del sol, con su hijo en brazos, rodeado de árboles nevados, es una visión que me corta la respiración. Es tan hermoso que duele, y el hecho de que él no sea consciente de ello lo hace aún más devastador.

—¿Por qué este árbol? —pregunta finalmente, su voz más suave.

Trago saliva, intentando encontrar palabras que no revelen demasiado.

—Porque es como nosotros —respondo antes de poder censurarme—. No es perfecto, pero es real. Tiene carácter, historia. Sobrevivió tormentas y siguió creciendo. Tal vez no de la forma más simétrica, pero a su manera.

Un silencio cargado de significado se instala entre nosotros. Noah suelta un gorjeo, rompiendo la tensión, y Jason baja la mirada hacia su hijo, como buscando su opinión.

—¿Tú qué dices, campeón? —le pregunta—. ¿Es este nuestro árbol?

Noah responde con una sonrisa que derretiría el corazón más frío. Y es suficiente para Jason.

—De acuerdo —cede, y hay una suavidad en su expresión que hace que mi corazón dé un vuelco—. Este es nuestro árbol.

Un empleado de la granja se acerca con una sierra, y observamos cómo corta el árbol con eficiencia profesional. Mientras lo atan y lo cargan en un trineo para llevarlo hasta el coche, nos dirigimos a una de las cabañas donde sirven chocolate caliente y galletas recién horneadas.

Sentados en una mesa de madera junto a la ventana, con Noah instalado en su portabebés sobre la mesa, observando fascinado las luces navideñas que decoran el lugar, experimentamos un momento de perfecta armonía. El chocolate calienta mis manos a través de la taza de cerámica, y el aroma a canela y nuez moscada impregna el aire.

—Gracias —dice Jason de repente, su voz casi perdida entre el bullicio alegre de la cabaña.

—¿Por qué? —pregunto, sorprendida.

—Por esto —responde, haciendo un gesto que abarca todo: el lugar, Noah, el árbol, yo—. Por obligarme a salir de mi zona de confort. Por enseñarme que algunas tradiciones valen la pena.

Su sinceridad me desarma por completo. Este es un Jason que pocas personas han visto: vulnerable, agradecido, capaz de reconocer cuando estaba equivocado.

—De nada —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía—. Todo niño merece recuerdos navideños, incluso si es demasiado pequeño para recordarlos conscientemente.

—Mi padre siempre insistía en tener un árbol real —comenta, mirando por la ventana hacia los campos nevados—. Decía que el olor a pino era el verdadero aroma de la Navidad.

Es tan raro que mencione a su padre que me quedo momentáneamente sin palabras. Jason guarda sus recuerdos como un dragón custodia su tesoro, compartiendo apenas fragmentos ocasionales.

—Tu padre tenía razón —digo finalmente—. Y ahora Noah también tendrá ese recuerdo sensorial.

Jason sonríe, una sonrisa genuina que transforma su rostro normalmente serio en algo casi juvenil.

—Aunque sigo negándome a ponerme un gorro de Santa —advierte, volviendo a su tono habitual.

—Eso ya lo veremos —respondo con una sonrisa enigmática—. La Navidad tiene formas misteriosas de cambiar a las personas.

El camino de regreso a la ciudad lo hacemos en un silencio cómplice, interrumpido solo por los gorjeos ocasionales de Noah desde el asiento trasero. El árbol, perfectamente amarrado al techo del coche, proyecta una sombra intermitente sobre el parabrisas.

Y mientras observo el perfil de Jason contra el atardecer invernal, me doy cuenta de que esta primera Navidad con Noah no solo está cambiando su vida.

También está cambiando la mía, de formas que nunca imaginé posibles.

CAPÍTULO 16

JASON

Las agujas de pino han invadido cada centímetro de mi inmaculado suelo. Mi sofá está cubierto de cajas de adornos que Cloe ha comprado durante su última excursión al centro comercial. Y hay un olor penetrante a canela y naranja proveniente de la cocina, donde ha preparado lo que ella llama «ponche navideño sin alcohol» para que podamos decorar «con el espíritu adecuado».

Todo está fuera de lugar. Desordenado. Caótico.

Y por alguna razón incomprensible, no me importa en absoluto.

Noah está tumbado en su mantita de actividades, observando fascinado las luces del árbol que ya hemos conseguido montar y que parpadean en secuencias que Cloe ha programado para que sean «mágicamente aleatorias». Cada vez que una luz azul destella, suelta una carcajada que resuena por todo el salón.

Y Cloe... Cloe es un torbellino de energía mientras saca adornos de cajas, tararea villancicos y debate en voz alta consigo misma sobre la distribución cromática ideal para las bolas de cristal.

—Creo que deberíamos mantener los tonos fríos en la parte superior e ir calentando hacia abajo —dice, sosteniendo una bola azul contra la luz—. Como un degradado de invierno a otoño.

La observo desde mi posición junto a la ventana, donde estoy desenredando un interminable hilo de luces adicionales, preguntándome cuántas más piensa poner en este árbol que ya brilla como un faro.

—¿No crees que ya está bastante iluminado? —pregunto, intentando no sonar tan controlador como me siento—. Parece que hemos traído Times Square al salón.

Cloe me mira por encima del hombro, con esa sonrisa que reserva para cuando considera que estoy siendo ridículamente rígido.

—Jason, las luces navideñas funcionan como el brillo corporal: nunca son suficientes.

—¿Brillo corporal? —repito, genuinamente confundido—. ¿La gente se pone luces encima?

Su carcajada resuena por todo el apartamento, haciendo que Noah gire la cabeza hacia ella con curiosidad.

—¡Por Dios, eres de otro planeta! —exclama—. Hablo de purpurina, Jason. Ese polvo brillante que las mujeres nos ponemos para ocasiones especiales.

—Ah —respondo, sintiendo cómo me sonrojo ligeramente—. Claro.

—A veces me pregunto cómo has llegado a los treinta y tantos con semejantes lagunas culturales —continúa, acercándose para coger las luces que he logrado desenredar—. Es como si te hubieras criado en un monasterio de abogados corporativos.

—Algunos de nosotros estábamos demasiado ocupados estudiando derecho para mantenernos al día con las tendencias de maquillaje —replico, intentando sonar dignamente ofendido.

—Pobre bebé —dice Cloe, dirigiéndose a Noah—. Tu padre cree que la purpurina es una tendencia de maquillaje. Vamos a tener que educarlo mejor.

Una réplica mordaz está a punto de escapar de mis labios cuando noto algo. Un detalle minúsculo pero significativo.

—¿Has dicho «vamos»? —pregunto, antes de poder contenerme.

Cloe se queda inmóvil, las luces suspendidas entre sus manos. Un ligero rubor se extiende por sus mejillas, y puedo ver cómo traga saliva antes de responder.

—Es una forma de hablar —dice, volviendo rápidamente su atención al árbol—. Ya sabes, como cuando los médicos dicen «vamos a poner una inyección» aunque ellos no se la pongan.

—Cierto —concedo, aunque algo dentro de mí se contrae dolorosamente.

Porque por un momento, un breve y ridículo instante, me había permitido imaginar un futuro donde ese «vamos» fuera real. Donde

Cloe, Noah y yo fuéramos una familia de verdad, no este extraño acuerdo temporal que hemos establecido.

El pensamiento me asusta tanto como me atrae.

—Creo que estas luces deberían ir en la parte central —dice Cloe, cambiando de tema—. Son más cálidas que las otras.

Se estira para alcanzar una rama alta, y su suéter se levanta ligeramente, revelando una franja de piel dorada en la parte baja de su espalda. Aparto la mirada, molesto por mi propia reacción física instantánea.

—¿Me pasas esa estrella? —me pide, señalando una caja junto a mis pies.

Me agacho para recogerla, y cuando se la entrego, nuestros dedos se rozan. Una corriente eléctrica me recorre el brazo, y por la forma en que Cloe retira su mano bruscamente, sé que ella también la ha sentido.

Durante los siguientes minutos trabajamos en silencio, moviéndonos alrededor del árbol en una danza cuidadosamente coreografiada para evitar tocarnos. Cada vez que nos acercamos demasiado, uno de los dos retrocede instintivamente. Es ridículo y frustrante a partes iguales.

—Noah debería tener su propio adorno —digo finalmente, para romper la tensión—. Algo especial para su primera Navidad.

La expresión de Cloe se suaviza inmediatamente.

—Me has leído el pensamiento. Tengo algo perfecto —responde, buscando en una de las cajas más pequeñas.

Saca un adorno de cristal en forma de bola de nieve miniatura. Dentro hay un pequeño oso sosteniendo un cartel que dice «Baby's First Christmas».

—Es precioso —murmuro, genuinamente conmovido por el gesto.

—Lo he visto en la tienda y no he podido resistirme —explica, con un toque de timidez que encuentro inesperadamente encantador—. Podemos grabarlo con su nombre y el año si quieres.

Algo cálido se expande en mi pecho. Es un detalle tan pequeño y a la vez tan significativo. Cloe no tenía por qué comprar esto. No es su hijo. No es su responsabilidad crear tradiciones para él. Pero lo ha

hecho, porque así es ella. Siempre pensando en los demás, siempre encontrando maneras de hacer que las cosas sean especiales.

—Gracias —digo, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía —. Es perfecto.

Me acerco para coger el adorno, pero en lugar de cogerlo, mis dedos se cierran alrededor de su muñeca. Puedo sentir su pulso acelerándose bajo mi contacto.

Levanta la mirada, confusión y algo más oscuro, más peligroso, brillando en sus ojos.

—Jason...

—¿Por qué lo haces? —pregunto, sin soltarla—. ¿Por qué te preocupas tanto por nosotros?

Intenta retroceder, pero mi agarre, aunque suave, la mantiene en su lugar.

—Ya te lo he dicho. Lo hago por él —responde, pero hay algo en su tono que suena a medias verdades.

—¿Solo por él? —insisto, dando un paso hacia ella.

Sus pupilas se dilatan, y puedo ver cómo su respiración se acelera. Está tan cerca que percibo el aroma a canela y naranja que se ha impregnado en su pelo después de preparar el ponche.

—Estás invadiendo mi espacio personal, Jason —dice, pero no hace ningún esfuerzo real por alejarse.

—Responde a la pregunta —digo, mi voz bajando a un tono que no reconozco como propio.

—¿Qué quieres que te diga? —replica, y ahora hay un destello de ira en sus ojos—. ¿Que me he encariñado con el niño? Pues sí, me he encariñado. Es imposible no hacerlo.

—¿Y conmigo? —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Su expresión cambia, la irritación dando paso a algo más vulnerable, más crudo.

—Esto no es justo —susurra.

—La vida rara vez lo es —respondo, acercándome otro paso.

Ahora estamos tan cerca que puedo sentir el calor que irradia su cuerpo, ver las pequeñas motas doradas en sus ojos marrones, contar cada una de sus pestañas.

—¿Qué estamos haciendo, Jason? —pregunta, y hay una súplica en su voz que me desarma por completo.

—No lo sé —admito, y es quizás la respuesta más honesta que he dado en mi vida—. No tengo ni idea.

Algo cambia en el aire entre nosotros, una tensión que ha estado creciendo durante días, años quizás, alcanzando su punto crítico.

—Esto es una mala idea —murmura, pero su mirada cae a mis labios.

—Probablemente la peor —coincido, mi mano libre moviéndose para acunar su mejilla.

Su piel es tan suave como siempre he imaginado, cálida bajo mi palma. Suelto su muñeca solo para deslizar mi brazo alrededor de su cintura, atrayéndola hacia mí.

—Vamos a arrepentirnos de esto mañana —dice, aunque sus manos ya están subiendo por mi pecho, deteniéndose sobre mi corazón que late desbocado.

—Probablemente —admito—. Pero ahora mismo, no me importa.

Y entonces, finalmente, después de lo que parece una eternidad de espera, mis labios encuentran los suyos.

El primer contacto es electrizante. Sus labios son suaves, cálidos, y saben ligeramente a naranja y canela. Al principio es casi casto, una simple presión, como si ambos estuviéramos probando los límites.

Pero entonces, Cloe suelta un pequeño gemido que vibra directamente contra mi boca, y algo dentro de mí se rompe.

Mis brazos la rodean por completo, atrayéndola con fuerza contra mi cuerpo. Una de mis manos sube hasta su nuca, enredándose en su pelo, mientras la otra se aferra a su cintura como si temiera que fuera a desvanecerse.

El beso se profundiza, volviéndose hambriento, desesperado. Su lengua se desliza contra la mía, explorando, probando, y el sabor de ella es más embriagador que cualquier whisky, más adictivo que cualquier droga.

Cada roce, cada caricia, cada suspiro me hace querer más. Más de su calor, más de su sabor, más de esta sensación de caída libre que me provoca.

No sé cuánto tiempo pasamos así, perdidos el uno en el otro. Podrían ser segundos, minutos, horas. El tiempo pierde todo significado cuando Cloe está en mis brazos, respondiendo a mis caricias con un abandono que enciende mi sangre.

Mi mano se desliza bajo su suéter, encontrando la piel cálida de su espalda, y siento cómo se estremece bajo mi tacto. Sus dedos se han enredado en mi pelo, tirando ligeramente, anclándome a ella como si temiera que fuera a alejarme.

Como si eso fuera siquiera posible.

Y entonces, desde el otro lado de la habitación, Noah emite un gorjeo agudo, seguido de una risita que nos devuelve bruscamente a la realidad.

Nos separamos de golpe, como si nos hubieran echado un cubo de agua fría. Cloe da un paso atrás, sus labios hinchados y enrojecidos, sus ojos dilatados y confusos. Su pecho sube y baja rápidamente, y un rubor intenso colorea sus mejillas.

La imagen es tan erótica que tengo que cerrar los ojos un momento para recobrar el control.

—Eso ha sido... —comienza, pero se interrumpe, aparentemente incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—Sí —coincido, porque yo tampoco sé cómo describir lo que acaba de pasar.

Nos miramos en silencio, la tensión entre nosotros es tan densa que casi podría cortarse con un cuchillo. Hay mil cosas que quiero decirle, mil preguntas que quiero hacerle, pero ninguna parece lo suficientemente importante en este momento.

Noah vuelve a reír, ajeno al drama adulto que se desarrolla a unos metros de él.

—Debería... —Cloe hace un gesto vago hacia la puerta—. Necesito un momento.

Antes de que pueda responder, se da la vuelta y sale rápidamente del salón. Escucho sus pasos apresurados por el pasillo, seguidos del suave clic de la puerta de su habitación al cerrarse.

Me quedo solo en medio del caos navideño, con el sabor de Cloe aún en mis labios y una sensación de vértigo en el estómago.

¿Qué demonios acabo de hacer?

Noah suelta otro gorjeo, y cuando lo miro, me está observando con esos ojos iguales a los míos, como si pudiera ver a través de mi piel.

—Lo sé, lo sé —le digo en voz baja—. Tu padre acaba de complicarlo todo espectacularmente.

CAPÍTULO 17

CLOE

El llanto desgarrador me arranca del sueño como una sirena en mitad de la noche. Me incorporo de golpe, el corazón latiéndome con fuerza mientras mis ojos intentan adaptarse a la oscuridad.

Noah.

El llanto continúa, agudo y desesperado, tan diferente al habitual que siento un escalofrío recorrerme la columna. No es un llanto de hambre o de molestia. Es un llanto de dolor.

Salgo disparada de la cama, sin molestarme en ponerme la bata. El suelo está helado bajo mis pies descalzos mientras corro por el pasillo, pero apenas lo noto. Todo mi ser está concentrado en ese sonido angustioso que proviene de la habitación de Noah.

Cuando entro, la escena me encoge el corazón. Jason está de pie junto a la cuna, sosteniendo a Noah contra su pecho. La expresión de su rostro es puro pánico contenido: ojos muy abiertos, mandíbula tensa, frente perlada de sudor. Noah llora con tal intensidad que su carita está roja como una cereza, y puedo ver que Jason está nervioso.

—No para de llorar —dice, su voz apenas audible sobre los alaridos del bebé—. Y está ardiendo.

Me acerco rápidamente y toco la frente de Noah. Está caliente, demasiado caliente, y la piel se siente seca al tacto.

—Tiene fiebre —confirmo, intentando mantener la calma por los dos—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—No lo sé exactamente —responde Jason, y nunca lo había visto tan descompuesto—. Me despertó hace unos diez minutos. Al principio pensé que tenía hambre o necesitaba un cambio, pero nada funciona. Solo va a peor. Y luego noté lo caliente que estaba y...

—Está bien —lo interrumpo, colocando una mano en su brazo—. Necesitamos un termómetro.

Jason asiente, mecánicamente.

—Está en el botiquín del baño. Compré uno digital cuando llegó Noah.

—Voy a por él —digo, apretando su brazo brevemente antes de salir corriendo hacia el baño.

Mientras rebusco en el botiquín perfectamente organizado, escucho cómo intenta calmar a Noah con palabras suaves que se quiebran por la preocupación. Encuentro el termómetro y regreso a la habitación.

—Déjame tomársela —digo, extendiendo los brazos para coger al bebé.

Jason transfiere a Noah a mis brazos con extremo cuidado, como si temiera romperlo. El pequeño está tan agitado que tengo que sujetarlo con firmeza mientras le coloco el termómetro en la axila. Durante los segundos que tardamos en obtener la lectura, Jason no aparta los ojos de la pantalla digital, como si pudiera controlar el resultado con la intensidad de su mirada.

El pitido del termómetro suena y ambos miramos el número: 39.2°C.

—Joder —murmura Jason, y es la primera vez que le oigo maldecir delante de Noah—. Es demasiado alta.

—Es alta, pero no crítica —intento tranquilizarlo, aunque también estoy preocupada—. Necesitamos bajarla. Ve a por un paño húmedo y fresco, por favor.

Jason sale disparado hacia el baño mientras yo sigo meciendo a Noah, cuyo llanto ha bajado de intensidad, pero sigue siendo doloroso de escuchar. Sus pequeñas manos se aferran a mi camiseta como si buscara desesperadamente algún tipo de alivio.

—Ya está, mi amor —le susurro contra su pelo húmedo por el sudor—. Vamos a cuidarte. Todo va a estar bien.

Jason regresa con un paño que gotea agua en el suelo, está tan acelerado que ni siquiera lo ha escurrido bien. En cualquier otra circunstancia, me habría reído de ver a Jason Brown, el hombre más

meticuloso del mundo, chorreando agua por el inmaculado suelo de parqué.

—Hay que escurrirlo —le digo con suavidad, sin ningún rastro de burla—. Si no, estará demasiado mojado.

Asiente y desaparece de nuevo, volviendo segundos después con un paño correctamente escurrido. Lo coloco suavemente en la frente de Noah, que protesta débilmente.

—Deberíamos darle paracetamol infantil —sugiero—. ¿Tenemos?

La expresión de Jason es respuesta suficiente.

—Vale, no pasa nada —digo rápidamente—. Llamaremos al pediatra y...

—Son las tres de la madrugada —me interrumpe, pasándose una mano por el pelo con desesperación—. Deberíamos llevarlo a urgencias.

—De acuerdo —accedo, viendo el estado en que se encuentra—. Ve a vestirte y coge lo esencial para Noah. Yo lo mantendré fresco mientras tanto.

Jason me mira fijamente, como si estuviera anclándose a mi calma para no perder la cabeza completamente.

—Gracias —dice con una voz cargada de emoción contenida—. No sé qué habría hecho si...

—No pienses en eso —lo corto suavemente—. Estoy aquí. Ahora ve, cuanto antes salgamos, antes lo verá un médico.

En menos de cinco minutos, Jason ha vuelto completamente vestido y con una bolsa preparada para Noah. Me sorprende su eficiencia incluso en estado de pánico. Lo que no me sorprende es su aspecto: aunque se ha vestido a toda prisa, su ropa está perfectamente combinada y sin una sola arruga. Jason Brown, incapaz de parecer desaliñado incluso en una emergencia.

—Yo lo llevaré —dice, extendiendo los brazos hacia Noah—. Tú también deberías vestirte.

Bajo la mirada y me doy cuenta de que estoy en shorts y camiseta de dormir, sin sujetador y con el pelo probablemente pareciendo un nido de pájaros. Un rubor me sube por las mejillas al recordar que no es la primera vez que Jason me ve así, y el recuerdo

de nuestro beso de ayer se cuela en mi mente, inoportuno y electrizante.

—Dame dos minutos —murmuro, pasándole a Noah, que inmediatamente se acurruca contra el pecho de su padre.

Me visto a toda velocidad, sin preocuparme por mi aspecto, solo por la rapidez. Pantalones de chándal, sudadera, zapatillas, y una coleta apresurada para mantener mi pelo fuera de la cara. Cuando regreso, Jason ya tiene a Noah envuelto en una manta y está dando vueltas por la sala como un león enjaulado.

—Llamaré a un taxi —digo, sacando mi móvil.

—No hace falta —responde—. Iré conduciendo.

Lo miro, evaluando su estado. Está pálido, tenso, con la mirada febril casi tanto como la de su hijo.

—No estás en condiciones de conducir —digo con firmeza—. Déjame a mí.

Abre la boca para protestar, pero Noah suelta un quejido lastimero y toda su resistencia se desvanece.

—Vale —cede, entregándome las llaves de su BMW—. Tú conduces.

El viaje hasta el hospital pediátrico es una experiencia surrealista. Las calles de Nueva York están inusualmente vacías a esta hora, y el coche se desliza como un fantasma por el asfalto húmedo. Jason va en el asiento trasero con Noah, murmurándole palabras de consuelo que suenan como una letanía, mientras yo conduzco concentrándome en cada semáforo, cada cruce, intentando mantener la calma por los tres.

Cuando llegamos a urgencias, Jason salta del coche antes incluso de que yo haya apagado el motor. Lo sigo apresuradamente, sacando las llaves del contacto y corriendo hacia la entrada iluminada del hospital.

El olor a desinfectante me golpea en cuanto entramos, ese aroma característico que siempre me ha revuelto el estómago. Jason ya está en el mostrador de admisión, dando los datos de Noah con una precisión militar que contrasta con el temblor visible de sus manos.

La espera es una tortura. Aunque nos atienden relativamente rápido gracias a la edad de Noah y su fiebre alta, cada minuto se

siente como una eternidad. Jason no deja de moverse, incapaz de quedarse quieto, alternando entre mecer a Noah y caminar en círculos por la sala de espera.

—Va a estar bien —le digo, intentando que mi voz suene segura —. Los bebés se ponen enfermos. Es normal.

—Nada de esto es normal para mí —responde, y hay tanta vulnerabilidad en su mirada que siento un dolor físico en el pecho—. Nunca había tenido tanto miedo en mi vida, Cloe.

Se me encoje el corazón.

Antes de que pueda responder, una enfermera nos llama. Jason prácticamente vuela hacia la puerta que nos indica, y yo lo sigo de cerca, sintiendo un nudo en el estómago.

La pediatra que nos atiende es una mujer de mediana edad con una sonrisa tranquilizadora y manos firmes. Examina a Noah metódicamente mientras nos hace preguntas que Jason responde con precisión asombrosa, recitando horarios de alimentación, cambios de pañal y patrones de sueño como si estuviera presentando un informe corporativo.

—Es una infección de oído —diagnostica finalmente la doctora—. Bastante común en bebés de esta edad, especialmente en invierno. Nada grave, pero sí dolorosa para el pequeño.

El alivio que siento es tan intenso que me flaquean las rodillas. Miro a Jason y veo que tiene los ojos cerrados, como si estuviera dando gracias en silencio.

—Le recetaré antibióticos y analgésicos pediátricos —continúa la médica—. La fiebre debería bajar en las próximas 24 horas, pero si sube por encima de 40 grados o no responde al medicamento, vuelvan inmediatamente.

Jason asiente, absorbiendo cada palabra como si fuera un manual de supervivencia. Mientras la doctora escribe la receta, él no suelta a Noah ni un segundo, manteniéndolo protegido contra su pecho.

—Son padres primerizos, ¿verdad? —pregunta la doctora con una sonrisa comprensiva.

Abro la boca para aclarar la situación, pero me sorprende que Jason simplemente asiente, sin ofrecer explicaciones. Supongo que es más sencillo que entrar en detalles sobre nuestra particular

situación. No debería hacer que un calor dulce se extienda por mi pecho.

Salimos del hospital con la receta, instrucciones detalladas, y un Noah más tranquilo gracias al medicamento que le han administrado. El amanecer está rompiendo en el horizonte, tiñendo el cielo de rosa y dorado, cuando llegamos al apartamento.

—¿Quieres que prepare café? —pregunto mientras entramos, consciente del agotamiento que ambos sentimos.

Jason niega con la cabeza.

—No podré dormir de todas formas —dice, sus ojos fijos en Noah, que finalmente se ha quedado dormido—. Solo quiero que esté bien.

Lo sigo mientras Jason lleva a Noah a su dormitorio en vez de al del bebé. Cuando entra, se tumba directamente en la cama con él sobre su pecho. Es un gesto tan instintivo, tan protector, que algo se agita dentro de mí.

—¿Quieres que vaya por el termómetro? Para controlar su temperatura —sugiero, sintiéndome extrañamente fuera de lugar en el umbral de su habitación.

Jason asiente sin apartar la mirada de Noah. Cuando regreso con el termómetro, ambos observamos ansiosos cómo la temperatura ha bajado ligeramente: 38°C.

—El medicamento está funcionando —le digo, y el alivio en su rostro es casi palpable.

—Gracias a Dios —murmura, ajustando la manta que cubre a Noah—. No quiero moverlo, está tranquilo así. Voy a quedarme con él.

—Deberías intentar dormir un poco —sugiero, notando las profundas ojeras bajo sus ojos.

—No quiero dejarlo —insiste, y hay algo tan crudo en su voz que me conmueve.

—Entonces déjame ayudar, ente los dos podemos vigilarlo mejor —digo, y antes de poder pensarlo mejor, me siento al borde de la cama.

Jason me mira con una expresión indescifrable, como si estuviera evaluando no solo mis palabras, sino algo más profundo.

—Gracias —añade finalmente, y esa única palabra contiene más vulnerabilidad de la que jamás le había escuchado expresar.

Asiento y me acomodo mejor en la cama, apoyándome contra el cabecero. El silencio que sigue solo está interrumpido por la respiración suave de Noah.

No sé en qué momento el cansancio de la noche en vela me alcanza, pero lo siguiente que siento es mi cabeza inclinándose hacia un lado, mis párpados pesados como el plomo. Lucho contra el sueño, determinada a vigilar el estado de Noah, pero es una batalla perdida.

Lo último que veo antes de que mis ojos se cierren es la imagen de Jason con Noah sobre su pecho, ambos con expresiones tan similares incluso en sueños, tan perfectos el uno junto al otro, que me produce un dolor dulce en algún lugar profundo de mi ser.

CAPÍTULO 18

JASON

Me despierto lentamente, emergiendo de un sueño profundo que no recordaba haber experimentado en años. Mi cuerpo se siente pesado, anclado a la cama por un calor reconfortante que me envuelve. Abro los ojos despacio, parpadeando para ajustarme a la luz tenue, y lo primero que veo es a Noah.

Mi hijo duerme plácidamente sobre mi pecho, su pequeño cuerpo subiendo y bajando con mi respiración. Su boca está ligeramente entreabierta, formando una diminuta «o» perfecta, y sus pestañas proyectan sombras delicadas sobre sus mejillas ahora rosadas, sin rastro de la fiebre que nos aterrorizó anoche.

La paz que me invade al verlo así, sano y seguro, es tan profunda que me deja sin aliento. Pero entonces registro otro peso, otra fuente de calor, y giro ligeramente la cabeza.

Y ahí está Cloe.

Se ha quedado dormida a mi lado, tan cerca que puedo contar cada una de sus pecas, ver el aleteo de sus pestañas mientras sueña, sentir su respiración cálida contra mi hombro. Sin el habitual escudo de sarcasmo y desafío, su rostro en reposo muestra una vulnerabilidad que rara vez permite que otros vean.

Pero lo que me deja completamente inmóvil es la posición de su mano. Está extendida sobre el pequeño cuerpo de Noah, como una protección adicional, sus dedos rozando ligeramente mi pecho donde descansa mi hijo. Es un gesto tan instintivo, tan naturalmente protector, que algo se contrae dolorosamente dentro de mí.

En ese momento, congelado en el tiempo, somos una unidad. Los tres conectados físicamente, respirando al unísono en esta cama que nunca antes había parecido un hogar.

Con cuidado de no despertarlos, observo los detalles que normalmente no me permito mirar. El lunar casi imperceptible junto a la comisura de sus labios. La cicatriz diminuta sobre su ceja izquierda. El mechón rebelde que cae sobre su frente y que tengo un impulso irracional de apartar con mis dedos.

Cloe murmura algo en sueños, palabras ininteligibles que suenan como una canción lejana, y su mano se mueve ligeramente sobre Noah, acunándolo más cerca de mí. El gesto es tan maternal, tan perfecto, que siento un nudo formándose en mi garganta.

Y entonces me golpea la comprensión, clara y devastadora como un rayo en cielo despejado: no quiero que esto se acabe.

No quiero volver a despertarme en una cama vacía. No quiero que Noah crezca sin este toque suave sobre su espalda mientras duerme. No quiero una casa ordenada y silenciosa, sin los libros de Cloe desperdigados por todas partes, sin su risa rebotando en las paredes, sin su capacidad para desafiarme y sorprenderme a partes iguales.

El pensamiento me asusta tanto que casi me incorporo de golpe. Yo, que siempre he planeado cada paso de mi vida, que he construido muros a mi alrededor con la precisión de un arquitecto, estoy contemplando algo que nunca había considerado: un futuro compartido. Una familia.

Noah se remueve ligeramente, sus pequeños dedos agarrando mi camiseta como si percibiera mi agitación interna. Instintivamente, coloco mi mano sobre la de Cloe, que sigue protegiendo a mi hijo. Su piel es cálida y suave bajo mi palma, y el contacto envía un hormigueo por todo mi brazo que no tiene nada que ver con el adormecimiento por la posición.

Cloe suspira en sueños, y su cuerpo se acerca imperceptiblemente más al mío, como si buscara mi calor incluso inconsciente. La tentación de rodearla con mi brazo libre es casi insoportable. Quiero atraerla contra mí, completar el círculo, sellar esta unidad que hemos formado accidentalmente.

Pero no lo hago. Porque sé que esto es frágil, temporal. Porque ella está aquí por Noah, no por mí. Porque en unas semanas volverá

a su vida, y yo tendré que aprender a existir en este espacio que ahora parecerá demasiado grande, demasiado vacío sin ella.

Y entonces, como si mis pensamientos la hubieran llamado, sus ojos se abren. Por un momento parece desorientada, parpadeando ante la luz matutina, pero luego su mirada se enfoca en mí. Veo el instante exacto en que registra nuestra posición: Noah entre nosotros, mi mano sobre la suya, nuestros cuerpos separados por centímetros que parecen kilómetros y milímetros a la vez.

Espero ver pánico, vergüenza, la prisa por alejarse. En cambio, me regala algo infinitamente más precioso: una sonrisa adormilada, sin filtros, que transforma su rostro por completo.

—Buenos días —susurra, su voz ronca por el sueño—. ¿Cómo está?

—Mejor —respondo, igualmente en susurros, como si estuviéramos compartiendo un secreto—. La fiebre ha bajado.

Su mirada se dirige a Noah, y la ternura que veo en sus ojos hace que mi corazón se salte un latido. Con cuidado, retira su mano de debajo de la mía para tocar la frente de mi hijo.

—Está fresco —confirma, y el alivio en su voz refleja exactamente lo que siento—. Gracias a Dios.

Nuestras miradas se encuentran sobre la cabeza de Noah, y por un momento, solo un instante robado en el tiempo, hay una comunicación silenciosa entre nosotros. Un reconocimiento mutuo de lo que acabamos de atravesar juntos, del miedo compartido, del alivio que ahora nos une.

Es más íntimo que cualquier beso, más revelador que cualquier palabra que pudiéramos intercambiar.

Y entonces ella rompe el contacto visual, incorporándose lentamente mientras aparta mechones rebeldes de su rostro.

—Deberíamos darle la siguiente dosis —dice, volviendo a ese tono práctico que utiliza cuando quiere mantener las distancias.

—Sí —coincido, lamentando la pérdida del momento.

Pero mientras la observo levantarse de la cama, estirando su cuerpo con movimientos felinos que intento no mirar demasiado fijamente, me permito una certeza: algo ha cambiado entre nosotros.

No es solo el beso que compartimos. No es solo esta noche de vulnerabilidad y preocupación compartida. Es algo más profundo, más fundamental. Como si las placas tectónicas de nuestra relación se hubieran desplazado imperceptiblemente, cambiando para siempre el terreno entre nosotros.

Mientras Cloe desaparece hacia el baño, susurrando algo sobre preparar el medicamento, miro a Noah que sigue dormido contra mi pecho. Su respiración es ahora regular y tranquila, su pequeño cuerpo completamente relajado en la confianza absoluta que solo un niño puede tener.

Y me pregunto, con una mezcla de esperanza y terror que nunca había experimentado, si me atreveré algún día a tener la misma confianza. A bajar las barreras. A arriesgarme a un dolor potencial por la promesa de algo que, hasta hace poco, ni siquiera sabía que deseaba.

Noah abre los ojos en ese momento, esos ojos tan idénticos a los míos, y me mira con una expresión de curiosidad serena. Como si estuviera preguntándome: «¿Y ahora qué, papá?»

Y por primera vez en mi vida adulta, no tengo un plan. No tengo una estrategia. Solo tengo este momento, este día perfecto, y la sensación persistente de la mano de Cloe bajo la mía.

Por ahora, quizás, es suficiente.

CAPÍTULO 19

JASON

—¿Dónde está el informe de pediatría? Lo puse justo aquí, sobre la mesa.

Mi voz suena más tensa de lo que pretendo mientras revuelvo entre la montaña de documentos perfectamente organizados en mi escritorio. Los papeles que normalmente mantengo en orden ahora parecen burlarse de mis intentos de control.

—Lo tienes en la mano, Jason —responde Cloe desde la puerta de mi despacho, con Noah apoyado contra su cadera.

Bajo la mirada y, efectivamente, el informe está en mi mano izquierda. Lo he estado sujetando todo el tiempo. Exhalo lentamente, intentando calmar el ritmo acelerado de mi corazón.

—Por supuesto —murmuro, añadiéndolo a la carpeta etiquetada «Noah Brown - Documentación médica».

Cloe se acerca, el sonido suave de sus zapatillas sobre el parqué es apenas audible. Lleva un vestido sencillo color esmeralda que hace que sus ojos parezcan más oscuros, más profundos. Noah juega con el collar que cuelga de su cuello, completamente ajeno a la importancia del día que nos espera.

—Van a llegar en diez minutos —dice, su voz inusualmente gentil —. Y todo está perfecto, Jason. El apartamento está impecable, Noah está vestido como un príncipe, y tienes todos los documentos que podrían pedir y algunos que probablemente ni siquiera sepan que existen.

Intento sonreír, pero siento los músculos faciales rígidos por la tensión. Hoy es el día. La trabajadora social de Servicios Infantiles viene a realizar la evaluación final que determinará si soy apto para

obtener la custodia permanente de Noah. Si mi hijo se queda conmigo para siempre, o si...

No. Ni siquiera puedo contemplar la alternativa.

—¿Y si no es suficiente? —La pregunta escapa de mis labios antes de poder detenerla—. ¿Y si deciden que no estoy preparado? ¿Que mi vida no es adecuada para él?

Cloe deposita a Noah en la alfombra junto a sus juguetes favoritos y se acerca hasta quedar frente a mí. Sin tacones, tiene que levantar la barbilla para mirarme a los ojos, pero hay tanta determinación en su mirada que me siento empequeñecido.

—Mírame, Jason Brown —dice, y hay acero bajo el terciopelo de su voz—. Eres exactamente lo que Noah necesita. Un padre que lo ama con locura, que ha reorganizado toda su vida para acogerlo, que se ha quedado despierto noches enteras cuando estaba enfermo. Un padre que aprendió a cambiar pañales como si hubiera nacido sabiéndolo, que puede preparar un biberón con los ojos cerrados, y que conoce de memoria cada sonido que hace y lo que significa.

Sus palabras me golpean como olas contra un acantilado, erosionando lentamente mis defensas.

—Lo estamos haciendo juntos —objeto débilmente—. Tú has estado aquí. ¿Qué pasará cuando...?

Me detengo, incapaz de completar la frase. *¿Qué pasará cuando te vayas?* Es la pregunta que me atormenta cada noche mientras observo a Noah dormir. Porque lo cierto es que, a pesar de mis esfuerzos, me he vuelto dependiente de Cloe de una manera que va mucho más allá de su ayuda con el bebé.

—Lo harás igual de bien —afirma con convicción—. No necesitas que yo esté aquí para ser un padre maravilloso.

Hay algo en la forma en que lo dice, una nota de tristeza apenas perceptible, que hace que quiera contradecirla. Porque, aunque técnicamente tiene razón —podría cuidar de Noah sin ella— la verdad es que no quiero hacerlo. No quiero que se vaya, no quiero volver a la vida que tenía antes, ordenada y solitaria.

El timbre suena, interrumpiendo el momento, y ambos damos un respingo como adolescentes sorprendidos haciendo algo indebido.

—Ahí están —dice Cloe, y en un gesto impulsivo, toma mi mano y la aprieta brevemente—. Todo saldrá bien.

Su piel es cálida contra la mía, y ese simple contacto actúa como un ancla, devolviéndome a tierra firme. Asiento, enderezando la espalda y ajustándome la corbata en un gesto automático.

—Lo sé —respondo, aunque es una mentira. No lo sé. No puedo saberlo. Pero su confianza en mí me da fuerzas.

Cuando abro la puerta, me encuentro con una mujer de mediana edad, cabello canoso recogido en un moño apretado y ojos que parecen haberlo visto todo. Sarah Matthews, la misma trabajadora social que me entregó a Noah aquel primer día que parece haber ocurrido en otra vida.

—Señor Brown —saluda con un apretón de manos firme—. Es bueno verlo de nuevo.

—Señora Matthews —respondo, haciéndome a un lado para dejarla pasar—. Por favor, adelante.

La acompaña un hombre joven con gafas de montura gruesa y un iPad en la mano, que se presenta como Michael, psicólogo infantil. Sus zapatos perfectamente lustrados y su traje sin una arruga me recuerdan a mí mismo, y por alguna razón, eso me tranquiliza ligeramente.

Les guío hacia el salón, donde Cloe está sentada en la alfombra junto a Noah, ayudándole a construir una torre con bloques de colores. Cuando nos ve entrar, se levanta con esa gracia natural que siempre me ha fascinado, pero que a la vez no me permitía admirar.

—Esta es Cloe Martínez —la presento—. Ha estado ayudándome con Noah durante estas semanas.

Cloe estrecha sus manos con una sonrisa cálida.

—Encantada de conocerlos. ¿Les apetece un café o un té?

—Un café estaría bien, gracias —responde Sarah, mientras Michael declina educadamente.

Mientras Cloe se dirige a la cocina, yo me siento en el sofá frente a nuestros visitantes, sintiendo cómo la tensión se acumula en mis hombros como bloques de hormigón.

—Veo que Noah se ha adaptado bien —comenta Sarah, observando cómo mi hijo sigue concentrado en su torre de bloques,

intentando poner uno azul en la cima con determinación.

—Sí, ha sido... sorprendentemente fácil —respondo, y casi me río ante lo absurdo de mi propia afirmación.

Nada ha sido fácil. Ha sido el reto más difícil de mi vida, una montaña rusa de emociones que nunca creí poseer. Pero de alguna manera, también ha sido lo más natural del mundo, como si una parte de mí hubiera estado esperando toda la vida para ser el padre de Noah.

Sarah asiente, tomando notas en una libreta mientras Michael se acerca a Noah y se sienta junto a él en la alfombra. Observo con el corazón en un puño cómo mi hijo levanta la mirada, evaluando al desconocido con esa intensidad que ha heredado de mí.

—Hola, Noah —dice Michael con voz suave—. ¿Puedo jugar contigo?

Noah, como toda respuesta, alarga su mano para poder tocarle. No me puedo imaginar estar separado de él.

La siguiente hora transcurre en una nebulosa de preguntas, algunas directas, otras sutilmente disfrazadas en conversación casual. Me interrogan sobre mi horario laboral, mis planes para el cuidado de Noah cuando regrese al despacho a tiempo completo, las adaptaciones que he realizado en el apartamento. Michael evalúa a Noah discretamente mientras juegan, observando su desarrollo motor, su capacidad de atención, sus respuestas sociales.

Cloe se mueve por el espacio con naturalidad, sirviendo café, respondiendo preguntas cuando se las dirigen, complementando mis respuestas cuando es necesario, pero manteniéndose respetuosamente en segundo plano. Es una danza perfectamente sincronizada que hemos desarrollado sin darnos cuenta.

—¿Y cuál es exactamente su relación con la familia, señorita Martínez? —pregunta Sarah en un momento dado, sus ojos agudos evaluando cada gesto, cada mirada entre nosotros.

Siento cómo mi pulso se acelera. Es una pregunta simple, pero cargada de implicaciones. ¿Qué somos Cloe y yo el uno para el otro? Más que conocidos, ciertamente. ¿Amigos? Parece insuficiente después de todo lo que hemos compartido. ¿Algo más? No me atrevo a ponerle nombre.

—Soy amiga de la familia —responde Cloe con una naturalidad que envidio—. Conozco a Jason desde hace muchos años a través de su hermana Ava, que es mi mejor amiga. Cuando Noah llegó tan inesperadamente, le ofrecí mi ayuda temporal mientras Jason se adaptaba a la paternidad. Vengo de una familia muy numerosa y tengo mucha experiencia con los niños.

Es una respuesta perfecta: honesta pero incompleta. No menciona nuestro beso, las noches que hemos pasado velando juntos a Noah, las miradas que intercambiamos cuando creemos que el otro no está prestando atención. Ni que antes no éramos capaces de estar en el mismo espacio sin acabar discutiendo.

—Muy generoso por su parte —comenta Sarah, su expresión es indescifrable—. ¿Y hasta cuándo planea quedarse?

Algo se tensa en mi interior, como una cuerda a punto de romperse. Es la pregunta que flota entre nosotros como un fantasma cada vez que nos miramos durante demasiado tiempo.

—Hasta después de Reyes —responde Cloe, y aunque su voz es firme, noto un ligero temblor en sus manos—. Para entonces, Jason estará más que preparado para seguir solo, contratando a una niñera al pasar las fiestas, y yo volveré a mi apartamento y a mi trabajo.

Volveré a mi apartamento. Volveré a mi trabajo. Sus palabras caen como piedras en mi estómago. Quedan menos de tres semanas para Reyes. Veintiún días antes de que Cloe salga por esa puerta y nuestra extraña familia improvisada se disuelva como si nunca hubiera existido.

—Entiendo —Sarah hace otra anotación en su libreta—. ¿Y ya tiene arreglado el cuidado infantil para cuando la señorita Martínez se marche, señor Brown?

Asiento, demasiado rápido.

—Estoy entrevistando a varias niñeras recomendadas por la agencia que utiliza mi socio Adrian Cross para sus gemelas —explico, recitando el plan que he elaborado meticulosamente—. También he negociado un horario flexible con mi bufete que me permitirá trabajar desde casa tres días a la semana durante los próximos seis meses.

Michael regresa a sentarse junto a Sarah, dejando a Noah concentrado en un nuevo juguete, un rompecabezas simple que parece fascinarle.

—Noah muestra un desarrollo apropiado para su edad —informa —. Sus habilidades motoras y cognitivas están dentro de los parámetros esperados, y presenta un apego seguro tanto con el señor Brown como con la señorita Martínez. Está bien alimentado, cuidado y estimulado adecuadamente.

Una ola de alivio me recorre, pero sé que no es suficiente. Un niño sano no garantiza que yo sea considerado un padre adecuado.

Sarah cierra su libreta y guarda su pluma con un movimiento preciso.

—Hemos terminado por hoy, señor Brown —anuncia—. Compilaremos nuestro informe y recibirá nuestra decisión por correo en los próximos días.

—¿No pueden decírmela ahora? —Las palabras salen más desesperadas de lo que pretendía.

—Lo siento, pero debemos seguir el protocolo —responde, y por primera vez, veo un atisbo de simpatía en sus ojos—. Debo decir, sin embargo, que Noah parece estar prosperando bajo su cuidado.

Es lo más cercano a una aprobación que obtendré hoy, y me aferro a ello como un náufrago a una tabla.

Mientras los acompaño a la puerta, Sarah se detiene un momento y me mira directamente a los ojos.

—Cuando lo conocí confieso que tuve mis dudas sobre su capacidad para adaptarse a la paternidad tan repentinamente —dice en voz baja—. Me alegra ver que mis preocupaciones eran infundadas.

Asiento, incapaz de hablar a través del nudo en mi garganta.

—Gracias por venir —consigo decir finalmente—. Esperaré su carta.

Cuando cierro la puerta tras ellos, me quedo inmóvil un momento, intentando procesar todo lo ocurrido. La visita ha ido bien, creo. Noah estaba en su mejor momento, el apartamento impecable, mis respuestas preparadas y coherentes. Pero ¿será suficiente?

—Se han ido por fin —dice Cloe, acercándose con Noah en brazos —. Y todo ha salido de maravilla.

—No lo sabemos aún —respondo, pasándome una mano por el pelo, descolocándolo—. No nos han dicho nada concreto.

—Jason —Cloe coloca una mano en mi brazo, y el calor de su palma traspasa la tela de mi camisa—. Si hubieran visto algo preocupante, te lo habrían dicho inmediatamente. Son protocolos. Tienen que revisar el papeleo, firmar informes, pero está claro que van a darte la custodia.

Quiero creerle. Necesito creerle. Pero hay una parte de mí, la parte que siempre espera lo peor, que no puede evitar imaginar la posibilidad de perder a Noah.

—Mi vida es un caos ahora —murmuro, observando el salón que, aunque ordenado para la visita, muestra signos inequívocos de la presencia de un bebé: juguetes en la alfombra, una manta de colores sobre el sofá, un sonajero abandonado sobre la mesa de café—. ¿Y si deciden que no es el ambiente adecuado?

Cloe suelta una risa suave, tan genuina que me saca de mi espiral de ansiedad.

—Jason, la vida de todos los padres del universo es un caos — dice, con esa certeza que siempre me ha fascinado—. Los niños son caos por definición. Son imprevisibles, desordenados, ruidosos. Y aun así, los queremos con toda el alma precisamente por eso. Porque nos sacan de nuestra zona de confort y nos obligan a vivir realmente.

Sus palabras encuentran eco en algo profundo dentro de mí. Porque tiene razón. A pesar del desorden, a pesar de las noches sin dormir, a pesar de los horarios trastocados y los planes arruinados, estas semanas con Noah han sido las más vivas que he experimentado jamás.

Y no las cambiaría por nada del mundo.

Y gran parte de ello se debe a la mujer que tengo delante, con mi hijo apoyado contra su cadera como si siempre hubiera pertenecido allí.

—Tengo miedo —confieso en voz baja, las palabras escapando antes de que pueda detenerlas—. No solo de la decisión de Servicios

Sociales. Tengo miedo de cuando te vayas.

Sus ojos se agrandan, sorprendidos por mi franqueza. Por un momento, parece que va a decir algo importante, algo que cambiará el curso de lo que sea que existe entre nosotros. Pero entonces Noah suelta un chillido alegre, rompiendo la tensión del momento, y el hechizo se rompe.

—Todavía me tienes aquí —responde finalmente, su voz un poco más ronca de lo normal—. Y te aseguro que cuando me vaya, estarás más que preparado para ser el padre que Noah necesita. Ya lo estás, de hecho.

Asiento, aunque lo que quiero decirle es que no se trata solo de estar preparado para ser padre. Se trata de la soledad que volverá a instalarse en estas paredes cuando ella se marche. Del vacío que dejará no solo en la vida de Noah, sino en la mía.

Pero no digo nada de eso. En su lugar, estiro los brazos para coger a Noah, que viene a mí sin dudarlo, con esa confianza absoluta que siempre me asombra.

—¿Qué te parece si celebramos que hemos sobrevivido a la visita con helado para el almuerzo? —sugiere Cloe, con esa sonrisa que ilumina todo su rostro—. Por una vez, creo que podemos saltarnos tu sagrado horario de comidas balanceadas.

Y mientras veo cómo se dirige a la cocina, con ese andar despreocupado que tanto contrasta con mi rigidez habitual, me permito imaginar por un momento cómo sería si este arreglo no fuera temporal. Si pudiera convencerla de quedarse. Si pudiéramos ser una familia de verdad.

Es un pensamiento peligroso. Uno que no debería permitirme.

Pero mientras abrazo a Noah, sintiendo su pequeño corazón latir contra el mío, me doy cuenta de que ya es demasiado tarde para protegerme.

Porque aunque la carta de Servicios Sociales me conceda la custodia de Noah para siempre, hay otra pérdida inminente para la que no estoy preparado en absoluto.

Y no hay horario, plan o estrategia que pueda protegerme de ella.

CAPÍTULO 20

CLOE

Tres días después de la visita de los servicios sociales, la tensión entre Jason y yo ha alcanzado niveles insoportables. Es como si aquel beso que compartimos se hubiera reactivado después de estar adormecido por la enfermedad de Noah y la visita, y ahora hubiera abierto una compuerta que ya no podemos cerrar, pero que tampoco nos atrevemos a cruzar. Nos movemos por el apartamento como dos planetas atrapados en la órbita del otro, siempre conscientes de la presencia del otro, siempre cuidadosos de mantener una distancia segura.

Las noches son las peores. Cuando Noah se duerme y nos quedamos solos, la electricidad en el aire se vuelve casi tangible. Nuestras conversaciones son educadas, triviales, como si ambos temiéramos que una palabra incorrecta pudiera romper este frágil equilibrio que hemos establecido.

Esta noche no es diferente. Después de acostar a Noah, que se ha dormido con facilidad, una pequeña victoria, me encuentro vagando por el apartamento como un alma en pena. La novela en la que debería estar trabajando sigue abierta en mi portátil, el cursor parpadeando con burla en una página medio escrita.

Necesito una ducha. Algo para despejar mi mente, para alejar estos pensamientos que no hacen más que complicar una situación ya de por sí complicada.

Con esta decisión, recojo mi neceser y me dirijo al baño principal, el que está en el pasillo. El de mi habitación tiene la presión de agua más débil de Manhattan, y después de un día persiguiendo a un bebé cada vez más movido, mis músculos necesitan algo más potente.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no registro el sonido del agua corriendo hasta que abro la puerta del baño. Y entonces, me quedo paralizada.

Jason está en la ducha. La mampara de cristal, empañada por el vapor, apenas disimula su silueta: hombros anchos, espalda definida, glúteos perfectamente esculpidos. El agua cae sobre él, recorriendo cada músculo, cada curva de su cuerpo como si estuviera adorándolo.

Debería marcharme. Debería cerrar la puerta y fingir que esto nunca ha ocurrido. Eso es lo que haría una persona sensata.

Pero no me muevo.

Mi cerebro parece haberse desconectado completamente, dejando solo sensaciones primarias: el calor que sube por mi cuello, la sequedad repentina en mi boca, el pulso que se acelera entre mis piernas.

Y entonces, como en una escena de película que está destinada a cambiar el curso de la trama, Jason se gira. Nuestros ojos se encuentran a través del cristal empañado, y durante un segundo eterno, ninguno de los dos reacciona.

Hasta que él abre la puerta de la ducha.

—Cloe —dice, y mi nombre en su boca suena a pecado y salvación a la vez.

El agua sigue cayendo sobre él, recorriendo su torso como si quisiera tentarme a seguir el mismo camino con mis dedos. Y Dios, cómo quiero hacerlo. Pero lo que me roba el aliento, lo que hace que un gemido casi inaudible escape de mi garganta, es la evidencia innegable de su deseo. Su erección está creciendo, gruesa y orgullosa, apuntando directamente hacia mí como una acusación.

—Lo siento —consigo articular, aunque mi voz suena extraña incluso para mí—. No sabía que estabas...

—No pasa nada —responde, su voz ronca, mientras noto cómo su mirada recorre mi cuerpo de arriba abajo, haciendo que mi piel arda bajo su escrutinio.

El silencio entre nosotros es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Veo cómo traga saliva, cómo su nuez de Adán sube y baja. Es evidente que está tan afectado como yo por esta situación.

—Debería irme —digo, pero mis pies siguen clavados en el suelo, traicionándome.

—O podrías quedarte —sugiere, su voz bajando a un tono que nunca le había escuchado antes.

El vapor nos envuelve, creando una atmósfera casi onírica, como si estuviéramos en un mundo separado de la realidad. Un mundo donde no existen las consecuencias.

—Jason —susurro, consciente de que estamos al borde de un precipicio—. Esto es...

—Inevitable —completa, y algo en esa palabra rompe mis últimas defensas.

Porque tiene razón. Esto ha sido inevitable desde el momento en que crucé el umbral de su puerta. Esta tensión, esta atracción que nos ha estado consumiendo lentamente desde hace años.

Sin embargo, la parte racional de mi cerebro intenta un último esfuerzo.

—Somos adultos —digo, tanto para convencerme a mí misma como a él—. Viviendo juntos. Cuidando a un niño. Es... es normal que haya cierta... tensión.

Sus ojos se oscurecen, y veo cómo su erección se tensa aún más ante mis palabras. Es hipnótico.

—Mucha tensión —confirma, su voz es un gruñido bajo—. Demasiada.

Doy un paso hacia él, incapaz de resistirme más. El vapor humedece mi ropa, haciendo que se pegue a mi piel como una segunda capa.

—Podríamos... —empiezo, sorprendiéndome a mí misma con lo que estoy a punto de sugerir—. Podríamos ayudarnos mutuamente. Para aliviar esa tensión.

Su respiración se vuelve más pesada, más rápida.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunta, aunque por la forma en que sus pupilas se han dilatado, sabe perfectamente a qué me refiero.

—A esto —respondo, cerrando la puerta del baño detrás de mí y dando otro paso hacia él—. A nosotros. A darnos placer el uno al otro. Sin complicaciones. Sin... sentimientos.

Es una mentira tan obvia que casi me río de mí misma. Pero es la única forma en que puedo permitirme esto. Fingir que lo que siento es solo físico. Que es solo para aliviar la tensión acumulada.

—Sin complicaciones —repite, y puedo ver el escepticismo en su mirada—. ¿Crees que eso es posible?

—No lo sé —admito honestamente—. Pero sé que, si no hacemos algo al respecto, vamos a volvernos locos. Y eso afectará a Noah.

La mención de su hijo parece traer un momento de claridad a Jason. Veo cómo considera mis palabras, cómo las sopesa.

—Somos adultos —repite mis palabras anteriores—. Podemos manejar esto. Podemos... separar las cosas.

Y entonces, como sellando un pacto con el diablo, me quito la camiseta con un solo movimiento. El aire frío, mezclado con el vapor, hace que mis pezones se endurezcan bajo el sujetador.

La mirada de Jason es tan intensa que casi puedo sentirla físicamente sobre mi piel. Veo cómo traga saliva, cómo sus manos se abren y cierran a los costados, como si estuviera conteniendo el impulso de tocarme.

—Estás segura de esto? —pregunta, y es la última barrera, la última oportunidad de echarnos atrás.

Como respuesta, me deshago del sujetador. Mis pechos quedan libres, expuestos a su mirada hambrienta.

—Completamente —respondo, desabrochando mis vaqueros—. ¿Y tú?

Su respuesta es salir completamente de la ducha, su cuerpo mojado a centímetros del mío. Puedo sentir el calor que irradia, oler el aroma a jabón mezclado con algo más primitivo, más masculino.

—Desde que te vi entrar por mi puerta con esa actitud desafiante —confiesa, su voz un gruñido bajo—, he querido esto.

Y entonces, sus labios están sobre los míos. El beso es completamente diferente al que compartimos días atrás. Este es salvaje, hambriento, casi desesperado. Sus manos se enredan en mi pelo, tirando ligeramente para inclinar mi cabeza y profundizar el beso. Su lengua invade mi boca, dominante y exigente, y me encuentro rindiéndome por completo.

Su erección presiona contra mi vientre, dura como el acero y pulsante de necesidad. Deslizo mi mano entre nuestros cuerpos para tocarla, y el gruñido que escapa de su garganta cuando mis dedos se cierran alrededor de su longitud me hace sentir poderosa.

—Joder, Cloe —murmura contra mi boca, su respiración entrecortada—. No tienes idea...

No termina la frase, porque en ese momento mi pulgar recorre la punta de su miembro, extendiendo la humedad que encuentro allí. Sus caderas se sacuden involuntariamente, presionando más firmemente contra mi mano.

—Parece que alguien necesita desesperadamente alivio —susurro contra sus labios, incapaz de resistir la tentación de provocarlo.

Sus ojos, cuando los abre para mirarme, son pura lujuria apenas contenida.

—No tienes ni idea —repite, y hay algo casi doloroso en su tono.

Sin previo aviso, me levanta y me sienta en el borde del lavabo. El mármol frío contra mis muslos desnudos me arranca un jadeo de sorpresa. Sus manos recorren mis piernas, desde los tobillos hasta los muslos, separándolos para acomodarse entre ellos.

—¿Sabes cuántas veces te he imaginado así? —murmura, su voz tan baja que apenas lo escucho sobre el sonido de la ducha aun corriendo—. ¿Cuántas noches me he quedado despierto pensando en cómo sabrías?

Sus palabras encienden un fuego en mi interior que amenaza con consumirme por completo. Nunca he estado tan excitada en mi vida, tan desesperada por el toque de alguien.

—Muéstramelo —lo desafío, porque incluso en este momento, no puedo evitar ser quien soy.

Una sonrisa lobuna aparece en su rostro, y antes de que pueda prepararme, se arrodilla frente a mí. Sus manos se deslizan por mis muslos, separándolos aún más, exponiendo completamente mi centro a su mirada.

—Tan hermosa —murmura, su aliento cálido contra mi piel más sensible—. Tan perfecta.

Y entonces, su boca está sobre mí. El primer contacto de su lengua me hace arquear la espalda, un gemido desgarrado

escapando de mi garganta. Es como si supiera exactamente dónde tocar, cómo presionar, cuándo aumentar o disminuir la intensidad.

Sus manos mantienen mis muslos separados mientras su lengua me explora con meticulosa dedicación. Es evidente que Jason Brown aplica el mismo nivel de perfeccionismo a esto que a todo lo demás en su vida. Y yo, que siempre me he burlado de su obsesión por el control, ahora estoy agradecida por ella.

—Jason —jadeo, mis manos enredándose en su pelo húmedo—. Dios, Jason...

Siento su sonrisa contra mí antes de que introduzca un dedo en mi interior, curvándolo hacia arriba con precisión. La combinación de su boca y su mano es demasiado. El orgasmo me golpea como una tormenta eléctrica, haciendo que todo mi cuerpo se tense y luego se deshaga en oleadas de placer que parecen no tener fin.

Cuando finalmente recupero el aliento, abro los ojos para encontrar a Jason mirándome con una expresión de satisfacción primitiva. Hay algo increíblemente erótico en verlo así, arrodillado entre mis piernas, su boca brillante con la evidencia de mi placer, su erección aún dura y necesitada.

Sin decir una palabra, intercambio nuestras posiciones. Ahora soy yo quien está arrodillada ante él, y la forma en que me mira, con esa mezcla de sorpresa y anticipación, hace que mi centro pulse nuevamente con deseo renovado.

—No tienes que... —comienza, pero lo silencio colocando un dedo sobre sus labios.

—Quiero hacerlo —digo simplemente, y antes de que pueda protestar, cierro mi mano alrededor de su longitud.

Es terciopelo sobre acero, caliente y pulsante bajo mis dedos. Lo acaricio experimentalmente, fascinada por cómo responde a mi toque, cómo se tensa y relaja, cómo un gruñido escapa de su garganta cuando paso mi pulgar sobre la punta.

Y entonces, manteniendo mis ojos fijos en los suyos, bajo mi cabeza y lo tomo en mi boca.

El sonido que hace —mitad gemido, mitad gruñido— es posiblemente lo más erótico que he escuchado en mi vida. Sus

manos vuelan a mi pelo, no para dirigirme, sino simplemente para anclarse a algo mientras empiezo a moverme sobre él.

—Joder, Cloe —murmura, su voz rota por el placer—. Se siente... increíble.

Sus palabras me empoderan, me hacen querer darle todo el placer posible. Alterno entre movimientos largos y lentos y succiones más intensas, aprendiendo lo que le gusta, lo que le hace tensarse y maldecir entre dientes.

—Para —dice de repente, sus manos apretándose en mi pelo—. Voy a...

Me separo lo justo para responder:

—Esa es la idea, Jason —digo, y vuelvo a tomarlo en mi boca, esta vez con renovada determinación.

Pero Jason tiene otros planes. Con una fuerza controlada, me levanta hasta que estoy de pie frente a él.

—No quiero que acabe todavía. Esto no era lo planeado —dice, su voz entrecortada—. No lo hemos discutido. Me encantaría follarte pero no tenemos protección y...

Me río, no puedo evitarlo. Incluso en un momento como este, Jason necesita tener un plan, seguir un protocolo.

—¿No has aprendido nada todavía? —pregunto, sosteniendo su rostro entre mis manos—. Las mejores cosas de la vida no se planifican. Suceden. Y están bien así.

Algo cambia en su mirada, una comprensión que va más allá del momento presente. Pero antes de que pueda descifrarla, me levanta en un movimiento fluido y me sienta sobre el lavabo nuevamente.

—Tienes razón —concede, y su tono contiene una nota de sorpresa, como si acabara de tener una revelación—. Eso significa que podemos ser... creativos.

Y entonces, sus manos están en todas partes: en mis pechos, en mi cintura, entre mis piernas. Me toca como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel, cada curva, cada punto sensible.

—Déjame terminar lo que empecé —digo, intentando alcanzarlo nuevamente, pero él niega con la cabeza.

—Después —promete, y hay algo en su tono que me hace estremecerme de anticipación—. Ahora quiero verte correrte otra

vez.

Sus dedos encuentran mi centro, todavía sensible por el orgasmo anterior, y comienza a acariciarme con precisión devastadora. Al mismo tiempo, su boca se cierra alrededor de uno de mis pezones, succionando suavemente antes de mordisquearlo. La combinación de sensaciones es abrumadora.

—Jason —jadeo, mis manos aferrándose a sus hombros como si fueran mi único ancla en un mar de sensaciones—. No puedo... es demasiado...

—Puedes —afirma con esa confianza absoluta que siempre me ha irritado y fascinado a partes iguales—. Y lo harás. Para mí.

Y como si mi cuerpo estuviera programado para obedecerle, siento cómo un segundo orgasmo comienza a construirse en mi interior, más intenso que el primero. Cuando llega, es como si todo mi cuerpo se fragmentara en millones de piezas, solo para ser reconstruido por las manos de Jason.

Apenas he recuperado el aliento cuando noto que está utilizando su propia mano para darse placer, sus ojos fijos en mí como si la visión de mi clímax fuera el afrodisíaco más potente del mundo.

—Déjame —digo, apartando su mano y reemplazándola con la mía.

Su respiración se vuelve errática mientras lo acaricio, y sé que está cerca. Puedo verlo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que sus caderas se mueven involuntariamente contra mi mano.

—Cloe —advierte, su voz apenas un gruñido—. Voy a...

—Hazlo —lo animo, aumentando el ritmo—. Quiero verte.

Con un gemido que intenta ahogar mordiéndose el labio, Jason alcanza el clímax. Es posiblemente lo más erótico que he visto: su rostro abandonando por completo ese control férreo que siempre mantiene, sus ojos cerrados en éxtasis puro, su cuerpo temblando bajo mis manos.

Cuando finalmente se recupera, me mira con una expresión que no puedo descifrar completamente. Hay satisfacción, sí, pero también algo más, algo que parece casi... vulnerable.

El momento se rompe cuando el sonido del llanto del bebé nos devuelve bruscamente a la realidad. Noah se ha despertado, sus

pequeños quejidos indicando que pronto comenzará a llorar en serio.

—Yo iré —dice Jason, besándome brevemente en la frente antes de alcanzar una toalla para cubrirse—. Tú... dúchate si quieres.

Y así, tan rápido como todo comenzó, me quedo sola en el baño lleno de vapor, con el eco de nuestros gemidos aún resonando en mis oídos y la sensación de sus manos todavía grabada en mi piel.

No sé qué ha sido esto exactamente. No sé si hemos cometido un error colosal o si hemos encontrado una solución práctica a la tensión que nos estaba consumiendo. Lo único que sé es que, por más que intentemos convencernos de que esto ha sido solo algo físico, solo un alivio temporal, hay algo más aquí.

Algo que ninguno de los dos está preparado para nombrar todavía.

Y mientras me meto bajo el chorro de agua caliente, me pregunto cuánto tiempo podremos seguir mintiéndonos a nosotros mismos.

CAPÍTULO 21

JASON

El sobre de los Servicios Sociales del Condado de Nueva York está sobre la mesa del recibidor, exactamente donde lo dejó el portero hace quince minutos. No he sido capaz de tocarlo todavía. Ese trozo de papel contiene todo mi futuro y el de Noah en sus entrañas.

Cloe está en el salón con mi hijo, haciéndole cosquillas en la barriga mientras él suelta esas carcajadas que me siguen pareciendo el sonido más perfecto del universo. No saben que la carta ha llegado. No saben que estoy aquí, paralizado, mirando el sobre como si fuera una bomba a punto de estallar.

Respiro hondo. Una, dos, tres veces. El oxígeno no parece llegar correctamente a mi cerebro, y la sensación de ligereza en mi cabeza resulta inquietante. Nunca he sido un hombre que tema enfrentarse a las consecuencias de sus actos, pero esto... esto es diferente. Esto es sobre Noah.

Mis dedos finalmente se cierran alrededor del sobre. Es más pesado de lo que esperaba, como si las palabras en su interior tuvieran peso físico. Con meticulosa precisión, paso el dedo por debajo de la solapa, abriéndola limpiamente. El papel cruje, un sonido que me parece ensordecedor en el silencio del recibidor.

La carta está encabezada con el sello oficial del estado de Nueva York. Despliego el documento y mis ojos saltan automáticamente a la parte central, buscando las palabras que podrían cambiar mi vida para siempre.

Y ahí están.

«...se concede la custodia legal permanente de Noah Brown al señor Jason Brown, con todos los derechos y responsabilidades que conlleva la paternidad plena...»

El aire abandona mis pulmones en una exhalación que no sabía que estaba conteniendo. Las letras parecen bailar frente a mis ojos mientras releo la frase una y otra vez, asegurándome de que no estoy malinterpretando nada.

Es mío. Noah es legalmente mío. Para siempre.

La emoción me golpea con tanta fuerza que tengo que apoyarme contra la pared. Es una sensación abrumadora que nace en mi pecho y se expande por todo mi cuerpo, como una onda expansiva de calor y alivio y algo más profundo, más primitivo. Algo que solo puede llamarse amor en su estado más puro.

Sin ser consciente de mis movimientos, mis piernas me llevan hasta el salón. Veo a Cloe tumbada en la alfombra, con Noah sentado sobre su estómago, ambos riendo de algo que acaba de hacer mi hijo. La imagen es tan perfecta, tan íntima, que por un momento dudo en interrumpirla.

Pero entonces Cloe levanta la mirada, y algo en mi expresión debe alertarla, porque su sonrisa se desvanece, reemplazada por una mirada interrogante.

—¿Jason? —pregunta, incorporándose lentamente, sosteniendo a Noah contra su cadera—. ¿Ha pasado algo?

No puedo hablar. Las palabras se han atascado en mi garganta, formando un nudo que amenaza con asfixiarme. En su lugar, levanto la carta, mostrándosela.

Veo el momento exacto en que comprende lo que es. Sus ojos se agrandan, y una mano vuela a su boca.

—¿Es...? Te han dado la custodia de Noah, ¿verdad? —susurra, y la esperanza en su voz hace que mi corazón lata aún más fuerte.

Asiento, incapaz todavía de articular palabra. Y entonces sucede: la sonrisa más deslumbrante que he visto jamás ilumina su rostro, transformándolo por completo. Es como ver el amanecer después de la noche más oscura.

—¡Oh, Dios mío! —exclama, y el sonido de su alegría es tan contagioso que Noah comienza a reír también, sin entender qué sucede, pero feliz de compartir nuestra emoción—. ¡Jason, eso es maravilloso!

Y de repente estamos en movimiento. Cloe avanza hacia mí, con Noah en sus brazos, y yo voy hacia ella, como si alguna fuerza magnética nos atrajera el uno al otro. Nos encontramos en medio del salón, y sin pensarlo, sin calcular las consecuencias, tomo su rostro entre mis manos y capturo sus labios con los míos.

El beso es diferente a cualquiera que hayamos compartido antes. No es el encuentro apasionado del baño, ni la explosión tentativa de aquel primer beso. Este es pura emoción desbordada, alegría y gratitud y algo más que no me atrevo a nombrar fluyendo entre nosotros como electricidad.

Cloe se queda inmóvil durante un segundo, claramente sorprendida por mi arrebato. Pero luego, para mi absoluto deleite, sus labios se suavizan bajo los míos, respondiendo con igual entusiasmo. Noah está atrapado entre nosotros, sus pequeñas manos agarrando mi camisa, pero no parece molesto en absoluto por nuestra súbita proximidad.

El tiempo se detiene mientras nos besamos. Mis manos siguen enmarcando su rostro, sintiendo la suavidad de su piel bajo mis palmas. Su sabor, una mezcla de café con un toque de miel, me embriaga como el mejor whisky. Y el calor de su cuerpo tan cerca del mío enciende cada terminación nerviosa de mi piel.

Y entonces, cuando el beso amenaza con profundizarse, con convertirse en algo más urgente, más peligroso, Noah empieza a hacer ruiditos entre nosotros. No son de molestia, sino más bien esos gorjeos alegres que suelta cuando algo le divierte enormemente. Como si entendiera perfectamente lo que está pasando y lo encontrara absolutamente hilarante.

Nos separamos lentamente, ambos ligeramente sin aliento. Los ojos de Cloe están dilatados, sus labios enrojecidos por nuestro beso, y hay un rubor encantador extendiéndose por sus mejillas. Me mira con una mezcla de sorpresa y algo más cálido, más íntimo.

—Vaya —dice finalmente, su voz ligeramente ronca—. Supongo que estás contento con la noticia.

Una risa se me escapa, sorprendiéndome incluso a mí mismo. No recuerdo la última vez que me reí así, sin reservas.

—Podría decirse —respondo, y mi voz suena diferente también, más ligera—. Lo siento si... me he dejado llevar.

Ella niega con la cabeza, una sonrisa jugando en la comisura de sus labios.

—No lo sientas —dice, y hay tanta sinceridad en sus palabras que algo se aprieta en mi pecho—. Si hay un momento para dejarse llevar, es este.

Noah, aparentemente aburrido de nuestra conversación, empieza a retorcerse en los brazos de Cloe, claramente queriendo ser parte activa de la celebración. Lo tomo de sus brazos, levantándolo por encima de mi cabeza en un gesto que le encanta. Su risa cristalina llena el salón mientras lo hago girar suavemente.

—¿Oyes eso, campeón? —le digo, bajándolo hasta que estamos cara a cara—. Eres oficialmente un Brown. Para siempre.

—Como si hubiera alguna duda —comenta Cloe, acercándose para acariciar su mejilla—. Eres el mejor padre para él.

Nos quedamos así un momento, los tres juntos, formando un pequeño círculo de felicidad que casi duele por su perfección. Y entonces una idea cruza mi mente.

—Deberíamos celebrarlo —digo, la decisión tomada antes incluso de terminar la frase—. Los tres juntos.

Cloe me mira con curiosidad.

—¿Qué tienes en mente?

—Algo especial —respondo, sintiendo una emoción poco familiar ante la posibilidad de un día sin horarios ni obligaciones—. Algo divertido. ¿Qué te parece ir al acuario? A Noah le encantan los colores brillantes, y hay una nueva exhibición de medusas fosforescentes que podría fascinarle.

—Jason Brown sugiriendo una actividad puramente recreativa —dice Cloe, llevándose dramáticamente una mano al pecho—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con el robot controlador que conozco?

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Muy graciosa. ¿Vienes o no?

—No me lo perdería por nada del mundo —responde, y hay tal calidez en su mirada que siento un revoloteo ridículo en el estómago —. Dame diez minutos para cambiarme y podemos irnos.

Mientras la veo alejarse hacia su habitación, con ese andar ligero que la caracteriza, sostengo a Noah contra mi pecho y me permito un momento de reflexión. Estas últimas semanas han estado llenas de cambios, de incertidumbre, de momentos que nunca imaginé que viviría. Y en medio de todo eso, Cloe ha sido mi constante, mi ancla, mi guía a través de las aguas desconocidas de la paternidad.

Noah apoya su cabecita en mi hombro, un gesto de confianza absoluta que aún me maravilla. Es mío. Legalmente, oficialmente mío. La alegría que siento es tan inmensa que no sé cómo contenerla en mi cuerpo.

Y entonces, como si respondiera a una pregunta que no he formulado en voz alta, Noah levanta su manita y toca mi mejilla, sus ojos—mis ojos—mirándome con adoración.

—Te quiero, pequeño —susurro contra su pelo, palabras que nunca pensé que diría con tanta facilidad—. Más de lo que nunca creí posible.

Y mientras nos preparamos para nuestra celebración improvisada, no puedo evitar pensar que, de alguna manera, hemos formado una especie de familia. Una extraña, imperfecta y temporal, pero una familia al fin y al cabo.

Y por primera vez en mi vida, no tengo miedo de lo que eso significa.

CAPÍTULO 22

CLOE

La luz suave de la mañana se filtra a través de las cortinas, dibujando patrones dorados sobre la pared de mi habitación. Me quedo tumbada un momento, observando cómo el polvo baila en los rayos de sol, intentando reunir la energía para enfrentarme al día.

Anoche apenas pude dormir. Pasamos un día increíble los tres juntos en el acuario. La imagen de Jason arrodillado frente al tanque de los pingüinos, explicándole a Noah sus hábitos a pesar de que su hijo no entiende nada, con esa paciencia infinita, esa sonrisa genuina que rara vez muestra... no deja de repetirse en mi mente como una película en bucle.

Me incorporo lentamente, abrazando mis rodillas contra el pecho. La verdad que he estado evitando durante semanas —o quizás años — se ha vuelto demasiado grande, demasiado evidente para seguir ignorándola. Necesito hablar con alguien antes de que esta revelación me consuma por completo.

Cojo mi teléfono de la mesita de noche y le envío un mensaje rápido a Ava: «¿Puedo pasar a verte hoy? Necesito hablar. Solo nosotras.» Su respuesta llega casi al instante: «Siempre. Te espero con té y galletas.»

Mientras me ducho y me visto, practico mentalmente cómo decirle a Jason que saldré un rato. No debería ser complicado; no necesito darle explicaciones. Pero algo en mi interior sabe que esto no es solo una salida casual. Es el primer paso hacia un reconocimiento que podría cambiarlo todo.

Cuando entro en la cocina, Jason está preparando el desayuno para Noah, que golpea alegremente su bandeja con una cuchara de plástico. La escena doméstica me provoca un nudo en la garganta.

—Buenos días —digo, manteniendo mi voz deliberadamente ligera —. ¿Hay café para mí?

Jason me mira por encima del hombro, y hay algo en sus ojos, algo cálido que no estaba ahí hace unas semanas.

—Por supuesto. Recién hecho —responde, señalando la cafetera —. ¿Has dormido bien?

No. No he dormido en absoluto porque me he dado cuenta de que estoy enamorada de ti y no sé qué demonios hacer al respecto.

—Sí, perfectamente —miento, sirviendo café en mi taza favorita, la que tiene escrito «El caos es parte del plan»—. Por cierto, había pensado pasarme a ver a Ava y las gemelas esta mañana. Hace tiempo que no la veo a solas.

Jason asiente mientras limpia una mancha de plátano de la barbilla de Noah.

—Claro. Noah y yo podemos sobrevivir un par de horas sin ti —bromea, pero hay algo en su tono, una pregunta no formulada que hace que mi estómago se retuerza.

—Genial —respondo con una sonrisa que espero parezca natural —. No tardaré mucho.

Mientras termino mi café, observo a padre e hijo interactuar, y la certeza se asienta en mi interior como una roca: necesito hablar con Ava ya. Necesito poner en palabras lo que estoy sintiendo antes de que me ahogue con ello.

Porque ya no puedo seguir fingiendo que esto no está pasando. Que no me importa. Que podré irme en unas semanas y seguir con mi vida como si este tiempo no hubiera cambiado algo fundamental dentro de mí.

Como si no me hubiera enamorado completamente de Jason Brown y de su hijo y del pequeño mundo que hemos creado juntos.

Estoy en serios problemas.

Contemplo mi reflejo en el espejo del ascensor mientras subo hasta el ático de Ava y Adrian. Tengo las mejillas sonrosadas por el frío de

diciembre, pero hay algo más en mi rostro, un brillo en mis ojos que no he visto en mucho tiempo. Quizá nunca.

El ascensor se detiene con un suave tintineo y las puertas se abren directamente al recibidor. Antes de que pueda llamar al timbre, Ava abre la puerta con una de las gemelas en brazos. Su sonrisa de bienvenida es tan cálida que siento un nudo en la garganta.

—¡Por fin! —exclama, haciéndose a un lado para dejarme pasar—. Llevaba siglos sin verte. Bueno, al menos a ti sola. Sin mi hermano y mi sobrino acaparando toda la atención.

Me envuelve en un abrazo de un solo brazo, con Emma apoyada en el otro, y yo inhalo su aroma familiar: leche de bebé, gel de ducha con aroma a vainilla y ese perfume floral que usa desde la universidad. Es reconfortante y familiar, exactamente lo que necesito ahora mismo.

—No exageres —le digo, quitándome el abrigo y dejándolo sobre el perchero—. Nos vimos la semana pasada.

—Lo que yo decía, hace una eternidad —insiste, guiándome hacia el salón donde Sofia está tumbada en su mantita de actividades—. Además, últimamente siempre vienes con Jason y Noah, que me encanta, pero no es lo mismo. Necesitaba tiempo a solas con mi mejor amiga.

El salón es un caos ordenado: hay mantas, juguetes y biberones por todas partes, pero de alguna manera sigue pareciendo una página de revista de decoración. Típico de Ava, que siempre ha sido capaz de hacer que hasta el desorden parezca estiloso.

—¿Dónde les has dicho que ibas? —pregunta mientras me ofrece una taza de té recién hecho.

—A verte a ti y a las niñas —respondo, aceptando la taza caliente entre mis manos frías—. No es mentira.

—Pero no toda la verdad —añade con una sonrisa perspicaz que me dice que tiene una idea de por qué estoy aquí.

Me dejo caer en el sofá con un suspiro dramático, sintiendo cómo todo el peso de las últimas semanas se asienta sobre mis hombros.

—Estoy jodida, Ava —confieso, mirando fijamente el té humeante —. Completamente y absolutamente jodida.

Ava coloca a Emma junto a su hermana en la mantita y se sienta a mi lado, su rostro una mezcla de diversión y compasión.

—¿Por qué no me cuentas qué ha pasado que te ha dejado en este estado? —sugiere, colocando una mano sobre mi rodilla.

El recuerdo de nuestra salida de ayer me golpea con una claridad dolorosa. Las luces azuladas reflejándose en el rostro asombrado de Noah mientras contemplaba los peces tropicales. La forma en que Jason lo sostenía frente al tanque de las medusas, señalando cada movimiento con una paciencia infinita. Y ese momento, ese maldito momento que no deja de repetirse en mi cabeza...

—Estábamos en la exhibición de los pingüinos —comienzo, sintiendo cómo mi voz se quiebra ligeramente—. Noah estaba emocionadísimo, dando palmadas cada vez que uno de ellos saltaba al agua. Y Jason... —Cierro los ojos, reviviendo la escena—. Jason se arrodilló junto a la barrera de cristal para que Noah pudiera ver mejor, y comenzó a contarle datos sobre los pingüinos. Datos reales, Ava. Como que las parejas de pingüinos emperador permanecen juntas toda la vida y comparten la responsabilidad de cuidar el huevo.

Ava sonríe, pero no me interrumpe.

—Y entonces miró hacia arriba, hacia mí, y me sonrió. No esa sonrisa contenida que siempre tiene, sino una de verdad. Amplia, sincera, con hoyuelos y todo. Y fue como si... como si algo encajara dentro de mí —Me llevo una mano al pecho, donde el corazón me late dolorosamente—. Como si de repente pudiera ver todo con claridad meridiana.

—Estás enamorada de mi hermano —dice Ava, y no es una pregunta.

Las palabras flotan entre nosotras, pesadas y definitivas. Verdaderas.

—Sí —admito por primera vez en voz alta, y es como si una presa se rompiera dentro de mí—. Joder, Ava, estoy perdidamente enamorada de tu hermano. Del mismo hombre con el que llevo años discutiendo. Del señor Control, don Perfección, con su agenda meticulosamente planificada y sus trajes a medida.

Ava suelta una carcajada que sobresalta a las gemelas.

—Lo siento —dice, tapándose la boca—. No me río de ti, es solo que... bueno, no es exactamente una sorpresa.

—¿Qué? —La miro boquiabierta—. ¿Cómo que no es una sorpresa? ¡Nos hemos pasado toda la vida discutiendo! Él cree que soy un desastre caótico sin remedio, y yo pienso que es un robot controlador con un palo metido por el...

—Por favor, Cloe —me interrumpe, poniendo los ojos en blanco—. Esa tensión entre vosotros nunca ha sido odio. Era pura química no resuelta. Adrian y yo lo comentamos.

—¿Lo comentabais? —repito, atónita—. Pero si yo misma no me había dado cuenta hasta ayer.

Ava me mira con esa expresión indulgente que reserva para cuando estoy siendo particularmente obtusa.

—Cloe, cariño, te conozco de toda la vida. Has estado colada por mi hermano desde la primera vez que lo viste. ¿Por qué crees que siempre te ponías tan a la defensiva cuando él entraba en una habitación? ¿Por qué crees que cada conversación entre vosotros acababa siendo un duelo verbal?

Abro la boca para protestar, pero las palabras se evaporan antes de poder pronunciarlas. Porque tiene razón. Ese cosquilleo en el estómago cada vez que Jason aparecía, esa necesidad constante de desafiarlo, de provocarlo, de captar su atención... no era irritación. Era algo mucho más complicado.

—Dios mío —murmuro, hundiendo el rostro entre mis manos—. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—El autoengaño es un mecanismo de defensa muy poderoso —responde Ava con suavidad—. Especialmente cuando estás protegiéndote de algo que parece imposible.

Levanto la mirada, sintiendo cómo las lágrimas amenazan con derramarse.

—Y lo es, Ava. Es imposible. En nada volveré a mi apartamento. A mi vida. Él seguirá adelante con Noah y yo... —Mi voz se quiebra—. No sé cómo voy a soportarlo.

Ava se acerca más, cogiendo mis manos entre las suyas. Sus ojos, tan parecidos a los de Jason, me estudian con una mezcla de compasión y determinación.

—¿Y por qué tiene que ser así? —pregunta—. ¿Por qué no puedes decirle lo que sientes?

Una risa amarga escapa de mis labios.

—¿Estás de broma? Jason me ve como la niñera caótica y desorganizada que está ayudándole temporalmente. Probablemente está contando los días para recuperar su perfecta vida ordenada.

—Eso no es cierto —contraataca Ava con firmeza—. ¿Sabes lo que me dijo Adrian el otro día? Que nunca había visto a mi hermano tan vivo como desde que tú y Noah estáis con él. Que, por primera vez en su vida adulta, Jason parece realmente feliz.

Algo cálido florece en mi pecho, pero lo aplasto inmediatamente.

—Eso es por Noah —insisto—. No por mí.

—Es por los dos —dice Ava con tal convicción que casi le creo—. Mi hermano puede ser muchas cosas: terco, controlador, obsesivo con el orden... pero no es estúpido. Tiene que ver lo que está justo delante de sus narices: que formáis una familia, los tres juntos.

La palabra «familia» me golpea como un puñetazo al estómago. Porque es exactamente así como se siente. Como una familia. Nosotros tres contra el mundo.

—Incluso si eso fuera cierto —digo, intentando mantener mi voz firme—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Declararme? ¿Arruinar todo lo que hemos construido?

—No estoy diciendo que te declares —responde, apretando mis manos—. Solo que... bajes las defensas. Que te permitas sentir sin fingir que no es nada. Que le des la oportunidad de ver a la verdadera Cloe, no a la que está constantemente luchando contra él.

Me quedo en silencio, absorbiendo sus palabras. Bajar las defensas. Como si fuera tan sencillo. Como si no llevara años construyendo muros alrededor de mi corazón precisamente para protegerme de hombres como Jason Brown: intensos, poderosos, capaces de destrozarme por completo.

—Tengo miedo —confieso en un susurro—. No solo de que me rechace, sino de que me acepte. De que esto sea real y luego, de alguna manera, lo arruine todo. Como siempre hago.

Ava suelta mis manos para tomar mi rostro entre las suyas, obligándome a mirarla directamente.

—Escúchame bien, Cloe Martínez —dice con una intensidad que me recuerda dolorosamente a su hermano—. Eres la persona más leal, valiente y auténtica que conozco. Has estado a mi lado en los peores momentos de mi vida y nunca has fallado. Si hay alguien que merece ser amada exactamente como es, eres tú. Y si hay alguien capaz de lidiar con mi hermano y todas sus manías, también eres tú.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se derraman, deslizándose por mis mejillas en cálidos regueros.

—¿Y si no siente lo mismo? —pregunto, dando voz a mi mayor miedo—. ¿Y si para él solo es sexo? ¿Solo aliviar la tensión?

El rostro de Ava refleja sorpresa por un segundo antes de que una sonrisa pícara curve sus labios.

—¿Sexo? ¿Ya habéis...?

El calor sube por mi cuello hasta mis mejillas, y me doy cuenta demasiado tarde de lo que acabo de revelar.

—Yo... nosotros... —balbuceo—. No exactamente. Solo ha sido... Oh, Dios, no puedo creer que esté hablando de esto contigo. ¡Es tu hermano!

Ava suelta una carcajada que parece liberarla de toda tensión.

—Y tú eres mi mejor amiga —responde, secando una de mis lágrimas con el pulgar—. Y estoy feliz por los dos. Aunque necesitaré terapia para borrar ciertos comentarios de mi mente.

No puedo evitar reírme a través de las lágrimas. Es tan típico de Ava, encontrar el lado humorístico incluso en los momentos más emocionales.

Una de las gemelas —Sofia, reconozco por el pijama con patitos— empieza a quejarse desde la mantita, y Ava suspira.

—El deber me llama —dice, levantándose para atender a su hija —. Pero escúchame, esta conversación no ha terminado. Y mi consejo sigue en pie: baja las defensas, Cloe. Permítete sentir. Permítete soñar. La vida es demasiado corta para seguir fingiendo que no quieres lo que realmente quieres.

Mientras la observo levantar a Sofia con esa mezcla de fatiga y amor absoluto que define la maternidad, sus palabras siguen resonando en mi mente. Bajar las defensas. Permitirme sentir.

El problema es que ya siento. Siento tanto por Jason Brown que me aterra. Siento tanto por Noah que la idea de separarme de él me provoca un dolor físico. Siento tanto por esa pequeña familia improvisada que hemos creado que no sé cómo voy a sobrevivir cuando llegue el momento de dejarla atrás.

Y lo peor de todo es que ahora, gracias a Ava, me doy cuenta de que quizás siempre ha sido así. Quizás siempre he estado enamorada de Jason Brown, escondiendo mis sentimientos tras una fachada de irritación y desafío. Quizás todo este tiempo, mientras me burlaba de su rigidez y su obsesión por el control, lo que realmente quería era que me mirara. Que me viera. Que me encontrara tan irresistible como yo lo encontraba a él.

Y ahora que lo hace, ahora que hemos cruzado esa línea, tengo tanto miedo de perderlo todo que no sé cómo dar el siguiente paso.

—¿Un penique por tus pensamientos? —pregunta Ava, regresando con Sofia calmada en sus brazos.

—No valen tanto —respondo con una sonrisa trémula.

—Yo creo que sí —dice, y hay tanta fe en su mirada que casi me convence—. Creo que valen mucho más de lo que tú misma crees.

Y mientras me levanto para ayudarla con las gemelas, me pregunto si tiene razón. Si quizás, solo quizás, lo que siento por Jason es algo por lo que vale la pena arriesgarlo todo.

Incluso mi propio corazón.

CAPÍTULO 23

CLOE

El ático de Adrian y Ava resplandece con luces navideñas que se reflejan en cada superficie brillante, creando un ambiente mágico que me envuelve en calidez desde el momento en que cruzamos el umbral. El aroma a canela, naranja y clavo de olor flota en el aire, mezclándose con el olor irresistible de la cena que se cuece a fuego lento. Villancicos suaves suenan de fondo, como una banda sonora perfecta para esta Nochebuena que, contra todo pronóstico, me tiene con el corazón en un puño.

—¡Feliz Nochebuena! —nos recibe Ava, radiante en un vestido rojo que realza su figura post-parto, abrazándonos uno a uno mientras entramos. Sus ojos se detienen un segundo más en mí, con esa mirada cómplice que me dice que recuerda perfectamente nuestra conversación de hace unos días.

Noah, en brazos de Jason, está absolutamente fascinado por el enorme árbol de Navidad que preside el salón. Sus pequeñas manos intentan alcanzar las luces centelleantes, y sus ojos verdes —tan idénticos a los de su padre— están abiertos de par en par con asombro infantil.

—El espíritu navideño ha explotado en este sitio —comenta Jason a mi lado, pero su tono no es de crítica sino de genuina diversión.

Adrian aparece desde la cocina, con un delantal y una copa de vino en la mano.

—Bienvenidos a la locura —nos saluda, dándole a Jason un abrazo con palmada incluida—. Ava ha estado cocinando y decorando desde el amanecer. Creo que ha comprado medio Centro comercial.

—No exageres —protesta ella, pero la sonrisa en su rostro delata su orgullo por haber creado este ambiente festivo.

La cena transcurre en un ambiente de familiaridad que me resulta sorprendentemente natural. Las gemelas duermen en sus moisés junto a la mesa, despertando ocasionalmente para ser alimentadas y mimadas antes de volver a sucumbir al sueño. Noah, por su parte, está sentado en una trona entre Jason y yo, alternando entre jugar con su comida y de hecho comérsela.

—Entonces, ¿cómo va la paternidad, hermano? —pregunta Adrian, sirviéndose más vino—. ¿Ya has superado el pánico inicial?

Jason me mira brevemente antes de responder, y algo en esa mirada me provoca un calor que se extiende desde mi pecho hasta las puntas de mis dedos.

—Ha sido una curva de aprendizaje pronunciada —admite, limpiando distraídamente una mancha de puré de patata de la barbilla de Noah—. Pero creo que lo estamos haciendo bastante bien. O al menos, Noah aún no ha presentado una queja formal.

Todos reímos, y el sonido de la risa de Jason, tan plena y sin reservas, hace que mi corazón dé un vuelco. Es un sonido que escucho cada vez con más frecuencia, y cada vez me resulta más adictivo.

—No lo habría logrado sin Cloe —añade, y la sinceridad en su voz me deja momentáneamente sin respiración—. Ella ha sido... fundamental.

Ava me lanza una mirada significativa, arqueando una ceja en un gesto que claramente dice «¿Ves? Te lo dije».

—Solo he aportado el caos necesario para equilibrar tanto control —respondo, intentando aligerar el momento con una broma.

—Un caos muy necesario —concede Jason, y cuando nuestras miradas se encuentran, el mundo a nuestro alrededor parece difuminarse por un instante.

La cena da paso al intercambio de regalos alrededor del árbol. Noah está absolutamente encantado con el papel brillante, más interesado en arrugarlo y romperlo que en lo que contiene. Sus carcajadas llenan el salón cada vez que consigue hacer un ruido particularmente fuerte con el envoltorio.

—Este es para ti —me dice Jason, extendiéndome un pequeño paquete envuelto en papel plateado.

Lo tomo, sorprendida. No habíamos hablado de intercambiar regalos entre nosotros, solo para Noah. Aunque yo también he preparado algo para él.

—No tenías que... —comienzo, pero él niega con la cabeza.

—Quería hacerlo.

Con dedos ligeramente temblorosos, desenvuelvo el regalo. Es una pequeña caja de terciopelo azul, y cuando la abro, encuentro dentro una pluma estilográfica de plata con mi nombre grabado en un lado.

—Para que escribas esa novela que va a conquistar el mundo —explica, y hay algo tan íntimo en su forma de decirlo que siento un nudo en la garganta—. Sé que has estado luchando con ella, pero creo en ti. Creo en tu talento.

Las palabras me fallan. ¿Jason Brown, el hombre que siempre criticó mi falta de planificación, mi caos creativo, ahora me dice que cree en mí? Es demasiado para procesar.

—Gracias —consigo articular finalmente, consciente de que Ava y Adrian nos observan con sonrisas que no intentan disimular—. Es perfecto.

Le entrego mi regalo para él, súbitamente nerviosa por si parece insignificante en comparación. Es un álbum de fotos que he estado recopilando en secreto, documentando las primeras semanas de Noah con su padre. Cada imagen cuidadosamente seleccionada, cada momento capturado cuando Jason no estaba prestando atención: durmiendo con Noah sobre su pecho, dándole de comer con infinita paciencia, riendo juntos durante el baño.

Observo su rostro mientras pasa las páginas lentamente. Su expresión cambia de sorpresa a una emoción tan pura y sin filtrar que me deja sin aliento.

—No sabía que habías hecho todas estas fotos —dice, su voz apenas un susurro.

—Quería que tuvieras recuerdos de estos momentos —explico—. De cómo comenzó todo.

Levanta la mirada, y lo que veo en sus ojos me sacude hasta los cimientos. Hay gratitud, sí, pero también algo más profundo, más peligroso.

El estómago me da un vuelco de anticipación.

Las horas pasan entre risas, conversación y más vino del que probablemente debería beber. La noche avanza y, casi sin darnos cuenta, se hace demasiado tarde para regresar a casa. Noah está profundamente dormido en un moisés que Ava ha preparado para él, y las gemelas también descansan pacíficamente.

—Quedaos a dormir —sugiere Adrian, recogiendo las últimas copas—. Es tarde, está nevando, y tenemos habitaciones de sobra.

Miro a Jason, esperando su respuesta. Sé lo mucho que valora su espacio, su rutina.

—Es una buena idea —dice, sorprendiéndome—. No me apetece molestar a Noah para el viaje en coche.

Ava nos guía hasta las habitaciones de invitados. Son dos, contiguas y conectadas por un baño compartido.

—Esta para Cloe —dice, abriendo la primera puerta—. Y esta para Jason y Noah —añade, mostrando la segunda.

Nos desea buenas noches con un abrazo y una sonrisa que contiene demasiados significados, y nos deja solos en el pasillo. Un silencio cargado se instala entre nosotros.

—Bueno, supongo que deberíamos dormir —digo, demasiado consciente de su presencia a escasos centímetros.

Jason asiente, pero no se mueve. Parece estar librando algún tipo de batalla interna.

—O podrías... —comienza, y se detiene, como buscando las palabras correctas—. Noah está acostumbrado a tenernos a los dos cerca. Podríamos... podríamos dormir los tres juntos. Solo dormir.

Mi corazón se acelera hasta un ritmo que seguramente no es saludable. ¿Jason me está pidiendo que comparta la cama con él? Claro, con Noah como barrera de seguridad, pero aun así...

—Por Noah —digo, como si necesitara una justificación.

—Por Noah —confirma, pero hay algo en su mirada que sugiere que no es solo por él.

Y así es como termino en una cama extraña, con Noah durmiendo pacíficamente entre nosotros, y Jason a solo un brazo de distancia. La habitación está a oscuras excepto por la luz tenue de la luna que se filtra a través de las cortinas, iluminando su perfil con un resplandor plateado.

—Ha sido una buena Nochebuena —susurra, su voz apenas audible para no despertar a Noah.

—La mejor que recuerdo —confieso, permitiéndome una honestidad que quizás no me atrevería a mostrar a plena luz del día.

—Gracias por el álbum —dice después de un momento—. No sabes lo que significa para mí.

—Y gracias por la pluma —respondo—. Y por creer en mí.

Su mano encuentra la mía en la oscuridad, por encima de la cabecita de Noah. Es un contacto simple, solo sus dedos entrelazados con los míos, pero contiene una intimidad que me deja sin aliento.

—Es fácil creer en ti, Cloe —murmura, y hay tanta sinceridad en su voz que siento lágrimas formándose en mis ojos.

No sé qué responder a eso, así que simplemente aprieto su mano. Nos quedamos así, conectados por ese pequeño punto de contacto, con Noah respirando suavemente entre nosotros.

No intercambiamos más palabras. No hacen falta. En este momento, en esta noche, hemos cruzado algún tipo de línea invisible. No es una declaración de amor, no son promesas de futuro. Es simplemente la aceptación de que, sea lo que sea esto que hay entre nosotros, ya no podemos seguir fingiendo que no existe.

Y mientras el sueño me reclama, con la mano de Jason aun sosteniendo la mía, me permito un momento de esperanza. De que quizás, solo quizás, no soy la única que está cayendo.

La mañana de Navidad llega con el sonido de risas infantiles y el aroma a café recién hecho. Abro los ojos lentamente, desorientada por un instante hasta que los recuerdos de la noche anterior vuelven

a mí. La cama a mi lado está vacía, pero aún conserva la calidez de los cuerpos que la ocupaban.

Me levanto, arreglándome lo mejor que puedo sin tener acceso a mi ropa o maquillaje habituales. Cuando salgo al pasillo, sigo el sonido de voces hasta la cocina.

La escena que encuentro allí hace que mi corazón dé un vuelco. Jason está de pie junto a la isla de la cocina, con Noah sentado en su cadera, mientras conversa con Adrian que prepara tortitas. Ambos hombres están en pijama, con el pelo revuelto y expresiones relajadas. Parece tan... doméstico. Tan natural.

—Buenos días, bella durmiente —me saluda Ava, que está sentada a la mesa dando de comer a una de las gemelas—. ¿Café?

Jason se gira al escuchar mi voz, y la sonrisa que me dedica es tan cálida, tan genuina, que casi puedo sentir físicamente cómo se derriten mis defensas.

—Hemos intentado no despertarte —dice.

Hay algo en su mirada, una suavidad que no estaba ahí antes, que me deja momentáneamente sin palabras.

Creo que sabe que Jason y yo hemos dormido juntos.

—He dormido mejor que en mucho tiempo —admito, aceptando la taza de café que Adrian me ofrece.

Noah, al verme, empieza a retorcerse en los brazos de Jason, claramente queriendo venir conmigo. Cuando lo tomo en mis brazos, se acurruca contra mi cuello con un suspiro satisfecho que me llega directamente al alma.

—Alguien tiene favoritos —bromea Adrian, dando la vuelta a una tortita con destreza.

—Es porque Cloe es más divertida —responde Jason, con una sonrisa que contradice cualquier molestia que sus palabras pudieran sugerir—. Yo soy el aburrido que impone normas.

—¿Jason Brown admitiendo que las normas pueden ser aburridas? —exclamo con fingida sorpresa—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con el verdadero Jason?

Todos nos reímos, y mientras nos sentamos a desayunar, con las gemelas y Noah creando un caos maravilloso a nuestro alrededor, no puedo evitar notar las miradas que Ava nos lanza a Jason y a mí.

Son miradas cargadas de conocimiento, de complicidad, como si pudiera ver algo que nosotros aún no nos atrevemos a admitir.

—Así que... —comienza, con ese tono que indica que se aproxima una pregunta incómoda—. ¿Qué tal habéis dormido? Me he dado cuenta de que solo habéis usado una de las habitaciones…

Jason casi se atraganta con su café, y yo siento mis mejillas arder.

—Perfectamente —responde él, recuperando la compostura—. Noah ha dormido como un tronco.

—Mmm-hmm —murmura Ava, con una sonrisa que no intenta disimular—. ¿Y vosotros?

—También hemos dormido bien —digo, intentando sonar casual—. Gracias por dejarnos quedarnos.

Adrian y Ava intercambian una mirada que dice claramente que no nos creen ni una palabra.

—¿Sabes? —dice Adrian, dirigiéndose a Jason—. Cuando Ava y yo fingíamos que no había nada entre nosotros, también «dormíamos bien». Muy, muy bien, de hecho.

—¡Adrian! —exclama Ava, aunque está claramente divertida—. Hay niños presentes.

—Que no entienden nada —replica él, guiñándonos un ojo.

Jason me mira, y para mi sorpresa, no parece avergonzado o molesto. Hay un brillo de diversión en sus ojos, de complicidad, como si compartiéramos un secreto que nadie más entiende completamente.

El resto del desayuno transcurre entre bromas y conversación ligera, pero hay una corriente subterránea de algo nuevo entre Jason y yo. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, cada vez que nuestras manos se rozan al pasarnos algo, siento una electricidad que no puedo ignorar.

No estamos enamorados, me digo. O al menos, no hemos admitido que lo estamos. Pero estamos abriendo una puerta que hasta ahora habíamos mantenido firmemente cerrada. Estamos permitiéndonos sentir, explorar, descubrir.

Y mientras observo a Jason con Noah en brazos, riendo de algo que Adrian ha dicho, pienso que quizás esto sea suficiente por

ahora. Este momento, esta Navidad, esta sensación de pertenencia que nunca había experimentado antes.

Porque por primera vez en mi vida, no estoy corriendo hacia algo ni huyendo de algo. Simplemente estoy aquí, presente, permitiendo que lo que sea que está creciendo entre nosotros florezca a su propio ritmo.

Y por ahora, eso es suficiente.

CAPÍTULO 24

JASON

Las luces de Manhattan centellean a través de los ventanales del salón como constelaciones terrestres. La nieve cae lentamente, transformando la ciudad en una postal navideña perfecta para esta última noche del año. El calor de la calefacción contrasta con el frío exterior, creando ese ambiente acogedor que solo se consigue en las noches de invierno.

He rechazado tres invitaciones a fiestas de Nochevieja organizadas por socios del bufete. En cualquier otro momento de mi vida, habría asistido sin dudar, sabiendo que las conexiones son fundamentales en mi mundo profesional. Pero esta noche, lo único que deseo es estar aquí, en casa, con las dos personas que han transformado mi existencia en estas últimas semanas.

Noah ya está dormido, agotado después de un día de juegos y emociones. Esta mañana lo llevamos al parque, donde contempló fascinado los copos de nieve que caían sobre su mano enguantada. Cloe le enseñó a sacar la lengua para atraparlos, y yo fotografié el momento, añadiéndolo a ese álbum de recuerdos que ella comenzó para nosotros.

Nosotros. La palabra resuena en mi mente mientras termino de colocar las copas de champán sobre la mesa. Dos copas de cristal tallado que nunca había utilizado hasta hoy. Junto a ellas, hay un surtido de tapas que Cloe ha preparado mientras yo acostaba a Noah: jamón ibérico, queso, aceitunas, pan con tomate. Una mezcla de sabores españoles que ha traído a mi vida junto con su acento ligeramente cantarín cuando se emociona.

El sonido de sus pasos me alerta de su presencia antes de verla. Cuando me giro, la visión me deja momentáneamente sin aliento. Se

ha cambiado los vaqueros y el jersey cómodo que llevaba durante el día por un vestido negro que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel. No es ostentoso ni extravagante, pero la forma en que el tejido abraza sus curvas hace que mi garganta se seque repentinamente.

—¿Es demasiado? —pregunta, y me doy cuenta de que llevo mucho tiempo mirándola en silencio.

—Es perfecto —respondo, y mi voz suena más ronca de lo que pretendía—. Estás... perfecta.

Una sonrisa tímida curva sus labios mientras se acerca. El aroma de su perfume, una mezcla de vainilla y algo floral que no sé identificar, me envuelve como una caricia invisible.

—¿Has conseguido que se duerma? —pregunta, acercándose a la mesa donde he dispuesto la comida.

—Después de tres cuentos y una nana —confirmo, observando cómo se mueve por el espacio con esa gracia natural que siempre me ha fascinado—. Ha caído rendido a mitad de la canción.

Cloe sonríe, y algo en esa sonrisa, en la forma en que ilumina su rostro desde dentro, hace que sienta un tirón en el pecho.

—Es increíble lo mucho que ha crecido en tan poco tiempo —comenta, cogiendo una aceituna—. Cuando llegó apenas se mantenía sentado, y ahora está intentando gatear.

Hay un deje de nostalgia en su voz que no me pasa desapercibido. El tiempo corre inexorable hacia ese día que ambos evitamos mencionar: el día en que ella volverá a su apartamento y yo me quedaré aquí con Noah, intentando seguir adelante sin su presencia constante, sin su risa llenando cada habitación.

La idea me provoca un dolor físico que me sorprende por su intensidad.

—¿Champán? —ofrezco, intentando alejar esos pensamientos.

—Por favor —acepta, sentándose en el sofá frente a la ventana.

Me siento muy agradecido de que haya querido quedarse conmigo a pasar la Nochevieja.

Descorcho la botella con precisión experta y sirvo dos copas, entregándole una mientras me siento a su lado. No demasiado

cerca, pero lo suficiente como para sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Por el nuevo año —propone, elevando su copa.

—Por las sorpresas que nos trajo el anterior —añado, haciendo chocar suavemente mi copa contra la suya.

El cristal tintinea con un sonido claro y limpio que parece resonar en el silencio del apartamento. Bebemos, mirándonos por encima del borde de las copas, y hay tanto no dicho entre nosotros que casi se puede palpar en el aire.

—¿Algún propósito para el año nuevo? —pregunta, rompiendo el silencio.

La pregunta parece simple, pero ambos sabemos que no lo es. En este momento, cualquier conversación sobre el futuro está cargada de implicaciones.

—Ser mejor padre —respondo finalmente—. Aprender a equilibrar el trabajo con Noah. Quizás... —me detengo, dudando si continuar.

—¿Quizás...? —me anima, sus ojos fijos en los míos.

—Quizás encontrar más momentos como este —concluyo, y aunque no es todo lo que quería decir, es lo más cerca que me atrevo a llegar.

Algo cambia en su mirada, un destello que podría ser esperanza o simplemente el reflejo de las luces navideñas que aún decoran el salón.

—Es un buen propósito —dice suavemente, y hay una calidez en su voz que me envuelve como una manta en una noche fría—. Yo también tengo uno.

—¿Cuál? —pregunto, genuinamente curioso.

—Terminar mi novela —responde, pero hay un temblor casi imperceptible en su voz que sugiere que no es todo lo que quería decir.

—La terminarás —afirmo con convicción—. Y será brillante.

Su sonrisa se amplía, y veo un ligero rubor tiñendo sus mejillas. ¿Es por el champán, por mis palabras, o por la forma en que mis ojos se detienen en sus labios?

—¿Tan seguro estás? —pregunta, su tono ligero, pero con un trasfondo de vulnerabilidad.

—Completamente —respondo sin dudar—. Nunca he conocido a nadie que cuente historias como tú. La forma en que hablas, cómo haces que incluso lo más mundano suene fascinante... Es un don.

La confesión sale más sincera de lo que pretendía, y veo la sorpresa reflejarse en su rostro. No suelo hacer cumplidos así, tan directos, tan personales.

—Gracias —dice, y la palabra contiene más emoción de la que cabría esperar—. Significa mucho viniendo de ti.

El silencio que sigue no es incómodo. Es expectante, cargado de posibilidades, como el momento justo antes de que estalle un fuego artificial.

En la televisión, que hemos encendido con el volumen bajo, comienza la cuenta atrás para el año nuevo. Diez. Nueve. Ocho...

Nuestras miradas se encuentran y se mantienen. Siete. Seis. Cinco...

Sin palabras, nos acercamos el uno al otro, como imanes opuestos cediendo a una fuerza invisible. Cuatro. Tres. Dos...

Su aliento se mezcla con el mío, cálido y con un ligero toque a champán. Uno.

El sonido de las campanas marca la medianoche, y nuestros labios se encuentran en un beso que comienza suave, dulce, pero que rápidamente se transforma en algo más profundo, más hambriento. Sus manos suben hasta mi nuca, enredándose en mi pelo, mientras las mías se aferran a su cintura, atrayéndola más cerca.

El sabor del champán en su lengua, mezclado con algo dulce que es únicamente suyo, me embriaga más que cualquier alcohol. Gimo contra su boca cuando sus dientes atrapan suavemente mi labio inferior, tirando ligeramente antes de soltarlo.

—Feliz año nuevo —susurra contra mis labios, su voz ronca por el deseo.

—El más feliz —respondo, y nunca he dicho nada más cierto.

No sé quién de los dos intensifica el beso, pero de repente estamos completamente entregados, explorando, descubriendo, saboreando. Sus manos recorren mi espalda mientras las mías

ascienden por su costado, deteniéndose justo bajo el contorno de su pecho, como pidiendo permiso.

Se separa lo suficiente para mirarme a los ojos, y lo que veo en los suyos —deseo, vulnerabilidad, determinación— hace que mi corazón se salte un latido.

—Jason —dice mi nombre como una caricia—. Quiero... quiero que esta noche sea diferente.

—¿Diferente? —repito, aunque creo entender a qué se refiere.

—Sin barreras —responde, y hay tal honestidad en su voz que me deja sin aliento—. Sin fingir que es solo físico. Sin pretender que no sentimos nada.

Las palabras activan algo primario dentro de mí. Un deseo no solo de poseer su cuerpo, sino de reclamarla en un nivel más profundo, más fundamental.

En lugar de responder con palabras, la beso de nuevo, intentando transmitir con mis labios, con mis manos, con todo mi ser, lo que aún no me atrevo a decir en voz alta.

La levanto en brazos, sorprendiéndola y arrancándole una risa suave que se transforma en un gemido cuando mis labios encuentran un punto sensible en su cuello. La llevo a mi habitación, cerrando la puerta suavemente tras nosotros para no despertar a Noah, aunque la habitación del niño está al otro lado del pasillo.

La luz de la luna que se filtra a través de las cortinas es la única iluminación mientras la deposito con cuidado sobre la cama. El contraste de su vestido negro contra las sábanas blancas es hipnótico, como una pintura en tinta china sobre papel inmaculado.

—Eres tan hermosa —murmuro, mientras mis dedos trazan el contorno de su mandíbula, descendiendo por su cuello hasta el borde de su vestido.

Sus manos me atraen hacia ella, impacientes, y me dejo caer a su lado, recorriendo la curva de su cadera con mi palma. El vestido es una barrera frustrante que anhelo eliminar, pero me tomo mi tiempo, saboreando la anticipación, el lento descubrimiento de cada centímetro de su piel.

Cuando finalmente deslizo la cremallera hacia abajo, exponiendo la columna de su espalda, siento su piel erizarse bajo mis dedos. La

ayudo a quitarse el vestido, y la visión de su cuerpo, apenas cubierto por un conjunto de lencería de encaje negro, me roba el aliento.

—No es justo —se queja con una sonrisa, tirando de los botones de mi camisa—. Estás demasiado vestido.

Me deshago de la camisa con movimientos rápidos, y sus manos inmediatamente exploran mi torso, sus dedos trazando cada músculo, cada plano, como si quisiera memorizar mi cuerpo mediante el tacto.

—Mejor —murmura, y hay algo en su mirada, una mezcla de admiración y deseo, que hace que mi erección palpite dolorosamente contra la tela de mis pantalones.

Nuestros cuerpos se encuentran de nuevo, piel contra piel, y el contacto envía ondas de calor por todo mi sistema. Beso su cuello, descendiendo lentamente hacia el valle entre sus pechos, mientras mis manos trabajan en el cierre de su sujetador. Cuando finalmente cae, revelando sus senos, no puedo evitar gemir ante la perfección de su cuerpo.

Tomo uno de sus pezones en mi boca, succionando suavemente antes de rodearlo con mi lengua, y su espalda se arquea, ofreciéndose más plenamente a mí. Sus dedos se enredan en mi pelo, guiándome, animándome, y me entrego por completo a darle placer.

—Jason —jadea cuando mis dientes rozan ligeramente su piel sensible—. Por favor...

El sonido de mi nombre en sus labios, transformado por el deseo, es posiblemente lo más erótico que he escuchado jamás. Continúo mi descenso, besando su abdomen, deteniéndome brevemente para trazar círculos alrededor de su ombligo con mi lengua.

Cuando llego al borde de sus bragas, levanto la mirada, buscando confirmación. Su asentimiento, acompañado de un gemido de anticipación, es todo lo que necesito. Deslizo la prenda por sus piernas, dejándola completamente expuesta ante mí.

—Perfecta —murmuro, antes de sumergirme entre sus muslos.

El primer contacto de mi lengua con su centro le arranca un grito ahogado. El sabor de su excitación, salado y dulce a la vez me embriaga como ningún licor podría hacerlo. La exploro

metódicamente, aprendiendo lo que le gusta, lo que la hace temblar, lo que provoca que sus caderas se eleven buscando más contacto.

Añado un dedo, luego dos, curvándolos exactamente como he descubierto que le gusta, y su respiración se vuelve cada vez más errática, sus gemidos más intensos.

—Jason, por favor —ruega, su voz rota por el placer—. Te necesito. Ahora.

Me incorporo, sosteniendo su mirada mientras me deshago del resto de mi ropa. La admiración en sus ojos cuando me ve completamente desnudo alimenta mi ego de una manera que nunca antes había experimentado.

Me coloco entre sus piernas, pero antes de avanzar, me detengo.

—¿Estás segura? —pregunto, porque necesito oírlo, necesito saber que lo desea tanto como yo—. Esto cambiará las cosas.

Su respuesta es rodearme con sus piernas, atrayéndome hacia ella.

—Ya han cambiado —responde, y hay tanta verdad en sus palabras que se me acelera el corazón—. Y lo quiero. Te quiero a ti.

Esas tres palabras, aunque no sean exactamente una declaración de amor, contienen suficiente significado para que algo dentro de mí se rompa y se recomponga en un solo instante.

Entro en ella lentamente, observando cómo sus párpados se cierran por el placer, cómo sus labios se separan en un gemido silencioso. La sensación de estar dentro de ella, sin barreras, piel contra piel, es tan intensa que tengo que detenerme un momento para no perder el control.

—Dios, Cloe —susurro, apoyando mi frente contra la suya—. Eres... perfecta.

Sus manos recorren mi espalda, sus uñas clavándose ligeramente en mi piel, urgiéndome a moverme. Y lo hago, estableciendo un ritmo lento al principio, saboreando cada sensación, cada pequeño temblor de su cuerpo bajo el mío.

Pero pronto la necesidad se vuelve demasiado intensa, y nuestros movimientos se aceleran, se vuelven más desesperados. Sus caderas se elevan para encontrarse con cada una de mis embestidas, y el sonido de nuestros cuerpos encontrándose, mezclado con nuestros

gemidos entrecortados, crea una sinfonía íntima que resuena en la habitación.

Siento cómo se tensa a mi alrededor, cómo su respiración se vuelve más superficial, y sé que está cerca. Deslizo una mano entre nuestros cuerpos, encontrando ese punto exacto que la lleva al límite, y la observo desmoronarse bajo mis caricias.

Su orgasmo me arrastra al mío propio, y por un momento perfecto, nos perdemos juntos en esa espiral de placer puro, nuestros cuerpos y almas conectados de una manera que trasciende lo físico.

Después, mientras yacemos enredados entre las sábanas, su cabeza apoyada en mi pecho, sus dedos trazando patrones invisibles sobre mi piel, siento palabras formándose en mi garganta. Palabras que quiero decir, que necesito decir: *Te quiero. Quédate. Forma parte de nuestra vida, no solo hasta Reyes, sino para siempre*.

Pero el miedo me paraliza. El miedo a que sea demasiado pronto, a que ella no sienta lo mismo, a romper esta perfección frágil que hemos creado.

Así que, en lugar de palabras, le ofrezco acciones. Beso su frente, la estrecho más fuerte contra mí, inhalo el aroma de su pelo mezclado con el de nuestros cuerpos después de fundirnos en un solo ser.

—¿En qué piensas? —pregunta suavemente, su voz adormilada y satisfecha.

En que te quiero. En que no sé cómo voy a soportar verte marchar. En que Noah y yo te necesitamos.

—En lo perfecta que ha sido esta noche —respondo, y aunque no es una mentira, tampoco es toda la verdad.

Levanta la cabeza para mirarme, y hay tal ternura en sus ojos que me deja sin aliento.

—Ha sido perfecta —confirma, antes de besarme suavemente—. Un comienzo perfecto para este año.

Un comienzo, pienso. No un final. Y con ese pensamiento, la atraigo más cerca, decidiendo que, por esta noche al menos, el futuro puede esperar.

Esta noche es nuestra. Y eso, por ahora, es suficiente.

CAPÍTULO 25

JASON

El timbre del ático resuena de forma inesperada, interrumpiendo la tranquilidad de nuestra tarde de domingo. Levanto la mirada de los contratos que estoy revisando y compruebo la hora: 15:42. No esperamos a nadie.

Desde el salón llega la voz de Cloe, cantándole suavemente a Noah mientras le cambia el pañal. El sonido de su risa mezclada con los gorjeos del bebé forma la banda sonora perfecta que ha reemplazado el silencio que antes dominaba mi vida.

El timbre vuelve a sonar, esta vez con más insistencia. Con un suspiro, me levanto de mi escritorio y me dirijo hacia la puerta.

—¡Voy yo! —anuncio, pasando frente al salón donde Cloe me saluda con una sonrisa distraída mientras continúa su batalla con los botones del pijama de Noah.

Abro la puerta sin mirar por la mirilla, un error que me golpea instantáneamente como un puño en el estómago. Ante mí está Rebecca Torres, la mujer que hace apenas cuatro semanas dejó a nuestro hijo en los servicios sociales sin previo aviso.

Mi cuerpo se tensa como una cuerda de piano. El aire abandona mis pulmones de golpe, y por un instante, mi mente —entrenada para analizar situaciones complejas bajo presión— queda completamente en blanco.

—Hola, Jason —dice con una voz aterciopelada que no recordaba —. ¿No me invitas a pasar?

Rebecca está impecablemente arreglada: con el pelo negro recogido en un moño severo, maquillaje perfecto, un abrigo de diseñador que parece recién estrenado. Nada en ella sugiere a una madre que ha atravesado el trauma de separarse de su hijo. Nada

en ella evoca a la mujer con la que compartí una noche olvidable hace más de un año.

—Rebecca —consigo articular, su nombre tiene un sabor extraño en mi boca—. ¿Qué haces aquí?

Su sonrisa se ensancha, mostrando dientes perfectamente blancos.

—He venido a ver a mi hijo, por supuesto —responde con una naturalidad escalofriante—. ¿Puedo pasar o vamos a mantener esta conversación en el pasillo?

El instinto protector que se ha desarrollado en mí desde la llegada de Noah ruge como una bestia enfurecida. Quiero cerrarle la puerta en la cara. Quiero mantenerla lo más lejos posible de mi hijo, de mi hogar, de la vida que estamos construyendo. Pero la parte racional de mi cerebro, la que ha manejado casos legales complicados durante años, me frena.

Necesito entender por qué está aquí.

Después de abandonar a la criatura más perfecta del mundo.

Con movimientos mecánicos, me aparto para dejarla entrar. Su perfume, demasiado dulce y artificial, invade mi espacio personal cuando pasa junto a mí. Un aroma que no evoca nada en mí excepto una fuerte sensación de malestar.

Rebecca avanza por el recibidor como si conociera el lugar, como si tuviera algún derecho a estar aquí. Sus tacones repiquetean contra el suelo de madera, un sonido que resuena en mi cabeza como pequeños martillazos.

—Bonito apartamento —comenta, mirando a su alrededor con evidente apreciación—. Muy... minimalista.

Estoy a punto de responder cuando un sonido desde el salón nos interrumpe: la risa de Cloe, seguida por los gorjeos de Noah. Rebecca se detiene en seco, girándose hacia el origen del sonido. Su expresión cambia instantáneamente, endureciéndose.

—Parece que ya has encontrado un reemplazo —dice, su voz cortante como un cuchillo.

Antes de que pueda responder, se dirige hacia el salón con determinación. La sigo, un nudo de ansiedad formándose en mi garganta. Esto no debería estar pasando. ¿Qué está haciendo aquí?

Cuando entramos al salón, Cloe está sentada en la alfombra con Noah en su regazo, leyéndole un cuento. Levanta la mirada, primero hacia mí, luego hacia la desconocida. La confusión inicial da paso rápidamente a la preocupación al ver mi expresión.

—¿Jason? —pregunta, su voz cargada de preguntas no formuladas.

—Cloe, esta es Rebecca Torres —digo, cada palabra pesando como plomo—. La madre de Noah.

Veo cómo el color abandona su rostro. Sus brazos, instintivamente, se cierran más protectoramente alrededor de Noah, quien sigue ajeno a la tensión, fascinado por las ilustraciones del libro.

Rebecca observa la escena con una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Qué escena tan encantadora —comenta, su voz goteando sarcasmo—. Casi parecéis una familia de verdad.

Cloe se levanta lentamente, con Noah firmemente sujeto contra su pecho. Su expresión es una mezcla de shock y determinación que me recuerda por qué me enamoré de ella: su fortaleza ante la adversidad. Lo fiera que es. Lo protectora.

—Voy a llevar a Noah a su habitación —dice, dirigiéndose a mí sin mirar a Rebecca—. Creo que necesita su siesta.

—Por supuesto, llévate a MI hijo —interviene Rebecca con una sonrisa afilada—. Aunque sería un detalle que me dejases estar un rato con él.

Cloe se detiene, girándose para mirar directamente a Rebecca por primera vez. Hay una calma en sus ojos que reconozco como la que precede a una tormenta.

—Noah acaba de comer y necesita descansar —responde con una voz controlada pero firme—. Su rutina es importante para él.

Sin esperar respuesta, se marcha por el pasillo. Rebecca la sigue con la mirada, una expresión calculadora en su rostro.

—Parece que ha asumido demasiado bien el papel de mamá —comenta cuando Cloe desaparece—. Qué... conveniente para ti.

—¿A qué has venido, Rebecca? —pregunto directamente, intentando controlar la ira que amenaza con desbordarme—. Han

pasado cuatro semanas desde que dejaste a Noah en los servicios sociales. Solo y abandonado.

Rebecca se quita el abrigo con un movimiento fluido, dejándolo caer sobre el sofá como si fuera la dueña del lugar. El vestido que lleva debajo es caro y evidentemente elegido para impresionar.

—He venido a recuperar a mi hijo —declara, cada palabra una puñalada en mi pecho—. O más bien, a recuperaros a los dos.

El pánico me invade como una marea fría, subiendo desde mis pies hasta congelar mi sangre.

—¿Recuperarnos? —repito, mi voz suena más firme de lo que me siento—. Abandonaste a Noah. Firmaste la renuncia a tus derechos. Los servicios sociales me han otorgado la custodia. No te queremos aquí.

Se acerca a mí con movimientos calculados, y me obligo a mantener mi posición, a no retroceder por mucho que sienta desprecio hacia ella.

—Vamos, Jason —dice con un tono que pretende ser seductor—. Ambos sabemos que eso puede cambiar. Una madre arrepentida que pide una segunda oportunidad, un juez sensible... —Hace un gesto vago con la mano—. Las cosas pueden complicarse mucho.

—¿Por qué ahora? —La pregunta sale casi como un gruñido—. Lo dejaste como si fuera un paquete indeseado.

Rebecca suspira teatralmente.

—Intenté contactarte cuando descubrí que estaba embarazada —dice, y hay un destello de algo que podría ser verdad en sus ojos—. Te llamé docenas de veces, nunca me contestaste o devolviste la llamada.

La información me golpea con fuerza. ¿Está diciendo la verdad?

—Dejarlo en los servicios sociales fue mi último recurso para llamar tu atención —continúa, su voz endureciéndose—. Sabía que te encontrarían. Sabía que te harías cargo.

—¿Usaste a nuestro hijo como un peón? —La incredulidad tiñe mi voz—. ¿Como una ficha de negociación?

Se encoge de hombros, un gesto casual que hace que mi sangre hierva.

—Funcionó, ¿no? Aquí estoy. En servicios sociales me han facilitado tu dirección. Todo ha salido según lo planeado.

La rabia que siento es tan intensa que tengo que apretar los puños para mantener el control. Jamás había sentido tanto desprecio por otro ser humano.

—No tienes derecho a estar aquí —digo, cada palabra cuidadosamente controlada—. No después de lo que hiciste.

Rebecca se ríe, un sonido frío y calculador.

—Tengo todo el derecho, Jason. Soy su madre biológica. Y a menos que quieras embarcarte en una larga y costosa batalla legal que podría terminar con cualquiera de nosotros obteniendo la custodia, creo que deberías escuchar mi propuesta.

Se acerca hasta quedar a centímetros de mí. Puedo oler su perfume, ver las pequeñas imperfecciones que intenta ocultar con maquillaje.

—Podemos ser una familia —dice, y hay algo ensayado en la forma en que lo dice—. Tú, yo y Noah. Viviendo aquí, en este precioso ático. O donde tú quieras. Podríamos intentarlo.

La idea me repugna tanto que tengo que dar un paso atrás.

—Estás loca si crees que voy a aceptar eso —respondo—. No después de cómo lo abandonaste.

Su expresión cambia instantáneamente. La máscara de seducción cae, revelando algo duro y frío debajo.

—Entonces lucharé por la custodia —amenaza—. Contrataré a los mejores abogados. Contaré mi versión: una madre joven, asustada, abandonada por el padre de su hijo cuando más lo necesitaba. Cómo intenté contactarte y fuiste tú quien me ignoró.

—Eso es mentira —gruño.

—¿Puedes probarlo? —Su sonrisa es glacial—. ¿Tienes registros de todas las llamadas que nunca contestaste? ¿Testigos que puedan corroborar que nunca intenté hablarte del bebé?

El miedo vuelve, más intenso que antes. Porque tiene razón. No puedo probarlo. No tengo forma de demostrar que nunca supe del embarazo hasta que los servicios sociales me contactaron.

—Además —continúa, mirando hacia el pasillo por donde Cloe ha desaparecido—, parece que ya has encontrado un sustituto materno

para Noah. Qué conveniente.

Su tono deja clara la implicación: Cloe podría ser utilizada en mi contra en una batalla por la custodia.

—Deja a Cloe fuera de esto —advierto, mi voz bajando a un tono peligroso.

Rebecca sonríe, sabiendo que ha encontrado un punto débil.

—No puedo dejarla fuera, Jason. Forma parte de la ecuación ahora. Y los tribunales no suelen ver con buenos ojos a los padres que introducen a nuevas parejas en la vida de un niño tan pequeño, especialmente cuando la madre biológica está dispuesta a estar presente.

Cada palabra es una amenaza velada, y lo sé. Sé que no está fanfarroneando. La batalla legal podría ser brutal.

—¿Qué quieres realmente, Rebecca? —pregunto, demasiado cansado para seguir con este juego.

—Ya te lo he dicho —responde con fingida inocencia—. Quiero que seamos una familia. Tú, yo y nuestro hijo. —Hace una pausa calculada—. Pero si eso es demasiado para ti ahora mismo, estoy dispuesta a ser razonable. Puedes elegir: o vivimos juntos como una familia, o lucharemos por la custodia. Y te advierto que pelearé con todo lo que tengo.

El ultimátum cae entre nosotros como una bomba. La contemplo, intentando ver si hay algún resquicio, alguna grieta en su determinación que pueda explotar.

—¿Y si me niego? —pregunto, buscando una salida desesperadamente.

—Entonces nos veremos en los tribunales —dice simplemente—. Y créeme, haré todo lo posible para que ese niño acabe conmigo. Incluyendo utilizar a tu nueva novia como prueba de tu inestabilidad.

Un escalofrío me recorre la espalda. No por la amenaza hacia mí, sino por la amenaza implícita hacia mi familia. Hacia Noah. Hacia Cloe.

—Necesito tiempo para pensar —digo finalmente, intentando ganar espacio para maniobrar.

Rebecca me estudia, evaluándome con ojos fríos.

—Tienes hasta mañana —declara—. Y Jason, no intentes ningún truco legal. Será mucho peor.

—Te acompañaré a la puerta —digo, mi voz firme a pesar del torbellino de emociones que me consume por dentro.

Rebecca recoge su abrigo con movimientos calculados, tomándose su tiempo.

—Piénsalo bien, Jason —dice mientras caminamos hacia la puerta —. ¿Realmente quieres arriesgarte a perder a tu hijo? ¿Por esa mujer? —Hace un gesto despectivo—. Podría ser mucho más simple. Tú, yo, Noah. Una familia de verdad. Estaría en la posición que siempre me ha pertenecido: tú mujer, con todos los privilegios que eso representa. No pienso renunciar a la vida cómoda que haber conseguido tener a Noah me iba a proporcionar.

Abro la puerta con más fuerza de la necesaria, incapaz de contener completamente mi rabia.

—Mañana tendrás mi respuesta —digo secamente.

Rebecca se detiene en el umbral, girándose para mirarme una última vez. Su expresión se suaviza en una falsificación perfecta de vulnerabilidad.

—Solo quiero lo mejor para nuestro hijo, Jason —dice, y casi podría creerle si no hubiera visto la codicia en sus ojos momentos antes—. Piensa en lo que es mejor para él. Soy su madre.

Y con eso, se va. El sonido de sus tacones alejándose por el pasillo resuena como el preludio de una tormenta inminente.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella, sintiendo cómo mis piernas amenazan con ceder. El pánico, el miedo y la rabia se mezclan en un cóctel tóxico que nubla mi mente.

Noah. Mi hijo. Podría perderlo.

La idea es tan insoportable que siento náuseas físicas. Intento respirar a través del terror que me consume, buscando desesperadamente una solución, una salida.

Tampoco puedo perder a Cloe.

Los quiero a los dos.

Ellos son mi familia.

—¿Se ha ido?

La voz de Cloe me sobresalta. Está de pie en el pasillo, muy quieta, con una expresión que no puedo descifrar completamente. ¿Cuánto habrá escuchado?

—Sí —respondo, la palabra apenas audible—. Se ha ido.

Cloe se acerca lentamente, como si temiera que pudiera romperme con un movimiento brusco.

—Noah está dormido —dice suavemente—. Le he cantado hasta que se ha quedado tranquilo.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes. La gratitud que siento hacia ella es tan abrumadora como el miedo que me paraliza.

—Jason —su voz es firme ahora, aunque puedo detectar un temblor subyacente—. ¿Qué vamos a hacer?

Vamos. La palabra resuena en mi mente. Como si fuéramos un equipo, una unidad, una familia. Y lo somos. En estas semanas, nos hemos convertido en una familia.

Pero Rebecca ha dejado muy claro que usará eso en mi contra. Que usará a Cloe como arma para arrebatarme a Noah.

—No lo sé —admito finalmente, las palabras cayendo pesadamente entre nosotros—. No lo sé, Cloe.

Ella asiente, y veo cómo su mirada se vuelve determinada.

—Vamos a solucionarlo —dice con una convicción que yo no siento—. Haremos lo que sea necesario para que Noah esté a salvo. Eso es lo único que importa.

Pero mientras la miro, mientras absorbo la preocupación y el amor en sus ojos, el pánico se asienta en mi estómago.

Rebecca ha sido muy clara. O acepto su propuesta de jugar a la familia feliz con ella, o me arriesgo perder a mi hijo en una batalla legal donde usará a Cloe como evidencia de mi supuesta inestabilidad.

Y eso significa que, para proteger a Noah, para asegurarme de que se quede conmigo, tendré que hacer lo impensable.

—Jason, estás temblando —dice Cloe, acercándose para tocar mi brazo—. Vamos, siéntate. Hablaremos de esto. Encontraremos una solución.

Asiento mecánicamente, dejando que me guíe hasta el sofá.

Estoy seguro de que esta situación nos va a destrozar a ambos.

CAPÍTULO 26

CLOE

La madrugada me encuentran despierta, sentada en el borde de mi cama, observando cómo la luz de la luna dibuja patrones plateados en el suelo. El silencio del ático es tan denso que puedo escuchar los latidos de mi propio corazón, un ritmo doloroso que marca la cuenta atrás de una decisión que ya he tomado.

No he dormido. No he podido. Las palabras de Rebecca siguen resonando en mi cabeza como un eco venenoso. Su amenaza no era sutil: o Jason acepta estar con ella, o luchará por la custodia de Noah. Y utilizará mi presencia como arma.

Mis manos tiemblan mientras doblo cuidadosamente la última camiseta y la coloco en la maleta abierta sobre la cama. Una maleta que hace apenas unos meses deshice con dudas, y que ahora vuelvo a llenar con el peso del amor y la renuncia a partes iguales.

Me levanto y camino hasta la ventana, apoyando la frente contra el cristal frío. Nueva York duerme bajo un manto de nieve, ajena al dolor que me consume por dentro. Las lágrimas que he estado conteniendo toda la noche amenazan con desbordarse, pero las reprimo con fuerza. No puedo permitirme el lujo de derrumbarme. No todavía.

Con pasos silenciosos, salgo de mi habitación y recorro el pasillo hasta la de Noah. La puerta está entreabierta, como siempre. Me detengo en el umbral, permitiéndome absorber cada detalle: las estrellas fosforescentes que pegamos en el techo una tarde de risas, el móvil musical que Jason montó siguiendo las instrucciones al pie de la letra, el peluche de jirafa que siempre coloco junto a su almohada.

Entro con el sigilo de quien teme despertar no solo a un bebé, sino al dolor que acecha en las esquinas. Noah duerme profundamente, un puño diminuto apoyado junto a su mejilla, los labios ligeramente separados. Su respiración es suave y acompasada, completamente ajeno al tornado emocional que sacude nuestro pequeño mundo.

Me arrodillo junto a su cuna, aferrándome a los barrotes como si fueran lo único que me impide caer en un abismo sin fondo. El aroma a jabón de bebé y a ese olor único que es solo suyo me envuelve, y sé que lo llevaré conmigo siempre, grabado en mi memoria como una cicatriz invisible.

—Te quiero tanto —susurro, tan bajo que apenas es un suspiro—. Tanto que tengo que marcharme.

Extiendo una mano temblorosa para acariciar su mejilla, tan suave que parece irreal. Hace un mes este niño ni siquiera existía en mi vida. Ahora, la idea de no verlo crecer, de no estar ahí para sus primeros pasos, sus primeras palabras, me parte el alma en fragmentos imposibles de recomponer.

Pero Rebecca ha sido clara. Mi presencia pondría en peligro la custodia de Noah. Y no puedo, no voy a ser yo quien arrebate a este niño de los brazos de su padre. No voy a ser la razón por la que Jason pierda a su hijo.

Con un esfuerzo sobrehumano, me inclino y beso su frente por última vez. Mis lágrimas caen silenciosas por mis mejillas, y tengo que morderme el labio hasta sentir el sabor metálico de la sangre para no sollozar en voz alta.

—Cuida de tu papá —le digo, sabiendo que no puede escucharme, pero necesitando decirlo de todas formas—. Es un poco torpe con los sentimientos, pero te quiere más que a nada en el mundo.

Me obligo a separarme, cada centímetro una batalla contra el instinto de quedarme, de luchar, de no rendirme. Pero el amor verdadero no siempre significa quedarse. A veces, significa sacrificio.

Salgo de la habitación sabiendo que si miro atrás una vez más, no tendré la fuerza para continuar. Regreso a mi cuarto, donde la

maleta espera como un recordatorio mudo de lo que estoy a punto de hacer. Pero antes, hay algo que necesito hacer.

Me siento en el pequeño escritorio de mi habitación. Cojo un papel y un bolígrafo —la pluma que Jason me regaló en Navidad es demasiado dolorosa para usarla en este momento— y comienzo a escribir.

Jason,

Cuando leas esto, ya me habré ido. Escuché la conversación con Rebecca ayer, y ambos sabemos lo que implica. No voy a ser yo quien se interponga entre Noah y tú. Ese niño merece crecer con su padre, y tú mereces poder criarlo sin el miedo constante de perderlo.

Me voy porque os quiero. A los dos. Más de lo que jamás creí posible querer a nadie. Estas semanas juntos han sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Habéis sido la familia con la que siempre soñé, el hogar que nunca supe que buscaba hasta que lo encontré en vuestros brazos.

No podía quedarme y ser la razón por la que lucharais en un tribunal por la custodia de Noah. No podía arriesgarme a ser yo quien os separara.

Cuida de él, Jason. Y también de ti. No dejes que tu obsesión por el control te impida disfrutar de los momentos caóticos y maravillosos que la paternidad trae consigo. Esos instantes desordenados son a menudo los más preciosos.

Te quiero. Os quiero. Y siempre será así.

Cloe

PD: Recuerda que los horarios son orientativos, no contratos vinculantes. Y que una galleta ocasional antes de la cena no es el fin del mundo.

Las lágrimas han emborronado algunas palabras, pero la esencia permanece intacta. Doblo la nota cuidadosamente y la coloco junto al monitor de bebé.

Cierro la maleta, intentando no pensar en todo lo que dejo atrás: el cepillo de dientes en el baño, mis libros mezclados con los suyos en la estantería, el cajón de la cocina donde guardo mis tés

favoritos. Pequeñas piezas de una vida compartida que ahora tendrá que continuar sin mí.

Cojo el teléfono y envío un mensaje rápido a Ava: «Ya he terminado de recoger, voy para allá. Te lo explicaré cuando llegue. Por favor, espérame despierta.» Su respuesta llega casi al instante: «La puerta estará abierta. Y yo estaré aquí, pase lo que pase.»

Con la maleta en una mano y mi portátil en la otra, echo un último vistazo al apartamento. Memorizo la forma en que la luz de la luna baña el sofá donde tantas veces nos hemos acurrucado los tres, la cocina donde bailábamos mientras preparábamos la cena, el pasillo que lleva a las habitaciones donde hemos compartido susurros, risas y gemidos.

El nudo en mi garganta es tan grande que apenas puedo respirar cuando finalmente abro la puerta y salgo al rellano. El clic del cierre es un sonido definitivo, como el punto final de una historia que nunca debí permitirme soñar.

En el ascensor, contemplo mi reflejo en el espejo: ojos enrojecidos, mejillas húmedas, labios temblorosos. No reconozco a la mujer que me devuelve la mirada, rota por un dolor que parece demasiado grande para un solo cuerpo.

El taxi está esperando cuando salgo del edificio. El frío de enero me muerde la piel expuesta, pero apenas lo siento. Hay un entumecimiento que se extiende desde mi corazón hacia el resto de mi cuerpo, una anestesia natural que, sospecho, es lo único que me mantiene en pie.

«A Tribeca, por favor», le digo al conductor, dándole la dirección de Ava y Adrian. Mientras el coche se aleja, no puedo evitar mirar hacia atrás, hacia las ventanas del ático donde dejo todo lo que me importa. Las luces están apagadas, el edificio dormido, sin saber que algo fundamental ha cambiado dentro de sus paredes.

Mi teléfono vibra. Es otro mensaje de Ava: «Adrian ha preparado chocolate caliente. Y tengo brandy si lo prefieres. Te quiero, sea lo que sea, lo superaremos juntas.»

Una sonrisa triste curva mis labios. Superarlo. Como si esto fuera algo de lo que una pudiera recuperarse alguna vez. Como si existiera un «después» para este tipo de dolor.

Apoyo la cabeza contra la ventanilla helada, dejando que la vibración del taxi me recuerde que sigo viva, aunque cada célula de mi cuerpo parezca estar gritando lo contrario. Las calles de Nueva York pasan borrosas a través de mis lágrimas.

Y mientras avanzamos por el asfalto nevado, un pensamiento se repite en mi mente como un mantra doloroso: he hecho lo correcto. He hecho lo correcto. He hecho lo correcto.

Incluso si «lo correcto» se siente como morir en vida.

CAPÍTULO 27

JASON

La luz grisácea del amanecer se filtra a través de las cortinas entreabiertas, proyectando sombras tenues sobre las paredes de mi habitación. Mi cuerpo despierta antes que mi mente, con esa sensación inmediata de que algo no va bien.

Y los recuerdos del día anterior me llegan de golpe.

Un dolor sordo se instala en mi corazón. No puedo perderlos.

Me levanto y voy a la habitación de Cloe, necesito hablar con ella. Pero cuando entro, la cama está hecha y ella no está en ninguna parte.

Se me aprieta el corazón.

Es entonces cuando lo veo: hay una hoja de papel apoyada el intercomunicador del bebé. Un escalofrío me recorre la columna vertebral mientras me acerco, súbitamente alerta. Con dedos que no reconozco como míos, temblorosos y torpes, desdoblo la nota.

Las palabras se deslizan ante mis ojos, pero mi cerebro tarda en procesarlas, como si se negara a aceptar su significado. «*Cuando leas esto, ya me habré ido*». La frase me golpea como un puñetazo en el estómago, robándome el aliento. Leo con desesperación creciente, cada línea un nuevo golpe que me deja más aturdido.

«*Me voy porque os quiero. A los dos*».

Mi garganta se cierra con un nudo tan doloroso que tengo que hacer un esfuerzo consciente para tragar.

«*No voy a ser yo quien se interponga entre Noah y tú*».

La comprensión me inunda como una marea helada: Cloe ha escuchado mi conversación con Rebecca. Lo sabe todo. Y en lugar de luchar, en lugar de quedarse... se ha sacrificado.

Por nosotros.

Las últimas líneas me queman como ácido. «*Te quiero. Os quiero. Y siempre será así*». Palabras que llevo días queriendo escuchar, ahora convertidas en una despedida. Su letra, normalmente enérgica y desordenada, aquí se muestra temblorosa, con manchas que reconozco como lágrimas secas.

Me quedo inmóvil, sintiendo cómo algo se rompe dentro de mí. No es un crujido dramático, sino una implosión silenciosa, como si todo lo que creía entender sobre mí mismo, sobre lo que quiero, sobre lo que importa, se estuviera reordenando en mi interior.

El llanto de Noah me saca de mi parálisis. Me dirijo a su habitación automáticamente, mis pies descalzos resbalando ligeramente sobre el parqué frío. Cuando entro, mi hijo está en su cuna, girado mirando por los barrotes, con esa sonrisa mañanera que normalmente ilumina mis días. Hoy, sin embargo, hace que mi corazón se contraiga dolorosamente.

—Buenos días, campeón —digo, sorprendido por lo normal que suena mi voz cuando por dentro estoy gritando.

Lo cojo en brazos, inhalando su aroma a sueño y a jabón de bebé. Él mira alrededor, buscando.

—No está —respondo, y las palabras saben a ceniza en mi boca —. No está, Noah.

Sus ojos verdes, tan idénticos a los míos, me miran con confusión. ¿Cómo explicarle a un bebé que la mujer que ha sido como una madre para él se ha ido porque yo he sido demasiado cobarde, demasiado estúpido para reaccionar a tiempo?

Lo abrazo contra mi pecho, permitiéndome un momento de debilidad. El dolor es físico, como si alguien hubiera extraído algo vital de mi interior dejando solo un hueco frío en su lugar. Pero bajo el dolor, algo empieza a crecer. Una determinación feroz, primitiva, que comienza a arder en mi pecho.

No voy a renunciar a ella. No voy a permitir que Rebecca destroce lo que hemos construido.

Con Noah aún en brazos, regreso a su habitación y releo la nota de Cloe. Esta vez, algo diferente capta mi atención. No son las palabras de despedida, sino la fuerza del amor que hay en ellas.

Cloe no se ha ido porque no me quiera, sino precisamente porque me quiere tanto que está dispuesta a sacrificarse.

Y de pronto, como si un interruptor se hubiera activado en mi cerebro, empiezo a ver con claridad. He estado pensando como una víctima, como alguien sin opciones, cuando en realidad soy un abogado de éxito, un hombre con recursos y, lo más importante, alguien que ama y es amado.

La bruma del miedo se disipa, reemplazada por la precisión cristalina de la ira y la determinación. Rebecca no va a ganar. No va a utilizarnos como peones en su juego.

Con una nueva energía, coloco a Noah en su silla alta en la cocina y le preparo el desayuno con movimientos mecánicos pero eficientes. Mi mente ya está trazando estrategias, considerando ángulos, recordando casos similares que he manejado profesionalmente.

—Vamos a recuperarla —le digo a Noah mientras le doy cucharadas de papilla—. Vamos a traer a Cloe de vuelta. Vamos a librarnos de Rebeca.

Mi hijo sonríe, como si entendiera perfectamente el plan, y esa sonrisa alimenta mi resolución. Tan pronto como termina de desayunar, lo limpio y lo instalo en su parque de juegos con sus juguetes favoritos. Luego, con los dedos aún húmedos por haberle limpiado la cara, cojo mi teléfono y marco el número de Adrian.

—¿Sabes qué hora es? —gruñe mi cuñado al contestar, su voz espesa por el sueño.

—Necesito tu ayuda —respondo, sin perder tiempo en disculpas —. Cloe se ha ido. Rebecca ha vuelto y está amenazando con luchar por la custodia de Noah si no acepto estar con ella.

Hay un silencio, seguido del sonido de sábanas moviéndose. Puedo imaginar a Adrian incorporándose, súbitamente despierto.

—Eso lo explica todo —Su voz suena ahora completamente alerta.

—Se ha marchado esta noche. Me ha dejado una nota. Se ha sacrificado para que Rebecca no la use en mi contra en una batalla por la custodia. Necesito que vengas a ayudarme.

Cuando Adrian vuelve a hablar, su voz tiene ese tono frío y calculador que utiliza en la sala de juicios.

—Estaré ahí en treinta minutos. No hagas nada estúpido hasta entonces.

La llamada se corta, y me quedo mirando el teléfono con una mezcla de alivio y frustración. Necesito actuar ya, hacer algo, cualquier cosa para recuperar el control de esta situación. Pero Adrian tiene razón. Necesito ser estratégico. Necesito ser inteligente.

Me paso las manos por el pelo, notando un temblor residual en mis dedos. El apartamento nunca me ha parecido tan grande y tan vacío como ahora. Por todas partes hay rastros de Cloe: una taza olvidada en la encimera, un libro a medio leer en el sofá, un pañuelo con su perfume caído junto a la estantería.

Y en cada rincón, recuerdos. Ella bailando por la cocina mientras prepara la cena. Ella riendo a carcajadas mientras juega con Noah en la alfombra. Ella dormida en el sofá, con mi hijo acurrucado sobre su pecho. Ella en mis brazos en Nochevieja, sus labios encontrando los míos mientras las campanas daban la bienvenida al año nuevo.

Algo se rompe dentro de mí con tanta fuerza que tengo que sujetarme al borde de la encimera. La idea de perderla es insoportable. De alguna manera, sin darme cuenta, Cloe se ha convertido en una parte fundamental de mi vida, de mi identidad, de mi hogar.

Y Noah la necesita tanto como yo.

Miro a mi hijo, que está tranquilamente jugando en su parque, ajeno a los problemas que nos acechan. No voy a permitir que Rebecca utilice a mi hijo como moneda de cambio. No voy a rendirme sin luchar.

El timbre suena exactamente veintiocho minutos después de mi llamada. Adrian ha hecho honor a su palabra. Cuando abro la puerta, su expresión es una mezcla de preocupación y determinación. Lleva el pelo despeinado y no se ha afeitado, pero su mirada es aguda, centrada.

—Cuéntamelo todo —exige nada más entrar, sin molestarse en saludar.

Y lo hago. Le cuento cómo apareció Rebecca, sus amenazas, cómo intentó manipularme utilizando a Noah como rehén emocional.

Le enseño la nota de Cloe, viendo cómo sus ojos se endurecen mientras la lee.

—Tenemos que arreglar esto. Es un farol —dice finalmente, dejando la nota sobre la mesa del comedor—. Rebecca no tiene nada. Si realmente tuviera un caso sólido, no recurriría al chantaje emocional.

—Pero mencionó las llamadas que supuestamente me hizo cuando estaba embarazada —replico, aún inseguro.

Adrian niega con la cabeza, sus ojos brillando con esa intensidad que solo muestra cuando está a punto de desmontar un argumento contrario.

—Es su palabra contra la tuya. Y no tiene ninguna prueba. Además, renunció voluntariamente a sus derechos. Firmó documentos legales. Abandonó a Noah. Ningún juez con dos dedos de frente le daría la custodia a una madre que ha hecho eso, especialmente cuando el padre ha demostrado ser competente y amoroso.

Sus palabras encienden una chispa de esperanza en mi pecho. Pero aún hay dudas, preocupaciones que no puedo ignorar.

—¿Y si encuentra un juez que simpatice con su historia? ¿Y si utiliza a Cloe como prueba de mi inestabilidad?

Adrian resopla, claramente exasperado con mis dudas.

—Jason, por el amor de Dios, eres abogado. Uno de los mejores de Nueva York. Sabes perfectamente que esto no tiene ninguna base legal. Está intentando asustarte, y lo ha conseguido.

Tiene razón, por supuesto. Lo sé a nivel intelectual. Pero el miedo a perder a Noah es tan visceral, tan primitivo, que ha nublado por completo mi juicio.

—¿Y si intentamos otra aproximación? —sugiere Adrian, sus ojos entrecerrados como cuando está tramando algo—. ¿Y si en lugar de defendernos, atacamos?

—¿Qué quieres decir?

Una sonrisa lenta, casi depredadora, se extiende por su rostro.

—Vamos a hacer que ella misma se incrimine.

Su propuesta enciende una chispa en mí. Adrian tiene razón. La determinación crece en mi interior como una llama alimentada por

oxígeno puro. Este es el camino. No la rendición, no el sacrificio, sino la lucha inteligente y estratégica.

—Tengo que hablar con ella hoy —digo, ya planeando el encuentro.

Por primera vez desde que encontré la nota de Cloe, siento que recupero el control. El miedo sigue ahí, por supuesto, pero ya no me paraliza. Ahora es solo combustible para mi determinación.

—Voy a recuperarla, Adrian —digo, y no es una pregunta ni una esperanza, sino una declaración de intenciones—. Voy a recuperar a Cloe y vamos a ser la familia que debemos ser.

Mi cuñado me mira con algo que parece orgullo mezclado con diversión.

—Ya era hora de que te dieras cuenta, hermano —dice, dándome una palmada en el hombro—. Ya era hora.

Mientras Adrian hace llamadas y organiza la logística de nuestro plan, yo me acerco a Noah, que sigue jugando felizmente en su parque. Me arrodillo junto a él, sintiendo una oleada de amor tan intensa que casi me marea.

—Vamos a traerla de vuelta —le prometo en voz baja—. Vamos a traer a Cloe de vuelta a casa.

Noah me mira con esos ojos verdes que son un espejo de los míos, con confianza. Alza sus manitas hacia mí, un gesto de seguridad absoluta, y lo cojo en brazos, inhalando su aroma a inocencia.

Por él, por Cloe, por los tres, voy a luchar. Y esta vez, no voy a permitir que el miedo me detenga.

CAPÍTULO 28

JASON

El hotel Four Seasons se alza imponente frente a mí, su fachada de cristal y acero reflejando un cielo gris que parece presagiar la tormenta que estoy a punto de desatar. He elegido este lugar deliberadamente: neutral, público, pero con suficiente privacidad en sus discretos rincones. Un lugar donde Rebecca no pueda montar una escena sin poner en riesgo su cuidadosamente construida imagen de sofisticación.

El micrófono oculto en el bolsillo interior de mi americana pesa como una piedra, recordándome lo que está en juego. Adrian lo ha conseguido a través de uno de sus contactos; es tan pequeño que resulta indetectable, pero lo suficientemente potente como para captar cada matiz de una conversación.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto solo? —pregunta Adrian a mi lado, con Noah cómodamente instalado en su carrito—. Puedo quedarme cerca, por si acaso.

Niego con la cabeza, ajustando el nudo de mi corbata. He elegido un traje gris antracita, uno de mis favoritos, no por vanidad sino por la confianza que me proporciona. Mi armadura para la batalla.

—Tiene que ser así —respondo, mirando mi reloj: faltan siete minutos para la hora acordada—. Si te ve, sospechará.

Mi hijo juguetea con un sonajero, completamente tranquilo. Verlo así, inocente y feliz, solo refuerza mi determinación. Haré lo que sea necesario para proteger su futuro. Para recuperar a Cloe.

—Recuerda —dice Adrian, colocando una mano firme en mi hombro—, necesitas hacerla hablar. Y sobre todo, necesitamos que confiese que está utilizando a Noah como moneda de cambio.

—Lo sé —respondo, repasando mentalmente cada detalle de nuestro plan—. No te preocupes, sé exactamente qué botones pulsar.

Adrian asiente, una chispa de admiración en sus ojos.

—Jamás pensé que diría esto, pero me alegro de que seas un cabrón manipulador cuando quieres.

Una sonrisa tensa curva mis labios.

—Solo cuando es por una buena causa.

Nos despedimos con un breve abrazo. Me inclino para besar la frente de Noah, inhalando su aroma a bebé, guardándolo como un talismán para lo que estoy a punto de enfrentar.

Con una última mirada a mi hijo, me giro y atravieso las puertas giratorias del hotel. El vestíbulo me recibe con su elegancia discreta: mármol pulido, arreglos florales estratégicamente colocados, personal uniformado que se mueve con eficiencia silenciosa. Me dirijo directamente al bar, un espacio íntimo de maderas oscuras y luces tenues en la parte posterior del edificio.

Rebecca ya está allí, por supuesto. Llegar primero y elegir la posición de ventaja es una treta básica de negociación que seguramente ha leído en algún libro. Está sentada en una mesa del fondo, ataviada con un vestido negro que probablemente cuesta más de lo que una persona normal gana en un mes. Su expresión al verme es de calculada indiferencia, pero puedo detectar la ansiedad en la forma en que sus dedos juguetean con la cadena de oro que lleva al cuello.

—Jason —saluda cuando me acerco, su voz deliberadamente baja y seductora—. Llegas puntual.

No respondo de inmediato. Me siento frente a ella, tomándome mi tiempo para desabrochar el botón de mi chaqueta, para colocarme, para establecer mi presencia. Pequeños gestos de poder que he perfeccionado a lo largo de años de negociaciones hostiles.

Un camarero se materializa junto a nuestra mesa. Rebecca pide un martini. Yo solicito un whisky que no tengo intención de beber. Necesito todos mis sentidos alerta.

—Supongo que ya has tomado una decisión —dice Rebecca una vez que el camarero se ha ido, inclinándose ligeramente hacia

adelante, lo justo para que el escote de su vestido resulte más evidente—. De lo contrario no estarías aquí.

La observo en silencio un segundo más, calibrando mi aproximación. El desprecio que siento por ella es casi físico, un sabor amargo en la boca del estómago. Esta mujer ha amenazado todo lo que amo, ha provocado que Cloe se marchara, ha utilizado a mi hijo como una herramienta de chantaje. Pero ahora me toca a mí jugar.

—Tengo algunas preguntas antes —respondo finalmente, mi voz deliberadamente neutra—. Preguntas que necesito que respondas con total honestidad si vamos a llegar a algún tipo de... acuerdo.

Sus labios, pintados de un rojo intenso, se curvan en una sonrisa que no alcanza sus ojos.

—Por supuesto, Jason. Pregunta lo que quieras.

El camarero regresa con nuestras bebidas. Espero a que se retire antes de continuar.

—¿Realmente intentaste contactarme cuando descubriste que estabas embarazada?

Rebecca toma un sorbo de su martini, sus ojos fijos en los míos sobre el borde de la copa.

—Por supuesto que sí. Te llamé docenas de veces.

—¿A qué número? —presiono—. ¿A mi móvil personal o a la oficina?

Un destello de duda cruza su rostro, tan fugaz que casi me lo pierdo.

Rebecca deja su copa sobre la mesa con un golpe seco.

—No he venido aquí para que me interrogues como si fuera una criminal —replica, la máscara de seducción deslizándose para revelar algo más duro debajo—. He venido a discutir nuestras opciones. Nuestro futuro.

—Nuestro futuro —repito, saboreando la ironía de la frase—. ¿Realmente quieres un futuro conmigo, Rebecca? ¿O solo te interesa lo que puedo proporcionarte?

La provocación da en el blanco. Sus ojos brillan con un destello de codicia apenas contenida.

—¿Y qué si quiero ambas cosas? —responde, inclinándose más cerca—. No es ningún secreto que eres un hombre de éxito. Con

recursos. Y ahora tienes a mi hijo.

—Nuestro hijo —corrijo, y ella hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Como sea. El punto es que podemos beneficiarnos mutuamente, Jason. Tú quieres a Noah. Yo quiero... una vida cómoda.

Ahí está. La primera grieta en su fachada de madre preocupada. Necesito profundizar en ella.

—¿Una vida cómoda? —repito, arqueando una ceja—. ¿Es eso lo que buscabas aquella noche, hace más de un año? ¿Un boleto hacia una vida de lujo?

Su risa es áspera, casi despectiva.

—Por favor, Jason. Los dos somos adultos. Eres un hombre atractivo, pero no eres precisamente Brad Pitt. Lo que me atrajo esa noche fue tu Rolex y la forma en que pagaste la cuenta de 800 dólares sin pestañear.

—Y supongo que por eso te aseguraste de que el preservativo fallara —sugiero, lanzando el anzuelo con aparente casualidad.

Su mirada se afila, súbitamente cauta.

—No sé de qué estás hablando.

Me inclino hacia ella, bajando la voz a un tono conspiratorio.

—Vamos, Rebecca. Los dos sabemos que los accidentes no existen. Soy meticuloso con la protección. Siempre. Y de repente, la única noche que paso contigo, ¿hay un fallo catastrófico? La probabilidad estadística es minúscula.

El silencio se extiende entre nosotros, tenso y cargado. Puedo ver los engranajes girando en su mente, calculando riesgos, evaluando sus opciones. Finalmente, se inclina hacia atrás, una sonrisa lenta y deliberada curvando sus labios.

—¿Y qué si lo hice? —dice, su voz apenas un susurro—. No es como si pudieras probarlo ahora.

Mi corazón se acelera, pero mantengo mi expresión impasible. La tengo.

—¿Estás admitiendo que manipulaste el preservativo intencionadamente para quedarte embarazada?

Su sonrisa se ensancha, confiada, depredadora.

—Lo que estoy admitiendo, Jason, es que vi una oportunidad y la tomé. Un hombre como tú... representabas seguridad financiera de por vida. Lo que no pensaba es que luego me costaría tanto volver a encontrarte.

—Quisiste atarme a través de un hijo —concluyo, la repugnancia apenas contenida en mi voz.

Rebecca se encoge de hombros, un gesto estudiadamente casual.

—Los hijos son la inversión más segura, ¿no crees? Especialmente con un padre con tu sentido del deber. Incluso si no lograba que te casaras conmigo, la manutención que tendría que pagarme un hombre de tu posición sería... sustancial.

—¿Y por qué lo abandonaste entonces? —pregunto, manteniendo mi voz controlada a pesar de la ira que hierve bajo mi piel—. Si era tu boleto hacia la riqueza, ¿por qué dejarlo en los servicios sociales?

Su expresión se vuelve calculadora.

—Porque no respondías a mis llamadas. No sabía cómo localizarte. Necesitaba un gesto dramático, algo que captara tu atención. —Se inclina hacia mí de nuevo—. Y funcionó, ¿no? Aquí estamos.

—Aquí estamos —confirmo, tomando finalmente un pequeño sorbo de whisky, saboreando no solo el licor sino también la victoria inminente—. Y ahora quieres que juguemos a la familia feliz. Tú, yo y Noah.

—O podemos ir a los tribunales —amenaza, aunque su tono ha perdido parte de su filo—. Ya te lo dije, lucharé por la custodia. Y una madre siempre tiene ventaja.

—¿Una madre que admite haber tenido un hijo como estrategia financiera? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿Una madre que abandonó a su bebé como «gesto dramático»? No creo que los tribunales vean eso con buenos ojos.

Rebecca entrecierra los ojos, súbitamente suspicaz.

—¿A dónde quieres llegar, Jason?

Es mi turno de inclinarme hacia delante, invadiendo deliberadamente su espacio personal.

—Quiero que entiendas exactamente en qué posición te encuentras —digo, mi voz bajando a un tono que solo ella puede oír

—. Hace un momento has admitido fraude reproductivo. Has confesado que tuviste a Noah con el único propósito de extraer dinero. Has reconocido que lo abandonaste como táctica de manipulación.

Su rostro palidece ligeramente, la confianza desvaneciéndose de sus ojos.

—Es tu palabra contra la mía —dice, pero hay un temblor en su voz.

Con movimientos lentos y deliberados, introduzco la mano en el bolsillo interior de mi chaqueta y extraigo el diminuto dispositivo de grabación. Lo coloco entre nosotros, una pequeña pieza de tecnología que ahora contiene su ruina.

—No, Rebecca —respondo, mi voz fría como el hielo—. Es tu palabra contra la tuya.

El color abandona completamente su rostro. Sus ojos se fijan en el dispositivo como si fuera una serpiente venenosa.

—Has estado grabando —susurra—. Eso es ilegal.

—En realidad, no lo es —la corrijo—. Nueva York es un estado de consentimiento unilateral. Solo una de las partes de la conversación necesita consentir la grabación. Y yo, como puedes imaginar, consiento plenamente.

Intenta alcanzar el dispositivo, pero soy más rápido. Lo guardo de nuevo en mi bolsillo, lejos de sus manos temblorosas de rabia.

—Esto es un truco sucio —sisea, la máscara de sofisticación completamente caída ahora.

—No más sucio que manipular un preservativo para forzar un embarazo no consentido —replico, mi voz afilada como una navaja —. No más sucio que abandonar a un bebé inocente. No más sucio que intentar chantajearme utilizando a mi hijo.

Rebecca se recuesta en su silla, evaluándome con ojos entrecerrados. Puedo ver cómo su mente trabaja a toda velocidad, buscando una salida, una ventaja, cualquier cosa que pueda darle el control de la situación.

—¿Qué quieres? —pregunta finalmente, su voz apenas audible.

Con un movimiento rápido, saco mi teléfono y envío un mensaje a Adrian. Luego vuelvo a guardar el dispositivo y me inclino hacia ella.

—Quiero que desaparezcas de nuestras vidas —respondo sin ambages—. Quiero que firmes un documento renunciando a todos tus derechos sobre Noah, ahora y para siempre. Quiero que te comprometas legalmente a no intentar jamás contactar con él.

Su risa es amarga, casi histérica.

—¿Y por qué demonios haría yo eso?

—Porque si no lo haces —respondo, mi voz suena tan calmada que resulta escalofriante incluso para mí—, llevaré esta grabación a la policía. Te denunciaré por fraude reproductivo, por abandono infantil, por intento de extorsión. Te enfrentarás a cargos criminales, Rebecca. Y no solo eso. Me aseguraré de que esta grabación llegue a cada medio de comunicación del país. —Hago una pausa, dejando que mis palabras se hundan—. ¿Te imaginas los titulares? «Mujer admite haber tenido hijo solo para extorsionar a abogado de élite». Tu reputación quedará destrozada. Nadie volverá a confiar en ti. Ningún hombre con dinero se acercará a ti nunca más.

El silencio que sigue es absoluto. Rebecca me mira fijamente, el odio y el miedo librando una batalla visible en sus ojos.

—Te odio —susurra finalmente.

—Francamente, me importa una mierda —respondo—. Lo único que me importa es mi hijo y la mujer a la que amo. La mujer que hiciste huir con tus amenazas.

Un destello de comprensión cruza su rostro.

—La niñera —dice, con desdén—. ¿Es por ella que estás haciendo todo esto? ¿Por una mujer que ni siquiera es la madre de Noah?

Mi mano se cierra en un puño sobre la mesa, los nudillos blancos por la presión.

—Es más madre de lo que tú jamás serás —respondo, cada palabra cargada de convicción—. Y sí, estoy haciendo esto por ella. Por Noah. Por los tres.

El destello de las puertas giratorias del bar anuncia la llegada de Adrian. Se acerca a nuestra mesa con pasos decididos, un maletín de cuero en la mano. Ha dejado a Noah con la niñera que los ayuda con las gemelas en la entrada del hotel.

—Señora Torres —saluda con frialdad profesional mientras se sienta junto a mí—. Veo que mi cuñado ya le ha explicado la

situación.

Rebecca mira de uno a otro, la rabia dando paso a la resignación en sus ojos.

—¿Qué hay en los papeles? —pregunta, señalando con la barbilla el maletín que Adrian ha colocado sobre la mesa.

Adrian lo abre con un clic metálico y extrae un documento de varias páginas.

—Renuncia completa a la patria potestad y a cualquier derecho sobre Noah Brown —explica, su voz desprovista de toda emoción—. Compromiso legal de no contacto. Acuerdo de confidencialidad bilateral.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —pregunta Rebecca, la codicia brillando a través de su desesperación.

Adrian y yo intercambiamos una mirada. Esta parte del plan la hemos discutido largamente. Pagarle me revuelve el estómago, pero es un precio que estoy dispuesto a asumir por nuestra paz mental, por Noah y por Cloe.

—Un millón de dólares —respondo—. Transferidos a una cuenta a tu nombre en cuanto firmes. Y mi silencio sobre todo lo que has confesado hoy.

Sus ojos se iluminan ante la mención del dinero, y sé que la tengo.

—Dos millones —intenta negociar, pero su voz carece de convicción.

—Un millón, y no volverás a ver un céntimo más —respondo firmemente—. Es una oferta única e innegociable, Rebecca. Tómala o déjala.

Nos mira a ambos, calculando sus opciones, evaluando su posición. Finalmente, extiende la mano hacia Adrian.

—Dame un bolígrafo.

Adrian extrae una pluma estilográfica de su bolsillo interior y se la entrega junto con el documento. Rebecca lo firma con movimientos rápidos y bruscos, casi rasgando el papel con la fuerza de su rabia.

—No te preocupes por la validez —comenta Adrian mientras firma como testigo—. Me he asegurado de que sea legal y vinculante en todos los aspectos.

Cuando la última firma está plasmada, siento cómo un peso enorme se levanta de mis hombros. Es como si pudiera respirar plenamente por primera vez desde que Rebecca apareció en mi puerta.

—La transferencia se realizará en las próximas veinticuatro horas —informo, guardando mi copia del documento—. Y ahora, si nos disculpas, tenemos asuntos importantes que atender.

Rebecca nos mira con odio apenas contenido mientras nos levantamos para irnos.

—Espero que seáis muy felices —dice, su voz goteando veneno—. Tú, tu hijo bastardo y tu zorrita de turno.

Algo primitivo y violento se agita dentro de mí ante sus palabras. Adrian debe sentirlo, porque coloca una mano firme en mi brazo, conteniéndome.

—No merece ni un segundo más de tu atención —murmura—. Piensa en Cloe. En Noah. ¿No quieres verlos?

Tiene razón. Con un último vistazo a la mujer que casi destruye todo lo que amo, me giro y me alejo. Rebecca ya no existe para nosotros. Es apenas un mal recuerdo que se desvanecerá con el tiempo.

En el vestíbulo, Noah nos espera en brazos de la niñera. Cuando me ve, extiende sus manitas hacia mí, y al tomarlo en mis brazos, siento cómo el último vestigio de miedo se disuelve.

—Ya está, campeón —le susurro contra su pelo suave—. Ya está todo solucionado.

Adrian me observa con una mezcla de orgullo y satisfacción.

—Nunca te había visto así —comenta mientras salimos del hotel hacia la luz del día—. Tan... implacable.

—Nunca había tenido tanto que perder —respondo simplemente.

Y es cierto. Hace apenas unos meses, mi vida giraba en torno a casos legales, contratos millonarios y noches solitarias en mi ático perfectamente ordenado. Ahora, tengo un hijo. Tengo un propósito. Y, si no es demasiado tarde, podría tener el amor de una mujer extraordinaria que nos ha cambiado la vida a ambos.

—¿Crees que Cloe volverá? ¿Qué querrá estar conmigo? —pregunto, mientras caminamos hacia el coche.

Adrian me mira, una sonrisa conocedora curvando sus labios.
—Solo hay una forma de averiguarlo —responde—. Ve a buscarla.
Y eso es exactamente lo que pienso hacer.

CAPÍTULO 29

CLOE

El techo de la habitación de invitados en casa de Ava y Adrian tiene una pequeña grieta con forma de relámpago que he estado observando durante horas. El tiempo ha perdido su significado desde que ayer salí del ático de Jason con el corazón hecho pedazos y una maleta que pesaba tanto como mi dolor.

Estoy tumbada en posición fetal, con las rodillas pegadas al pecho, como si pudiera contener físicamente el dolor que amenaza con desbordarme. Las cortinas están echadas, sumiendo la habitación en una penumbra que coincide perfectamente con mi estado de ánimo. Ava ha intentado que coma, que me levante, que hable sobre lo ocurrido, pero yo solo he podido encogerme más sobre mí misma, protegiéndome de un mundo que parece demasiado oscuro sin ellos.

Sin Jason. Sin Noah.

El simple acto de respirar duele. Es como si cada inhalación tuviera que pasar a través de cristales rotos alojados en mi pecho. Y lo peor es que sé que he hecho lo correcto. Lo sé. Pero eso no hace que duela menos.

Un suave golpe en la puerta me sobresalta. Seguramente es Ava de nuevo, con otra taza de té que se enfriará sin ser bebida. No respondo. No tengo ganas ni de pronunciar un simple «adelante».

La puerta se abre despacio, dejando entrar un haz de luz del pasillo que corta la oscuridad como un cuchillo. Una silueta se recorta en el umbral, y mi corazón, ese traidor, da un vuelco al reconocer la forma alta y ancha de esos hombros.

No puede ser.

—¿Cloe?

Su voz. Dios mío, su voz. Ronca, profunda, con ese matiz de preocupación que solo le he escuchado cuando Noah está enfermo. Pero no puede ser real. Debe ser un producto de mi imaginación desesperada, de la falta de sueño, del dolor.

—¿Puedo pasar?

Parpadeo, intentando aclarar mi visión borrosa por las lágrimas. La silueta se transforma gradualmente en Jason, real y sólido, cerrando la puerta tras de sí. Lleva un traje que reconozco —el gris antracita— pero está arrugado. Su pelo, normalmente impecable, está despeinado, como si hubiera pasado sus manos por él demasiadas veces.

Me incorporo lentamente, apoyando la espalda contra el cabecero, sin fiarme de mis piernas temblorosas para sostenerme. Un millón de preguntas se agolpan en mi mente, pero mi garganta está tan seca que solo consigo articular una:

—¿Dónde está Noah?

Su expresión se suaviza, y hay una ternura en su mirada que me desarma por completo.

—Está abajo, con Ava, Adrian y las gemelas —responde, acercándose con pasos cautelosos, como si temiera que pudiese desvanecerme.

Un sollozo silencioso se me escapa.

—¿Qué haces aquí, Jason? —pregunto finalmente, mi voz apenas un susurro roto.

Verlo solo hace que tener que alejarme de nuevo de él sea más difícil. ¿Es que no se da cuenta?

Se sienta en el borde de la cama, lo suficientemente cerca para sentir su calor, pero sin tocarme aún. Hay una determinación en su rostro que conozco bien, esa expresión que dice que ha tomado una decisión y nada en el mundo le hará cambiar de idea.

—Rebecca se ha ido —dice simplemente—. Para siempre.

Mi corazón se detiene por un instante, para luego reanudar su latido a un ritmo vertiginoso.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que he conseguido pruebas de sus verdaderas intenciones —explica, y hay un fuego frío en sus ojos que nunca

había visto—. Ha renunciado legalmente a todos sus derechos sobre Noah. A cambio de una suma considerable, por supuesto, pero ha firmado los documentos. No volverá a molestarnos nunca más.

El alivio que siento es tan intenso que me deja mareada. Noah está a salvo. Jason está a salvo. Pero entonces, registro sus palabras: «No volverá a molestarnos». Nos. Como si aún fuéramos un «nosotros».

—Me alegro por vosotros —digo, intentando mantener mi voz firme, aunque cada sílaba duele—. Noah merece estar con su padre sin esa amenaza sobre vuestras cabezas.

Jason me mira con una intensidad que casi puedo sentir físicamente.

—Cloe —dice, y mi nombre en sus labios suena como una plegaria—. Te echo de menos. Noah te echa de menos. El apartamento está tan vacío sin ti...

—No —lo interrumpo, porque si continúa, voy a romperme del todo—. No hagas esto, Jason. Hice lo correcto al marcharme. Rebecca me habría utilizado contra ti en los tribunales. No podía ser la razón por la que perdieras a Noah.

—Pero ya no está —insiste, acercándose más—. Ya no hay ninguna amenaza. No hay ninguna razón para que sigas lejos de nosotros.

Niego con la cabeza, las lágrimas volviendo a formarse en mis ojos.

—No podemos simplemente volver a como estaban las cosas. Tener que irme cuando llegue el momento en una semana me destrozará. No puedo hacerlo —digo, aunque cada palabra contradice lo que desea mi corazón—. Yo soy la niñera temporal, ¿recuerdas? Solo me quedaba hasta después de Reyes.

Jason toma mi mano entonces, el contacto enviando una descarga eléctrica por todo mi brazo. Sus dedos están calientes contra mi piel perpetuamente fría, y se entrelazan con los míos como si hubieran nacido para estar juntos.

—No quiero que seas la niñera temporal —dice, su voz bajando a ese tono profundo que hace que mi estómago se contraiga—. No quiero que seas temporal en nuestras vidas en absoluto.

Me quedo sin aliento, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que puede oírlo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que te quiero, Cloe Martínez —declara, con una certeza que hace que me tiemblen las rodillas—. Estoy completamente, irremediablemente enamorado de ti. Y sé que probablemente es demasiado pronto, que es una locura, pero cuando encontré tu nota... cuando comprendí que te habías marchado por nosotros... algo dentro de mí se rompió.

Un sollozo se me escapa, pero esta vez no es de dolor sino de incredulidad. De esperanza.

—Jason...

—Déjame terminar, por favor —me pide, apretando suavemente mi mano.

Asiento, incapaz de hablar a través del nudo en mi garganta.

—Toda mi vida he estado planificando, controlando, asegurándome de que nada pudiera sorprenderme —continúa, sus ojos fijos en los míos—. Y entonces apareció Noah, y mi mundo se puso patas arriba. Pero tú... tú fuiste quien me enseñó a abrazar ese caos, a encontrar belleza en lo impredecible. Me enseñaste a ser padre. Me enseñaste a amar. Te amo. No me imagino seguir viviendo sin ti.

Una lágrima se desliza por mi mejilla, pero no hago ningún intento de secarla.

—Quiero que vuelvas —dice, y hay una vulnerabilidad en su voz que nunca le había oído—. No como niñera, no como amiga. Quiero que vuelvas como parte permanente de nuestras vidas. Quiero que Noah crezca contigo a su lado. Quiero despertar cada mañana con tu caos junto a mi orden. Quiero escuchar tus cuentos fantásticos y tus canciones desafinadas y tus risas que llenan cada rincón del apartamento. Quiero poder vivir el resto de mi vida contigo.

Más lágrimas caen, imposibles de contener. Jason suelta mi mano para tocar mi rostro, sus dedos secando suavemente mis mejillas húmedas.

—Sé que es mucho pedir —continúa, su voz cada vez más ronca —. Sé que quizás necesites tiempo para pensarlo. Y te lo daré. Te

daré todo el tiempo que necesites. Pero tenía que decírtelo ahora. Tenía que intentarlo.

El silencio cae entre nosotros, cargado de emociones no dichas, de posibilidades, de promesas. Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda salirse de mi pecho. Las palabras de Jason flotan en el aire, tan perfectas, tan imposibles, que temo que si me muevo, si respiro demasiado fuerte, todo se desvanecerá como un sueño demasiado hermoso.

Pero su mano en mi mejilla es real. El calor de su cuerpo cercano al mío es real. El amor en sus ojos, desnudo y vulnerable, es real.

—No necesito tiempo —digo finalmente, mi voz apenas un susurro—. No necesito pensarlo.

Sus ojos se agrandan, una chispa de esperanza encendiéndose en ellos.

—¿Qué quieres decir?

Tomo su rostro entre mis manos, acercándome hasta que nuestras frentes se tocan, nuestros alientos mezclándose en el espacio íntimo entre nosotros.

—Quiero decir que yo también te quiero, Jason Brown —confieso, las palabras fluyendo desde lo más profundo de mi ser—. Creo que llevo toda la vida enamorada de ti. De tu estructura, de tu orden, de tu disciplina. Y ahora, de cómo cuidas a Noah, de cómo intentas ser mejor cada día por él. Creo que te amaba incluso cuando discutíamos cada vez que nos veíamos.

Un suspiro tembloroso escapa de sus labios, su cuerpo tensándose como si recibiera un golpe.

—¿De verdad? —pregunta, y hay tal vulnerabilidad en esa simple pregunta que me rompe y me recompone a la vez.

—De verdad —confirmo, acariciando su mejilla, sintiendo la aspereza de su barba incipiente bajo mis dedos—. Te quiero, Jason. Os quiero a los dos. Y nada me haría más feliz que formar parte de vuestra familia. De forma permanente.

Algo cambia en su expresión, una transformación tan profunda y completa que me deja sin aliento. Es como si todas sus defensas, todas las máscaras que utiliza para enfrentarse al mundo, hubieran

caído de golpe, dejando sólo al hombre debajo. Al hombre que me quiere.

Y entonces me besa. No es un beso gentil ni contenido. Es hambriento, desesperado, cargado de todo lo que hemos estado sintiendo, de todo lo que hemos estado reprimiendo. Sus manos se enredan en mi pelo, las mías se aferran a sus hombros, y nos hundimos juntos en la cama, nuestros cuerpos finalmente encontrando el camino a casa.

Cada caricia es una promesa, cada suspiro una confesión. Me deshago bajo sus manos, que exploran mi cuerpo como si lo estuviera descubriendo por primera vez, como si tuviera todo el tiempo del mundo para memorizar cada curva, cada línea.

—Te he echado tanto de menos —murmura contra mi cuello, sus labios trazando un camino ardiente hacia mi clavícula—. Apenas han pasado unas horas y ha sido como un agujero en mi pecho. La sensación de haberte perdido.

—Lo sé —respondo, arqueándome cuando sus dedos encuentran piel desnuda bajo mi camiseta—. Para mí también.

Nos desnudamos mutuamente con una mezcla de urgencia y reverencia. Cada prenda que cae revela no solo piel, sino vulnerabilidades, esperanzas, sueños compartidos. Y cuando finalmente estamos piel contra piel, cuando no queda nada entre nosotros, algo cambia en el aire, algo fundamental.

No es solo deseo lo que nos une ahora. Es algo más profundo, más sagrado. Una conexión que trasciende lo físico, que alcanza lo más íntimo de nuestros seres.

—Te quiero —susurra Jason, entrando en mí con una suavidad que contradice la intensidad de su mirada—. Te quiero como nunca pensé que podría querer a nadie.

Me aferro a él, nuestros cuerpos moviéndose en perfecta sincronía, encontrando un ritmo que parece tan natural como respirar. Cada embestida, cada roce, cada suspiro compartido es una declaración. Una promesa. Un futuro.

Cuando el placer alcanza su punto máximo, cuando nos perdemos el uno en el otro en ese momento perfecto de unión absoluta, es como si todas las piezas dispersas de mi vida finalmente encajaran

en su lugar. Como si hubiera encontrado mi hogar no en un lugar, sino en una persona. En dos personas.

Después, tumbados juntos en la quietud, con nuestros cuerpos entrelazados y nuestras respiraciones acompasándose gradualmente, Jason traza patrones invisibles en mi espalda desnuda.

—¿Vendrás a casa con nosotros? —pregunta, su voz suave pero segura—. Noah está impaciente por verte.

Sonrío contra su pecho, sintiendo su corazón latir bajo mi mejilla.

—Sí —respondo, la palabra simple pero cargada de promesas—. Vamos a casa.

Y mientras nos vestimos, mientras nos preparamos para reunirnos con Noah, con nuestra familia, siento una certeza absoluta asentarse en mi interior. No sé qué nos depara el futuro. No sé qué desafíos enfrentaremos. Pero sé esto: lo que hemos encontrado juntos, este amor nacido del caos y el orden, de las diferencias y las complementariedades, es real.

Es para siempre.

CAPÍTULO 30

CLOE

La luz dorada del anochecer se filtra a través de los ventanales del ático, proyectando un resplandor cálido sobre mi portátil. El sonido rítmico de mis dedos sobre el teclado se mezcla con el gorjeo alegre de Noah desde la cocina, donde Jason intenta, con una paciencia infinita, enseñarle a comer espaguetis sin convertir la trona en una zona de desastre.

Sonrío sin apartar la mirada de la pantalla. Las palabras fluyen como nunca antes, derramándose desde mis pensamientos directamente a mis dedos. Después de meses de bloqueo, de frustraciones y páginas en blanco, mi novela avanza a un ritmo que ni yo misma puedo creer.

«*Alexandra observó cómo Nicholas sostenía a la pequeña Emma contra su pecho, su expresión tan diferente de la máscara fría que mostraba al mundo. ¿Quién habría imaginado que aquel hombre, tan obsesionado con el control y la perfección, podría derretirse completamente ante una niña de seis meses? Y más importante aún, ¿quién habría imaginado que ella, que siempre había huido del compromiso como de la peste, estaría dispuesta a entregar su corazón por completo a aquel improbable dúo?*»

Las palabras se detienen un momento mientras levanto la vista para observar a través del arco que separa el salón de la cocina. Jason ha conseguido, milagrosamente, que Noah se coma la mitad de su plato sin mayores percances. Lo veo limpiar con ternura una mancha de salsa de la barbilla de nuestro hijo, su rostro iluminado por una sonrisa que pocos tienen el privilegio de ver. Esa sonrisa que reserva solo para nosotros, para su familia.

Su familia. Nuestra familia.

Han pasado dos meses desde aquel día en casa de Ava, desde aquella confesión desesperada que lo cambió todo. Dos meses de descubrimientos, de adaptaciones, de rutinas nuevas y momentos robados. Dos meses en los que mi corazón no ha dejado de expandirse para acoger todo este amor que a veces parece demasiado grande para contenerlo en mi pecho.

Un chillido de alegría atrae mi atención. Noah agita sus manitas regordetas, salpicando pequeñas gotas de salsa mientras me mira con esos ojos verdes idénticos a los de su padre. Sus brazos se extienden hacia mí en ese gesto universal: quiere que lo coja.

Dejo el portátil sobre el sofá y me acerco a la cocina. Noah, con la cara parcialmente cubierta de salsa de tomate, continúa haciendo ruiditos entusiasmados, rebotando en su trona al verme aproximarme.

—¡Mira quién está disfrutando de sus espaguetis! —digo, inclinándome para besar su cabecita—. Eres todo un gourmet, cariño.

Jason me mira con una mezcla de diversión y adoración que aún me quita el aliento.

—Habíamos acordado que yo me encargaba de la alimentación y tú de la parte creativa —dice, atrapándome por la cintura cuando intento pasar a su lado—. Ese es nuestro trato, ¿recuerdas?

Su cuerpo, cálido y sólido contra el mío, envía un hormigueo de deseo por mi columna. Incluso después de estos meses, su contacto sigue provocándome la misma reacción visceral que el primer día.

—Lo recuerdo —murmuro, dejándome caer contra su pecho—. Pero es difícil concentrarse cuando vosotros dos estáis siendo tan adorables aquí.

Su risa vibra contra mi espalda, y siento cómo sus labios se posan brevemente en mi cuello, en ese punto exacto que sabe que me hace estremecer.

—¿Has avanzado mucho? —pregunta, su aliento cálido contra mi piel.

—Quince páginas —respondo con orgullo—. Y buenas. Creo que realmente buenas.

Sus brazos se estrechan a mi alrededor, en ese abrazo protector que he llegado a anhelar como el aire.

—Por supuesto que son buenas —afirma con esa confianza absoluta que siempre tiene en mí—. Todo lo que escribes lo es.

Noah reclama nuestra atención con un golpeteo rítmico de su cuchara contra la bandeja de la trona, salpicando gotitas de salsa en todas direcciones. Sus gorjeos aumentan de volumen, claramente descontento con ser ignorado.

—El pequeño príncipe exige más atención —bromeo, liberándome del abrazo de Jason para acercarme a Noah—. Y posiblemente más espaguetis.

Jason me observa con esa expresión que siempre me desconcierta un poco: una mezcla de reverencia y asombro, como si no pudiera creer del todo que estoy aquí, con ellos, formando esta familia que ninguno de los dos había planeado.

—Se parece tanto a ti —dice, mientras sirvo otra cucharada de pasta en el plato de Noah—. Esa forma de reclamar atención cuando la conversación no gira en torno a él.

Le lanzo una mirada de fingida indignación.

—¿Estás insinuando que soy una *drama queen*, Jason Brown?

—Estoy afirmando —corrige con una sonrisa traviesa— que tanto tú como nuestro hijo sabéis exactamente cómo conseguir lo que queréis de mí.

Nuestro hijo. Dos simples palabras que hacen que mi corazón dé un vuelco cada vez que las escucho. Porque Noah, este pequeño ser que llegó a nuestras vidas por casualidad, se ha convertido en mi hijo en todos los aspectos que importan. No le di la vida, pero le doy todo lo demás: amor, cuidado, protección. Y a cambio, él me ha dado un propósito que nunca supe que buscaba.

La cena continúa entre risas y espaguetis voladores. Noah, para desgracia de Jason y su obsesión por la higiene, termina con más pasta en el pelo que en el estómago, lo que significa baño anticipado. Ver a estos dos hombres de mi vida, uno grande y otro diminuto, chapoteando en el agua tibia, es una imagen que atesoro cada día.

Mientras Jason termina de secar a Noah, yo regreso a mi portátil, determinada a aprovechar la inspiración que aún fluye por mis venas. La historia avanza con una facilidad que me sorprende, los personajes cobrando vida bajo mis dedos casi sin esfuerzo.

No es coincidencia, por supuesto. Mi novela, aunque ambientada en una época y lugar completamente diferentes, bebe de mi propia experiencia. De cómo el amor puede aparecer en los lugares más inesperados, con las personas más improbables. De cómo a veces, lo que parece un accidente, una casualidad, puede convertirse en el mayor regalo de tu vida.

—Está dormido —anuncia Jason en voz baja, entrando en el salón una hora después—. El baño lo ha dejado exhausto.

Levanto la vista de la pantalla, parpadeando para ajustar mi visión después de tanto tiempo fijada en las palabras. Jason se ha cambiado a un pantalón de chándal y una camiseta que se ajusta a su torso de una manera que aún me hace perder el hilo de mis pensamientos. Su pelo está húmedo, ligeramente revuelto, y hay algo en esa imagen de Jason Brown ligeramente despeinado que me resulta irresistible.

—Parece que a ti también —bromeo, notando las leves ojeras bajo sus ojos.

Se deja caer a mi lado en el sofá, estirando un brazo por detrás de mis hombros para atraerme hacia él.

—Vale la pena —responde, besando mi sien—. Cada minuto de sueño perdido.

Me acurruco contra su costado, inhalando ese aroma que es únicamente suyo: una mezcla de aftershave caro, champú y algo más profundo, más elemental. Es el olor a hogar, a seguridad, a pertenencia.

—¿En qué parte vas? —pregunta, echando un vistazo a la pantalla.

—Alexandra acaba de descubrir que está enamorada —respondo, dejando que mis dedos tracen patrones invisibles sobre su pecho—. Y está absolutamente aterrorizada.

Jason suelta una risa suave, y siento la vibración bajo mi mejilla.

—Me suena familiar —dice, sus dedos enredándose distraídamente en mi pelo—. ¿Y qué va a hacer al respecto?

—Probablemente huir —contesto con una sonrisa—. Para luego darse cuenta de que no puede vivir sin ellos y volver arrepentida.

—Me gusta como suena —murmura, y hay una nota en su voz que me hace levantar la mirada.

Sus ojos, de ese verde intenso que Noah ha heredado a la perfección, me estudian con una mezcla de vulnerabilidad y determinación que reconozco de nuestros momentos más íntimos.

—¿Qué pasa? —pregunto, enderezándome ligeramente.

Jason respira profundamente, como reuniendo valor para algo. Su mano busca la mía, entrelazando nuestros dedos con esa seguridad que siempre me transmite.

—He estado pensando —comienza, su pulgar trazando círculos en mi palma—. Estos dos meses han sido... perfectos. Tú, yo, Noah. Esta familia que hemos construido.

Mi corazón comienza a latir más rápido, anticipando lo que podría venir a continuación.

—Para mí también —admito en voz baja—. Más que perfectos.

—Y me preguntaba... —continúa, y puedo notar cómo se tensa ligeramente bajo mi toque—. Me preguntaba si querrías hacerlo oficial.

—¿Oficial? —repito, sin estar segura de lo que está sugiriendo exactamente.

Jason se separa ligeramente, lo suficiente para poder mirarme directamente a los ojos. Hay una intensidad en su mirada que me deja sin aliento.

—Cásate conmigo, Cloe —dice, y no es una pregunta sino una declaración, simple y directa como todo lo que hace—. Sé mi esposa. Formemos una familia de verdad, los tres.

El aire abandona mis pulmones en una exhalación brusca. Es tan inesperado y a la vez tan perfecto que por un momento me quedo completamente inmóvil, incapaz de procesar lo que acabo de escuchar.

—¿Quieres que me case contigo? —Las palabras salen apenas en un susurro, como si al decirlas más alto pudieran desvanecerse.

Jason asiente, y hay tal certeza en sus ojos que me hace temblar.

—Nunca he querido nada con tanta seguridad —afirma, llevando mi mano a sus labios para besarla—. Quiero despertarme a tu lado cada mañana. Quiero que Noah crezca en un hogar con dos padres que se aman. Quiero que seas mi esposa, mi compañera, mi caos personal para siempre.

Las lágrimas empiezan a formarse en mis ojos, y ni siquiera intento contenerlas. La enormidad de lo que me está ofreciendo me sobrepasa: no solo su amor, sino una familia completa, un futuro juntos, un compromiso tan profundo que casi me asusta.

—No tienes que responder ahora —añade rápidamente, interpretando mal mi silencio—. Sé que es una decisión enorme y quiero que tengas tiempo para...

Lo interrumpo con un beso, volcando en él todo lo que las palabras no pueden expresar: gratitud, alegría, amor desbordante. Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento.

—Sí —digo simplemente—. Sí, quiero casarme contigo. Quiero ser tu esposa. Quiero ser vuestra familia para siempre.

La sonrisa que ilumina su rostro es tan brillante, tan genuina, que me deja momentáneamente deslumbrada.

—Te quiero tanto que a veces me asusta —confiesa, apoyando su frente contra la mía—. Nunca pensé que podría sentir algo tan fuerte por nadie.

—Yo también te quiero —respondo, sintiendo cómo la felicidad burbujea en mi interior como champán recién descorchado—. A ti y a nuestro pequeño monstruo de los espaguetis.

Su risa se mezcla con la mía, y por un momento perfecto, el mundo parece detenerse a nuestro alrededor. Solo existimos nosotros tres: Jason, Noah y yo. Una familia nacida del caos y de las circunstancias más extrañas, pero más real, más sólida que cualquier otra que hubiera podido imaginar.

—Casi lo olvido —dice de repente, separándose para meter la mano en el bolsillo de su pantalón.

Cuando abre la palma de su mano, un pequeño anillo de platino con un solitario resplandece bajo la luz tenue del salón. Es elegante

y delicado, con un diseño que de alguna manera consigue ser tanto clásico como único.

—Lo compré hace una semana —admite, con una timidez que encuentro adorable en un hombre generalmente tan seguro de sí mismo—. Lo llevaba conmigo esperando el momento perfecto.

—Y el momento perfecto es después de un baño de espaguetis —bromeo, aunque las lágrimas vuelven a mis ojos.

Jason toma mi mano izquierda, deslizando el anillo en mi dedo con una reverencia que me conmueve hasta lo más profundo.

—El momento perfecto es cualquiera en el que estés tú —responde, con una sinceridad que me desarma por completo.

El anillo se ajusta perfectamente a mi dedo, como si hubiera sido diseñado específicamente para mí. El diamante captura la luz y la refleja en diminutos arcoíris que danzan sobre nuestras manos unidas.

—Es precioso —susurro, admirando cómo luce en mi mano—. Perfecto.

—Como tú —dice Jason, y antes de que pueda responder con alguna broma para aligerar la carga emocional del momento, sus labios están sobre los míos, sellando nuestra promesa con un beso que sabe a futuro, a hogar, a pertenencia.

Más tarde, mucho más tarde, cuando la luna llena baña nuestra habitación con su luz plateada y Jason duerme profundamente a mi lado, me deslizo silenciosamente fuera de la cama. El suelo está frío bajo mis pies descalzos mientras me dirijo a la habitación de Noah.

Se ha vuelto una costumbre para mí, este ritual nocturno de comprobar que está bien, de ver su pecho subir y bajar con respiraciones tranquilas, de asegurarme de que no esté destapado o incómodo.

Me detengo junto a su cuna, observando su rostro relajado en sueños. Tiene las mejillas sonrosadas y los labios ligeramente entreabiertos, los puños diminutos apoyados a ambos lados de su cabeza. En reposo, el parecido con Jason es aún más evidente: la misma frente, la misma barbilla, la misma expresión de serenidad absoluta.

—Tu padre me ha pedido que me case con él —susurro, aunque sé que no puede oírme—. Vamos a ser una familia de verdad.

Le acaricio suavemente la mejilla, maravillándome de su piel perfecta, de la confianza absoluta con la que duerme, seguro de que estará protegido, amado.

—Te prometo algo —continúo en voz baja—. Te querré cada día de mi vida como si hubieras crecido dentro de mí. Te protegeré con todo lo que tengo. Y te enseñaré que a veces, las mejores familias son las que creamos, no las que nos vienen dadas.

Noah suspira en sueños, como si de alguna manera pudiera entender mis palabras. Me quedo unos minutos más, simplemente observándolo, grabando este momento en mi memoria para cuando sea mayor y ya no me permita mirarlo así.

Cuando finalmente regreso a la cama, Jason se gira instintivamente hacia mí, atrayéndome contra su cuerpo cálido sin siquiera despertarse del todo.

—¿Todo bien? —murmura, su voz espesa por el sueño.

—Todo perfecto —respondo, acurrucándome contra su pecho mientras el anillo en mi dedo brilla con un destello plateado en la oscuridad—. Absolutamente perfecto.

Y mientras el sueño me reclama nuevamente, pienso en lo extraño que es el destino. En cómo un bebé abandonado, un hombre controlador y una mujer caótica han encontrado su camino hacia una familia que nadie había planeado pero que todos necesitábamos desesperadamente.

Mi último pensamiento consciente es para mi novela, donde la historia de un amor improbable pero perfecto continúa escribiéndose. Una historia que, como la nuestra, está llena de giros inesperados, de momentos difíciles, pero sobre todo, de un amor que trasciende cualquier plan, cualquier expectativa.

Un amor que, como el nuestro, simplemente estaba destinado a ser.

EPÍLOGO

CLOE

El juzgado de familia del condado de Nueva York parece menos intimidante de lo que había imaginado. Las paredes color crema, los bancos de madera pulida y la luz natural que entra por los grandes ventanales le dan un aire casi acogedor, muy diferente a la imagen fría e impersonal que había construido en mi mente.

Mis dedos juguetean nerviosamente con el borde de mi vestido azul marino, elegido específicamente para la ocasión tras probarme media docena de opciones. Jason dice que me habría visto preciosa con cualquiera de ellos, pero yo quería que todo fuese perfecto hoy. El vestido, con un corte imperio que acomoda elegantemente mi vientre de cinco meses, fue la elección final después de muchas deliberaciones.

—Estás preciosa, y todo va a salir bien —susurra Jason a mi lado, su mano cálida posándose sobre la mía para detener mi tic nervioso.

Le sonrío, agradecida por su calma cuando yo soy un manojo de nervios. Ha pasado un año desde que Rebecca desapareció de nuestras vidas, un año de felicidad que culmina hoy con el paso más importante: convertirme legalmente en la madre de Noah.

Nuestro pequeño está sentado en el banco frente a nosotros, con Ava y Adrian flanqueándolo como guardianes protectores. Con casi dos años, está absolutamente adorable con su pequeño traje azul marino que hace juego con mi vestido. Su pelo negro, rebelde como siempre, ha sido domado con gel para la ocasión, aunque un mechón terco ya ha vuelto a caer sobre su frente.

Como si sintiera mi mirada, Noah levanta la vista y me regala una de esas sonrisas que me derriten por completo. Sus ojos verdes brillan con una inocencia que me hace querer congelar este

momento para siempre. Estira sus brazos hacia mí, y yo me inclino para acogerlo en mi regazo, donde inmediatamente apoya su manita en mi vientre abultado.

—Bebé —dice con su vocecita clara, una de las primeras palabras que aprendió y que repite constantemente desde que supo que tendrá una hermanita.

—Sí, cariño, la bebé está ahí dentro —confirmo, cubriendo su manita con la mía—. Y está muy contenta porque hoy es un día muy especial.

Jason se inclina hacia nosotros, su brazo rodeando mis hombros en ese gesto protector que ha perfeccionado a lo largo del tiempo juntos.

—Hoy —dice con esa voz suave que reserva solo para nosotros—, vamos a ser oficialmente una familia. Aunque, en realidad, lo hemos sido desde el principio.

La emoción me cierra la garganta. No puedo creer lo afortunada que soy. Hace poco estaba atrapada en un bloqueo creativo, viviendo sola, sin dirección clara. Y ahora... ahora tengo un marido al que adoro, un hijo que ha robado mi corazón desde el primer día, una hija en camino, y mi novela publicada con críticas que superan mis sueños más optimistas.

La puerta del despacho del juez se abre, y una secretaria con aspecto eficiente nos indica que podemos pasar. Jason se pone de pie primero, extendiéndome una mano para ayudarme a levantarme con Noah aún en mis brazos. Mi abultado vientre hace que estos movimientos sean cada vez más complicados, pero me niego a soltar a mi hijo en este momento.

Nuestro pequeño grupo avanza hacia el despacho: Jason y yo al frente, seguidos por Ava y Adrian, que han insistido en ser testigos de este momento.

El despacho del juez es elegante pero cálido, con estanterías repletas de libros jurídicos y fotografías familiares que humanizan el espacio. El juez Henderson, un hombre afroamericano de unos sesenta años con una sonrisa amable, nos recibe de pie.

—Familia Brown —saluda, estrechando nuestras manos—. Por favor, tomad asiento.

Nos sentamos en las sillas dispuestas frente a su escritorio, con Noah ahora en el regazo de Jason, observando todo con esos ojos curiosos que parecen absorber cada detalle.

—Bien —comienza el juez, colocándose unas gafas de lectura—, estamos aquí para formalizar la adopción de Noah Brown por parte de Cloe Brown. He revisado toda la documentación, los informes sociales y psicológicos, y debo decir que es uno de los casos más claros que he tenido el placer de presidir.

Una oleada de alivio me recorre, aunque racionalmente sabía que todo estaba en orden. Jason se ha asegurado personalmente de que cada documento, cada informe, cada requisito estuviese perfectamente cumplido. No por nada es uno de los mejores abogados de Nueva York.

—Según los informes —continúa el juez—, Noah ha estado bajo el cuidado conjunto de ustedes desde que el señor Brown obtuvo su custodia. La señora Brown ha sido una figura materna constante y amorosa durante todo este tiempo, incluso antes de su matrimonio hace seis meses.

El juez levanta la vista de los papeles y me mira directamente.

—Señora Brown, ¿entiende que la adopción es un compromiso permanente e irrevocable? ¿Que al firmar estos documentos, asume todos los derechos y responsabilidades como madre de Noah, exactamente igual que si lo hubiera dado a luz?

Mi corazón late tan fuerte que temo que todos puedan oírlo. La mano de Jason encuentra la mía, apretándola suavemente.

—Lo entiendo perfectamente, Su Señoría —respondo, mi voz sorprendentemente firme a pesar de la emoción—. Y no hay nada que desee más en el mundo.

El juez asiente, visiblemente satisfecho con mi respuesta.

—Señor Brown, como padre biológico y custodio legal de Noah, ¿da su consentimiento pleno y libre para que su esposa adopte a su hijo, compartiendo con usted iguales derechos y responsabilidades parentales?

Jason se endereza, su mano aún entrelazada con la mía.

—Sí, Su Señoría. Lo doy sin ninguna reserva.

—Muy bien —dice el juez, y por primera vez, veo una sonrisa cálida extenderse por su rostro—. Normalmente, en estos casos, suelo preguntar si alguien tiene algo que decir antes de proceder. Pero dado que la madre biológica ha renunciado formalmente a todos sus derechos y no hay otras partes involucradas...

—Si me permite, Su Señoría —interrumpe Jason, sorprendiéndome—, sí hay alguien que quizás quiera decir algo.

El juez lo mira con curiosidad, y Jason se gira hacia Noah, que juega distraídamente con el botón de su chaqueta.

—Noah —dice Jason con suavidad—, ¿quieres decirle al juez quién es ella? —pregunta, señalándome.

Noah levanta la vista, primero hacia su padre, luego hacia mí, y finalmente hacia el juez. Con esa claridad asombrosa que a veces tienen los niños pequeños, sonríe y dice sin vacilación:

—¡Mi mamá!

Las lágrimas que he estado conteniendo toda la mañana finalmente se derraman por mis mejillas. El juez, claramente conmovido, asiente con aprobación.

—Creo que eso lo resume perfectamente —dice, y hay un tono de satisfacción en su voz—. En vista de toda la documentación, los informes favorables, y lo que es evidente incluso para este viejo juez: el vínculo de amor que existe entre ustedes, es un honor para mí aprobar esta adopción.

Extiende hacia nosotros un documento oficial con sellos dorados y firmas que certifican lo que mi corazón ya sabe: legalmente, oficialmente, irrevocablemente, soy la madre de Noah.

Con manos temblorosas, cojo la pluma que me ofrece y firmo en la línea indicada. Jason firma después, su mano firme y segura, como siempre. Finalmente, el juez estampa su firma y su sello, haciendo oficial lo que en nuestros corazones era una realidad desde hace mucho tiempo.

—Felicidades, familia Brown —declara con solemnidad—. Por el poder que me confiere el estado de Nueva York, confirmo que Noah es ahora, legal y plenamente, hijo de ambos, con todos los derechos y privilegios que esto conlleva.

Un sollozo de felicidad escapa de mi garganta cuando Jason me abraza, con Noah apretujado entre nosotros. Puedo sentir los brazos de Ava rodeándonos, las palmadas de Adrian en la espalda de Jason.

—Te quiero —susurra Jason contra mi pelo—. Os quiero a los tres.

—Y nosotros a ti —respondo, saboreando el momento, grabándolo en mi memoria para siempre.

Cuando salimos del juzgado, el sol nos recibe con un brillo frío pero acogedor. La nieve que cubre las calles de Manhattan resplandece como diamantes bajo la luz, y el aire fresco me ayuda a calmar las emociones que amenazan con desbordarme.

Noah camina entre nosotros, sujetando una mano de cada uno, dando saltitos de emoción porque le hemos prometido helado a pesar del frío.

—¿Cómo te sientes, mamá? —pregunta Jason, con esa sonrisa que aún me hace temblar las rodillas después de todo este tiempo.

Mamá. Oficialmente, legalmente, completamente.

—Como si todo estuviese finalmente en su lugar —respondo, llevando una mano a mi vientre donde nuestra hija da pequeñas patadas, como celebrando ella también—. Como si hubiésemos completado un círculo.

Jason asiente, entendiendo perfectamente lo que quiero decir.

—¿Sabes? —dice, mientras caminamos hacia el restaurante donde hemos reservado para celebrar—, cuando los servicios sociales me llamaron aquella noche, pensé que mi vida ordenada se había acabado para siempre.

—Y tenías razón —bromeo, recordando lo obsesionado que estaba con los horarios y las rutinas al principio.

—Tenía razón —confirma, sorprendiéndome—. Pero lo que no sabía entonces es que estaba a punto de comenzar una vida mucho mejor. Una vida con propósito, con risas, con pequeños desastres que se convierten en nuestros momentos favoritos. Una vida llena de amor y de felicidad.

Noah tira de nuestras manos, impaciente por llegar al restaurante y su prometido helado. Jason lo levanta en brazos con esa facilidad que siempre me maravilla, y continuamos nuestro camino, formando una unidad perfecta contra el frío de Nueva York.

Y mientras avanzamos, pienso en lo extraordinario que es el destino. En cómo un bebé inesperado, abandonado en los servicios sociales, unió a un abogado obsesionado con el control y a una escritora caótica que llevaban años discutiendo cada vez que se veían.

En cómo lo que parecía un error, un accidente, una complicación, resultó ser el mayor regalo que ninguno de los dos podía imaginar.

Nuestra familia. Completa al fin.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando AQUI



¿TE ATREVES A CONOCER A CALLUM WHITAKER?

¿Qué haces cuando tu jefe, que aparentemente te odia, se ofrece a fingir ser tu novio en la boda de tu hermana?

La primera vez que vi a **Callum Whitaker** supe que sería mi perdición. Arrogante, despiadado y malditamente sexy, el hermano mayor de mi mejor amiga me trata como si me odiara. Y ahora, tras perderlo todo en España, me he convertido en su asistente personal. Maldita ironía.

Lucía Vidal lleva dos años protagonizando todas mis fantasías. Ahora la tengo donde siempre he querido: en mi empresa, bajo mis órdenes. Pero cuando menciona que necesita un acompañante para

una boda en España, algo dentro de mí se rompe. Nadie más va a tocarla.

Una semana fingiendo ser pareja. Un juego peligroso donde las reglas están hechas para romperse y el deseo amenaza con consumirlos a ambos.

«Mi jefe despiadado» es el primer libro de la serie **Jefes Insoportables**, donde los hombres más poderosos de Manhattan se encuentran tras las puertas del exclusivo club **El Círculo**. Una historia independiente con final feliz garantizado.

CONSÍGUELO AQUÍ



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela románica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.
Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy
Página web: https://oliviadarcyautora.com/